

ECCLESIA

Revista de cultura católica

SUMARIO

EDITORIAL - *Fides et ratio* cumple 25 años..... 243

ARTÍCULOS

JACOBO MUÑOZ, L.C., La pasión por la verdad en la formación sacerdotal según Joseph Ratzinger..... 249

XAVIER CASTRO, L.C., La dignidad cristiana en las Homilías del Papa San León Magno 279

CELSO JÚLIO DA SILVA, L.C., La vida interior y el discernimiento en el *Audi, filia* de San Juan de Ávila..... 307

NOTA

CAROLA M. NARVÁEZ-ROSARIO, La periferia en las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano y del Caribe 337

RECENSIONES – RESEÑAS

PAUL C. VITZ – WILLIAM J. NORDLING – CRAIG STEVEN TITUS (ed.), *A Catholic Christian Meta-Model of the Person: Integration with Psychology & Mental Health Practice* (Deborah Savage) 347

LEOLUCA PASQUA, <i>Vincere la pigrizia. Per vivere e non sopravvivere</i> (Fernando Pascual, L.C.)	350
MARÍA JOSÉ CHÁVEZ – VERÓNICA FERNÁNDEZ (a cura di), <i>Liberi per amare. È possibile vivere i consigli evangelici nel mondo?</i> (Fernando Pascual, L.C.)	351
MICHAEL J. SANDEL, <i>Contro la perfezione. L'etica nell'età dell'ingegneria genetica</i> (Fernando Pascual, L.C.)	353
STEFANO FONTANA (a cura di), <i>Manuale per una buona Educazione civica. Orientamenti per insegnanti e genitori</i> (Fernando Pascual, L.C.)	355
PIERGIORGIO DONATELLI (a cura di), <i>Le storie dell'etica. Tradizioni e problemi</i> (Fernando Pascual, L.C.)	356
ENRICO BERTI, <i>Saggi di filosofia pratica</i> (Fernando Pascual, L.C.)	358
LOREDANA PERLA – FRANCESCA JOLE GAROFOLI – ILENIA AMATI – MARIA TERESA SANTACROCE, <i>La forza mite dell'educazione. Un dispositivo pedagogico di contrasto al bullismo e al cyberbullismo</i> (Fernando Pascual, L.C.)	360
GIOVANNI BATTISTA MAGNOLI BOCCHI, <i>Il mito del progresso. Prometeo e il senso della storia</i> (Fernando Pascual, L.C.)	361
Índice general del volumen XXXVII (2023)	365

Fides et ratio cumple 25 años

El 14 de septiembre del 2023 se cumplen 25 años de la publicación de la encíclica de Juan Pablo II *Fides et ratio*¹ (*FR*) «sobre las relaciones entre fe y razón» como reza su subtítulo. Un tema que se ha desarrollado en la Iglesia desde sus orígenes, con algunos momentos salientes. En la constitución dogmática *Dei Filius* (24 de abril de 1870) del Concilio Vaticano I se abordó solemnemente. El papa León XIII, en la encíclica *Æterni Patris* (4 de agosto de 1879), «recogió y desarrolló las enseñanzas del Concilio Vaticano I sobre la relación entre fe y razón, mostrando cómo el pensamiento filosófico es una aportación fundamental para la fe y la ciencia teológica» (*FR* 57). 120 años después, el 14 de septiembre de 1998, el papa Juan Pablo II vuelve a proponer el tema: «Me ha parecido necesario», dice, «acometer de nuevo y de modo más sistemático el argumento sobre la relación entre fe y filosofía» (*FR* 100).

Se trata, por tanto, de una nueva, sistemática y relevante intervención del Magisterio sobre la filosofía, que nos atrevemos a llamar, aventurando un juicio de valor, culminación. La “culminación” de algo es su punto más alto o el momento más importante y decisivo; indica relevancia y supone una novedad en la continuidad de un proceso. Afirmar que *FR* constituye, entre las intervenciones del Magisterio sobre filosofía, el punto más relevante no significa que sea la última y definitiva palabra sobre el tema. Las palabras “definitivas” del Magisterio ya han sido expresadas por el Vaticano I. A partir de entonces, la Iglesia no cesó de intervenir porque en su misión de acompañar el camino del hombre y de los cristianos en la historia, se ha sentido obligada a expresar una palabra de orientación.

El juicio de valor sobre *FR* no implica una devaluación o infravaloración de intervenciones anteriores. Algunas han tenido mucha relevancia y no han perdido validez y actualidad. La relevancia de *FR* solo se puede comparar con *Æterni Patris*. Con esta encíclica, el papa León XIII «dio un paso de gran alcance histórico para la vida de la Iglesia. Este texto ha sido hasta hoy el único documento pontificio de esa categoría dedicado íntegramente a la filosofía» (*FR* 57). Hasta hoy..., porque Juan Pablo II es consciente de que *FR* es un documento de nivel y alcance similar.

¹ Edición típica en AAS 91 (1999), 5-88.

FR no pretende reemplazar al Magisterio anterior. Reconoce, por ejemplo, que muchas de las indicaciones contenidas en *Æterni Patris* «no han perdido nada de su interés tanto desde el punto de vista práctico como pedagógico; sobre todo, lo relativo al valor incomparable de la filosofía de santo Tomás. El proponer de nuevo el pensamiento del Doctor Angélico era para el papa León XIII el mejor camino para recuperar un uso de la filosofía conforme a las exigencias de la fe. Afirmaba que santo Tomás, “distinguiendo muy bien la razón de la fe, como es justo, pero asociándolas amigablemente, conservó los derechos de una y otra, y proveyó a su dignidad”²» (*FR* 57).

La idea de culminación implica o supone la continuidad de un proceso de ascenso y, como momento final, también una novedad. En el capítulo quinto de *FR*, la Iglesia muestra una clara conciencia de la continuidad de sus intervenciones a lo largo de la historia. Sin embargo (como advirtió Benedicto XVI en un congreso organizado en el décimo aniversario de la encíclica *Fides et ratio*), la Iglesia camina en la historia y sale al paso de las nuevas exigencias culturales: «La encíclica se caracteriza por su gran apertura con respecto a la razón, sobre todo en una época en la que se ha teorizado la debilidad de la razón. Juan Pablo II subraya en cambio la importancia de conjugar la fe y la razón en su relación recíproca, aunque respetando la esfera de autonomía propia de cada una. La Iglesia, con este magisterio, se ha hecho intérprete de una exigencia emergente en el contexto cultural actual. Ha querido defender la fuerza de la razón y su capacidad de alcanzar la verdad, presentando una vez más la fe como una forma peculiar de conocimiento, gracias a la cual nos abrimos a la verdad de la Revelación (cf. *FR* 13). En la encíclica se lee que hay que tener confianza en la capacidad de la razón humana y no prefijarse metas demasiado modestas: “La fe mueve a la razón a salir de todo aislamiento y a apostar de buen grado por lo que es bello, bueno y verdadero. Así, la fe se hace abogada convencida y convincente de la razón” (*FR* 56)»³.

En ese sentido, aunque la encíclica está en plena continuidad con el patrimonio ya poseído, no se limita a una repetición de afirmaciones ya adquiridas en el pasado por la Tradición y el Magisterio de la Iglesia. La encíclica responde a dos rasgos de la situación cultural actual: la separación, llevada al extremo, entre fe y razón; y la eliminación de la cuestión de la verdad, absoluta

² *Æterni Patris*, ASS 11 (1878-1879), 97-115, 109.

³ BENEDICTO XVI, Discurso a los participantes en un congreso sobre el tema “confianza en la razón” con motivo del X aniversario de la encíclica *Fides et ratio*, Sala Clementina, 16 de octubre de 2008, en www.vatican.va.

e incondicional, de la investigación cultural y del conocimiento racional del hombre.

Hoy, la Iglesia interviene mostrando un profundo respeto por la filosofía, y expectativas muy altas para los filósofos; respeta la razón humana, su exigencia de verdad y su autonomía; su capacidad para llegar a la verdad y para ordenar y comprender la realidad, así como su predisposición al error. La Iglesia, a su vez, formula su propia exigencia de verdad y recuerda a la filosofía el deber de confrontarse con la Palabra de Dios, la cuestión del sentido del ser y la trascendencia del espíritu humano (cf. *FR* 81ss, 103, 106).

La encíclica recuerda a la razón, con fuerte convencimiento, su capacidad para conocer la verdad de Dios, del hombre y del mundo; especialmente aquellas verdades fundamentales de la existencia, como la espiritualidad y la inmortalidad del alma; la capacidad de hacer el bien y de seguir la ley moral natural, la posibilidad de hacer juicios verdaderos. Ahora bien, para conocer estas verdades se requiere «una filosofía de alcance *auténticamente metafísico*, capaz de trascender los datos empíricos para llegar, en su búsqueda de la verdad, a algo absoluto, último y fundamental. Esta es una exigencia implícita tanto en el conocimiento de tipo sapiencial como en el de tipo analítico; concretamente, es una exigencia propia del conocimiento del bien moral cuyo fundamento último es el sumo Bien, Dios mismo» (*FR* 83). Se requiere una filosofía abierta a las cuestiones fundamentales de la existencia, a la integridad y totalidad de la realidad; en breve, como gustaba repetir el cardenal Ratzinger, se requiere «ampliar los horizontes de la racionalidad»⁴.

El Magisterio y la fe cristiana, en su misión de enseñar la verdad y discernirla del error, «intenta prevenir el peligro que se esconde en algunas corrientes de pensamiento, hoy tan difundidas» (*FR* 86) y en aquellas filosofías o teorías que excluyen la aptitud del hombre para conocer la verdad metafísica de las cosas: eclecticismo, historicismo, cientificismo, positivismo, pragmatismo y nihilismo (cf. *FR* 86-91). En positivo, el Magisterio defiende la posibilidad de una reflexión metafísica y racional, que conserve su autonomía en el método de investigación y en su propia naturaleza. La fe defiende la dignidad humana y promueve la filosofía misma, instándola a preocuparse por las cuestiones del sentido último y profundo del ser, del hombre, del mundo.

El objetivo de *FR*, en esta situación, es devolver la confianza al hombre contemporáneo en la posibilidad de encontrar una respuesta segura a sus ansiedades y necesidades esenciales, e invita al

⁴ J. VILLAGRASA, «Ampliar los horizontes de la racionalidad. Laudatio del profesor Evandro Agazzi», *Ecclesia* 34 (2020), 235-244.

hombre a afrontar el problema del fundamento de la existencia y a reconocerlo en Dios. Sin embargo, es necesario superar algunos miedos y prejuicios generalizados: por ejemplo, el miedo a una verdad que ponga límites a la libertad. La actualidad de la encíclica consiste en responder a las exigencias profundas de la modernidad, en armonizar verdad y libertad. «En efecto, verdad y libertad, o bien van juntas o juntas perecen miserablemente» (FR 90).

La concepción de la libertad como autonomía absoluta está muy extendida y muchos no ven cómo es posible armonizarla con la idea de una verdad absoluta e incondicional. *Fides et ratio*, como ya hiciera más ampliamente la encíclica *Veritatis splendor* del mismo Juan Pablo II, establece un vínculo inseparable entre la verdad y la libertad. Así, leemos en FR 98 lo siguiente:

En la encíclica *Veritatis splendor* he puesto de relieve que muchos de los problemas que tiene el mundo actual derivan de una «crisis en torno a la verdad. Abandonada la idea de una verdad universal sobre el bien, que la razón humana pueda conocer, ha cambiado también inevitablemente la concepción misma de la conciencia: a ésta ya no se la considera en su realidad originaria, o sea, como acto de la inteligencia de la persona, que debe aplicar el conocimiento universal del bien en una determinada situación y expresar así un juicio sobre la conducta recta que hay que elegir aquí y ahora; sino que más bien se está orientando a conceder a la conciencia del individuo el privilegio de fijar, de modo autónomo, los criterios del bien y del mal, y actuar en consecuencia. Esta visión coincide con una ética individualista, para la cual cada uno se encuentra ante su verdad, diversa de la verdad de los demás» (VS 32).

La libertad posee una orientación hacia la verdad del hombre, hacia la vida plena que la persona debe conquistar con el ejercicio de su libertad. La libertad encuentra su sentido, y por lo tanto su verdad, en orientarse hacia su propio fin, en conformidad con la naturaleza de la persona humana. La verdad plena del hombre, «el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado» (FR 60, citando la encíclica *Redemptor hominis*, 8). La fe que acoge la verdad revelada en Cristo no es una amenaza ni para la razón ni para la libertad. «El asentimiento de fe, que compromete el intelecto y la voluntad, no destruye sino que perfecciona el libre arbitrio de cada creyente que acoge el dato revelado» (FR 75).

En esta situación cultural, y en este contexto de las relaciones de fe y razón, se entiende que FR enseña que «un puesto singular en este largo camino corresponde a santo Tomás» (FR 43). Significativamente, Tomás de Aquino es el único filósofo o teólogo a quien se dedica una sección completa del documento, en la que justifica por qué «la Iglesia ha propuesto siempre a santo Tomás

como maestro de pensamiento y modelo del modo correcto de hacer teología» (FR 43). La razón última que justifica las intervenciones a favor de la filosofía de Tomás es la armonía en la relación entre fe y razón; estas intervenciones (como el propio Magisterio lo expresa) no implican ninguna limitación o restricción para la libertad de los filósofos: relación verdad y libertad.

Los aniversarios son siempre ocasión para el reconocimiento agradecido a las grandes figuras y a sus obras. *Fides et ratio*, por el valor que tiene en sí misma y por la relevancia para el tiempo presente, merece una relectura atenta y meditativa.

Ecclesia *

* El presente editorial ha sido preparado por el P. Jesús Villagrasa, L.C., profesor de filosofía del Ateneo Pontificio *Regina Apostolorum* y miembro del consejo general de la congregación de los Legionarios de Cristo.



La pasión por la verdad en la formación sacerdotal según Joseph Ratzinger

Jacobo Muñoz, L.C.

Licenciado en filosofía por la Pontificia Universidad Gregoriana y en teología por el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum. Durante años ha trabajado en la formación de seminaristas, en Colombia, en Roma y en Estados Unidos.

1. Introducción

No nos debe llamar la atención que, con motivo de los 70 años de Joseph Ratzinger, entonces prefecto de la Congregación de la Doctrina de la fe, un grupo muy selecto de escritores de todos los ámbitos, eclesial, filosófico, teológico, laico, escribieran entre todos un libro titulado *Alla scuola della Verità*. Si por algo se ha caracterizado el Papa emérito Benedicto XVI es por su incansable búsqueda y defensa de la verdad. Es un tema que siempre le ha preocupado, desde sus tiempos como profesor: construir la vida sobre la roca firme de la verdad frente al relativismo reinante en la cultura que tanto perjudica al hombre.

Esta convicción ha estado siempre presente en su vida. En 2004, siendo entonces Prefecto de la Congregación para la doctrina de la fe, tuvo un intercambio de conferencias y cartas con Marcello Pera que quedó reflejado en el volumen *Senza radici*, en el que Ratzinger calificará la falta de verdad y el relativismo como «el gran problema del mundo occidental»¹.

Si este relativismo hace tanto daño a la cultura actual, también afecta a todos los jóvenes que entran en los seminarios y que serán un día los sacerdotes responsables de llevar el mensaje del Evangelio a la humanidad. Por eso, he querido investigar más a fondo este tema de fundamentar la propia vida en la verdad en la formación sacerdotal a la luz de las enseñanzas de Benedicto XVI. A él le correspondió vivir un período de gran desorientación en los seminarios, de gran crisis en el sacerdocio, especialmente en los años del postconcilio, y ver también cómo con el tiempo las directrices del Concilio Vaticano II se iban aplicando cada vez con más acierto llevando a una renovación de la formación sacerdotal en todo el mundo. ¿Qué enseñanzas nos ha dejado Joseph Ratzinger

¹ M. PERA – J. RATZINGER, *Senza radici, Europa, relativismo, cristianesimo, islam*, Mondadori, Milano 2004, 97. Las traducciones son mías.

en relación a la formación de los sacerdotes? ¿Cómo podemos aplicarlo a los seminaristas de hoy día? ¿Cuál fue su experiencia en el seminario?

En la edición de las obras completas de Joseph Ratzinger, la *Libreria Editrice Vaticana* dedica un tomo entero, el volumen XII, para hablar del sacramento del orden sacerdotal, de la teología y del ministerio presbiteral, unido a un gran número de conferencias, de homilías y meditaciones sobre el sacerdocio. Dedicó incluso una parte a hablar específicamente de la formación en los seminarios. Junto a este volumen está la colección de encuentros que en tantas ocasiones en visita a su seminario en Roma o dirigiéndose a los sacerdotes y seminaristas en sus visitas apostólicas a las diferentes regiones de Italia y a tantos países, trataba siempre de encontrar un momento de encuentro con el clero local, con los religiosos y seminaristas de aquel país. En 2017, el P. Pietro Rossotti editó un libro que recoge los textos más relevantes sobre el tema de la formación de los seminaristas; desde su punto de vista, tal y como dice en el prefacio a este libro, la gran tentación es pensar en la formación de los seminaristas como un problema técnico, y es ahí donde el Papa Benedicto con sus indicaciones y sus intuiciones nos llevan a la esencia de la formación sacerdotal, a la verdad de la identidad sacerdotal².

Este es un tema de crucial importancia para la Iglesia hoy día y para la Iglesia de todos los tiempos. Los pastores serán testimonios de la verdad, transmisores de la teología al pueblo de Dios, los defensores de la verdad que es Cristo frente a las doctrinas extrañas o al relativismo reinante.

La mirada y la experiencia del Papa Benedicto, que brotan de su propia formación, de los largos años pasados como profesor en diferentes facultades teológicas, del período de su vida como arzobispo y como pastor supremo de la Iglesia universal, nos deja una riqueza inmensa de enseñanzas y de principios formativos para aplicar en la formación de los aspirantes al sacerdocio. Si bien los temas que aborda en relación con la formación sacerdotal son muchos, he querido utilizar esa columna central de su pensamiento acerca de la búsqueda de la verdad y la pasión por la misma como punto de vista desde el cual ver sus principios fundamentales sobre la formación de sacerdotes.

Con este fin, he querido tratar de profundizar en este tema viendo primero la experiencia personal en la formación del joven Joseph Ratzinger, especialmente en su paso por el seminario. Pienso que el ambiente de falsedad en el que creció en el ambiente

² BENEDICTO XVI, *Called to Holiness, on love, vocation and formation*, The Catholic University of America Press, Washington D.C. 2017, vii.

de la Alemania del Tercer Reich tuvo que marcarle profundamente y le llevó a ser un profundo buscador y defensor de la verdad. Una segunda parte la dedicaré a la búsqueda y la experiencia de Dios, Verdad última, para el futuro sacerdote. Sobre esta experiencia personal de Dios tendrá que construir toda su vida. Una verdad última que es también misterio, que requiere abandonarse a Él, que necesita de la fe, quitarse las sandalias para acercarse a Él y para comprenderle mejor. La tercera parte estará dedicada a hacer la verdad sobre sí mismo. Toda la experiencia del seminario está orientada a hacer la verdad sobre sí mismo, para evitar construir sobre las arenas movedizas del subjetivismo, del relativismo, o una falsa libertad tan promovida por la cultura actual. La experiencia del seminario, el encuentro con los demás, el formar parte de una comunidad más amplia, la apertura de mente que requiere esa experiencia será el camino para el seminarista para encontrarse a sí mismo y descubrir mejor quién es con objetividad.

Si el Cardenal Ratzinger no duda en afirmar que la gran enfermedad de nuestro tiempo es el ser pobres de verdad, los seminaristas deben formarse para ser ricos en verdad, para construir su vida sobre la verdad y poder llevar a los hombres al encuentro de la Verdad.

2. La experiencia de la fidelidad a la verdad en la propia formación

a. El seminario menor

El joven Joseph Ratzinger ingresó en el seminario menor de Traunstein a los 12 años, en 1939, impulsado por el ejemplo de su hermano que le había precedido en el mismo seminario y la invitación insistente de su párroco que sin duda veía en él las cualidades necesarias para una posible vocación sacerdotal³. Desde pequeño había crecido en el seno de una familia tradicional católica y había hecho la experiencia sencilla de la fe, de las tradiciones y de las fiestas litúrgicas de su querida Bavaria. En su libro autobiográfico⁴ narra con candor sus experiencias de niño, el ambiente familiar y cómo la experiencia de Dios fue creciendo en él de una manera natural. El testimonio de los sacerdotes que había conocido tuvo un influjo decisivo sobre él. Las tradiciones religiosas en el pueblo reflejaban la simbiosis entre la vida campesina y la fe de la

³ Cf. J. RATZINGER, *Mi vida, autobiografía*, Ediciones Encuentro, Madrid 1977, 54.

⁴ Cf. *Ibid.*

Iglesia: nacimiento y muerte, matrimonio y enfermedad, siembra y cosecha, todo estaba comprendido en la fe⁵.

Cuenta por ejemplo cómo en el tiempo de Pascua, todos los miembros de la Iglesia en el pueblo acudían a la confesión, desde los grandes campesinos, los verdaderos propietarios de la tierra, hasta la genta más sencilla y humilde. Todos se arrodillaban en el confesionario, los terratenientes al igual que sus criadas y criados. Delante de Dios y del sacerdote, en ese momento de humillación de la persona, las diferencias sociales no existían⁶. Por este motivo no nos debe llamar la atención esa respuesta generosa a la invitación del sacerdote de ir al seminario, a pesar de las dificultades económicas que eso suponía para sus padres, dado que tenían que pagar por la formación en el seminario, además del sacrificio de no contar ya en la casa con los dos hermanos que se habían marchado para servir a Dios.

b. Un mundo en conflicto

Sin embargo, los pequeños Ratzinger no crecen aislados de la realidad política y social de su país. En 1939, cuando Joseph entra el seminario, su país comenzará una guerra mundial que marcará el rumbo de la historia del siglo XX y dejará secuelas en la geografía y política mundial de las siguientes décadas. Es en este ambiente donde el pequeño irá forjando ya desde esa edad el amor por la verdad. A causa del régimen del Tercer Reich, el seminario tuvo que cerrar en varias ocasiones, interrumpir los estudios o trasladar la sede del seminario temporalmente. Los estudiantes tendrían que volver a sus casas en repetidas ocasiones, adaptarse a la situación, buscar otros lugares donde continuar la propia formación o estudiar por su parte. Así pasaron los siguientes 6 o 7 años, hasta el final de la guerra y del Tercer Reich. Lo que les presentaba el Estado todopoderoso como el ideal de una nación perfecta contrastaba con sus convicciones más profundas. La Iglesia hizo todo lo posible por dismantelar la falacia y la mentira del nacionalsocialismo.

Ya entonces empecé a darme cuenta de que con la lucha en defensa de las instituciones desconocían en parte la realidad. Porque, en efecto, la sola garantía institucional no sirve para nada, si no existen las personas que la sostengan con sus propias convicciones personales⁷.

⁵ E. GUERRIERO, *Benedict XVI, his life and thought*, Ignatius Press, San Francisco 2018, 39.

⁶ Cf. J. RATZINGER, *Mi vida, autobiografía*, 56.

⁷ J. RATZINGER, *Mi vida, autobiografía*, 52.

Algunos profesores se habían entusiasmado con las nuevas ideas e intentaban imponerlas a todo costo; por otra parte, otros ancianos del pueblo se resistían a dejar sus convicciones más profundas. En su casa, su padre desde el inicio se opuso al nuevo régimen y sirvió de guía segura para sus hijos.

c. *El paso al seminario mayor*

Llegando el final de la guerra, el joven Ratzinger fue llamado a prestar servicio a su patria y él mismo hará la experiencia que tuvieron que hacer la gran mayoría de jóvenes alemanes de su edad. Muchos años más tarde contará cómo en diciembre de 1944, cuando le llamaron al servicio militar, el comandante de la compañía les preguntó a los jóvenes reclutas qué querían ser en el futuro. Cuando Joseph respondió que quería ser sacerdote católico, el subteniente replicó «entonces tiene usted que buscarse otra cosa. En la nueva Alemania ya no hay necesidad de curas»⁸. El joven Ratzinger sabía que esa «nueva Alemania estaba llegando a su fin y que después de las devastaciones tan enormes que aquella locura había traído al país, habría más que nunca necesidad de sacerdotes»⁹.

En otra ocasión cuenta cómo apenas cuando tenía 14 años, varias personas empezaban a contar historias de personas que comenzaban a desaparecer. Un día los nazis llegaron a recoger a uno de los primos hermanos de su padre, que había nacido con síndrome de Down, y al poco tiempo llegó la noticia de que había fallecido. A otra persona cercana a la familia que había caído en demencia cuando falleció su esposo se la llevaron y «murió» al poco tiempo. Esas falsedades del régimen nazi no podían dejar de tener una huella profunda en el joven seminarista.

Mis años de *teenager* fueron arruinados por un régimen funesto que pensaba tener todas las respuestas; su influjo creció –filtrándose en las escuelas y los organismos civiles, así como en la política e incluso en la religión– antes de que pudiera percibirse claramente que era un monstruo. Declaró proscrito a Dios, y así se hizo ciego a todo lo bueno y verdadero. Muchos de los padres y abuelos de ustedes les habrán contado el horror de la destrucción que siguió después. Algunos de ellos, de hecho, vinieron a América precisamente para escapar de este terror¹⁰.

⁸ BENEDICTO XVI, *Encuentro con los seminaristas del Seminario Mayor Romano* (17 de febrero de 2007).

⁹ *Ibid.*

¹⁰ BENEDICTO XVI, *Discurso en el Seminario de San José, Yonkers, Nueva York con ocasión del encuentro con los jóvenes y seminaristas* (19 de abril de 2008).

Esta experiencia de la guerra, del totalitarismo del Tercer Reich, de la mentira sistemática como forma de gobierno que llevó a cuatro millones de sus compatriotas a dar sus vidas por la utopía del triunfo del Reich, dejó en el joven Joseph una huella que no se borrará. Poco después también conocería más de cerca las consecuencias de otro sistema totalitario, el comunismo y los estragos que causarían en naciones enteras y en gran parte del mundo. Ante esta experiencia de la mentira y del sufrimiento causado por la misma, en el corazón del joven seminarista se fue afianzando cada vez más el deseo de fundamentar su vida y la vida de sus hermanos los hombres en la roca sólida de la verdad.

d. Sus inicios como profesor

Otro episodio que muestra cómo esa pasión por la verdad se fue forjando desde el inicio de su formación fue la presentación de su tesis doctoral para la habilitación como profesor de teología. En su biografía, Ratzinger lo presenta como uno de los episodios más difíciles de su vida, de hecho, él mismo lo llama «el drama de la libre docencia»¹¹.

Su tesis era la puerta que abriría el paso a su futuro como maestro de teología. El joven aspirante a profesor siempre se había interesado por San Agustín, por lo que pareció natural que el tema fuera sobre Buenaventura, más concretamente el concepto de revelación. Sin embargo, su propuesta sobre el actuar histórico de Dios en el cual la verdad se revela gradualmente, siguiendo a Buenaventura, era novedosa y algo arriesgada en las posturas teológicas de aquel tiempo. Él era consciente de la oposición que esto engendraría. Comportaba un riesgo mayor en cuanto que sus padres habían dejado el pueblo donde vivían y donde habían establecido su amado hogar y se habían trasladado para vivir con él, contando en su nueva misión como profesor de teología. Sin embargo, por su fidelidad a la verdad y a su propuesta teológica, fue capaz de poner en juego todo su futuro académico y el proyecto de su vida por lo que él sentía que Dios le pedía.

El revisor de su proyecto de tesis la rechazó «porque no respondía a los criterios de rigor científico requeridos para las obras de aquel género»¹². Para el aspirante a profesor fue como si le hubiese caído un rayo desde el cielo sereno. Sin la tesis para la habilitación no podría ser admitido a ser profesor y su futuro quedaba en entredicho, ¿debería renunciar a ser profesor? ¿qué haría con sus padres que habían dejado su casa para trasladarse allí con él?

¹¹ J. RATZINGER, *Mi vida, autobiografía*, 119.

¹² J. RATZINGER, *Mi vida, autobiografía*, 124.

Sus proyectos para el futuro, todos orientados a la enseñanza de la teología, habían sido fallidos. Su tesis fue considerada como muy progresista, teniendo en cuenta que todavía quedaba la sombra del modernismo en la teología de entonces y algunas de las propuestas de Ratzinger eran consideradas muy innovadoras. Fue entonces cuando revisando las correcciones que le había hecho el profesor se dio cuenta de que la última parte no tenía muchas modificaciones y decidió presentar nada más esa parte de la tesis que había preparado y que en sí misma tenía la materia suficiente. Esto le sirvió para pasar la habilitación y pudo comenzar a ejercer como profesor, pero quedó claro que él no podía renunciar a lo que él creía que era justo, fundado en el estudio y la tradición de la Iglesia y los padres apostólicos, en obediencia a la Iglesia.

Pienso que este es otro episodio donde el joven profesor va forjando su pasión por la verdad, a pesar del costo de poner todo su futuro en juego. Me viene a la mente aquí el ejemplo de otro gran teólogo del siglo XX, Henri De Lubac, que tuvo que sufrir la incompreensión y la sospecha por parte de la Iglesia. En su caso fue acusado formalmente de modernismo. Le quitaron la facultad de enseñar y sus libros fueron retirados de las escuelas y de los institutos de formación. A pesar de eso, De Lubac no perdió nunca su amor por la verdad y su fidelidad y veneración por la Iglesia¹³. Su Santidad Juan Pablo II lo creará Cardenal en 1983.

Como profesor, Ratzinger también menciona cómo le ayudó la lectura de la obra de John Henry Newman respecto a la formación de la conciencia y la experiencia de su fidelidad a la verdad. Un profesor compañero suyo, Alfred Läpple, llegó a decir que en aquellos años en torno a 1946 no era un estudio más, sino que era su pasión. «La doctrina de Newman sobre la conciencia se convirtió entonces para nosotros en el fundamento de aquel personalismo teológico, que nos atrajo a todos con su encanto»¹⁴. Su coherencia con la verdad llevó a Newman a grandes sufrimientos y persecuciones en todo el proceso hacia su conversión del protestantismo al catolicismo¹⁵. En este proceso, en la búsqueda de la verdad que le llevó a la fe católica, tuvo que dejar sus amistades, su cultura tradicional protestante y todo un sistema de vida.

¹³ H. DE LUBAC, *Meditaciones sobre la Iglesia*, Ediciones Encuentro, Madrid 1980, 81.

¹⁴ J. RATZINGER, *Discurso con motivo del centenario de la muerte del cardenal John Henry Newman*, Roma 28 de abril de 1990.

¹⁵ Cf. F. RODRÍGUEZ GARRAPUCHO, «John Henry Newman, pensamiento y corazón en búsqueda de la verdad en Corintios XIII», *Revista de teología y pastoral de la caridad* n. 126 (2008), 395.

e. Cooperatores veritatis

Toda esta experiencia personal en el seminario y después en sus años de profesor quedarán plasmadas en la elección de su escudo cuando es llamado a ser arzobispo de Munich. En el mismo, la leyenda *Cooperatores veritatis*, tomado de la Tercera Carta de San Juan «por eso debemos acoger a tales personas, para hacernos colaboradores en la obra de la Verdad» (3Jn 1,8), expresa el rumbo que quiso dar a su ministerio episcopal y luego pontificio.

Esto quedó aún más de manifiesto cuando en la homilía ante los cardenales electores el 18 de abril de 2005, en la Misa *Pro eligendo Summo Pontifici*, comentará cómo los últimos decenios de la vida del mundo y de la Iglesia se han visto marcados por un relativismo galopante que es en el fondo una falta de verdad, confundida entre un gran número de vientos de doctrina. Mencionaba que el pensamiento de los hombres de ese tiempo y el de muchos cristianos había sido zarandeado por las olas del marxismo, del liberalismo, del colectivismo, del individualismo, del misticismo religioso y del agnosticismo.

A quien tiene una fe clara, según el Credo de la Iglesia, a menudo se le aplica la etiqueta de fundamentalismo. Mientras que el relativismo, es decir, dejarse «llevar a la deriva por cualquier viento de doctrina», parece ser la única actitud adecuada en los tiempos actuales. Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida solo el propio yo y sus antojos¹⁶.

Para el Cardenal Ratzinger, hablando al resto de los cardenales que se disponían a elegir al próximo Papa, uno de los grandes retos para la Iglesia de entonces era hacer frente a ese relativismo reinante y que amenazaba con infiltrarse también en algunos sectores de la Iglesia. Es providencial cómo los cardenales entendieron también, a la luz del Espíritu Santo, que el hombre para guiar a la Iglesia en los próximos años era el mismo que les estaba hablando.

En su homilía continuaba explicando que, frente a ese relativismo, como cristianos tenemos la medida del Hijo de Dios, el Hombre verdadero. No es madura una fe que sigue las olas de la moda y la última novedad; adulta y madura es una fe profundamente arraigada en la amistad con Cristo. Cristo como Dios no es solamente amor. En Él coinciden la verdad y la caridad. En la medida en que nos acercamos a Cristo, también en nuestra vida, la verdad y la caridad se funden. La caridad sin la verdad sería ciega; la verdad sin la caridad sería como címbalo que retiñe. Algo que en

¹⁶ J. RATZINGER, *Homilía en la Misa «Pro eligendo Pontifice»* (18 de abril de 2005).

la misma homilía mencionaría de paso, lo haría después el título de una de sus encíclicas, *Caritas in veritate*, «El amor –«*caritas*»– es una fuerza extraordinaria, que mueve a las personas a comprometerse con valentía y generosidad en el campo de la justicia y de la paz. Es una fuerza que tiene su origen en Dios, Amor eterno y Verdad absoluta»¹⁷.

De ahí que nuestra misión en el fondo sea ser cooperadores de la verdad, *cooperatores veritatis*. Esta misma idea la repetirá constantemente durante su Pontificado; años después, ya casi al final del mismo, volverá al mismo tema al publicar su mensaje para la jornada mundial de la paz. No se puede construir un mundo en la justicia y la paz si falta la educación en la verdad y la libertad. Para ejercer su libertad, el hombre debe superar por tanto el horizonte del relativismo y conocer la verdad sobre sí mismo, sobre el bien y el mal.

Hoy en día, un insidioso obstáculo en la educación es la masiva presencia en nuestra sociedad y cultura de ese relativismo que, no reconociendo nada como definitivo, deja como último criterio solamente el propio yo y sus deseos. Con este horizonte relativista, por lo tanto, una educación real no es posible sin la luz de la verdad...¹⁸

La experiencia del joven seminarista y de sus primeros años de formación le marcarán todo su ministerio y toda su vida. Los cardenales, al elegirle como Pastor supremo, harán que este *motto* principal de su magisterio quede como un legado para toda la Iglesia.

3. Buscar la verdad de Dios y centrar toda la vida en Él

Para el Papa Benedicto, en su pasión por la verdad, la formación del seminarista, que será un hombre consagrado a Dios, otro Cristo en la tierra, la prioridad tiene que ser centrar toda su vida en la Verdad que es Él mismo, hacer la experiencia profunda del Dios que se hace presente en la vida, la sostiene y la guía.

a. *Fundamentar toda la vida en Dios como verdad última*

Como el Papa les explicaba a los seminaristas del centro de Italia¹⁹, hoy vivimos en un contexto en el que la cultura quiere mostrarnos una humanidad autosuficiente, capaz de llevar a cabo sus proyec-

¹⁷ BENEDICTO XVI, encíclica *Caritas in veritate* (29 de junio de 2009), n. 1.

¹⁸ BENEDICTO XVI, *Mensaje para Jornada mundial de la paz* (1 de enero de 2012).

¹⁹ Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso a un grupo de seminaristas italianos de los seminarios regionales de las regiones Las Marcas, Apulia y Abruzos-Molise* (29 de noviembre de 2008).

tos por sí sola y, por lo tanto, la presencia de Dios no es necesaria. Una cultura en que la figura de Dios es excluida de sus opciones y decisiones. Un ambiente permeado por el racionalismo cerrado en sí mismo, autorreferencial, en el que solo lo comprobable por las ciencias exactas es creíble. Todo lo demás resulta subjetivo, la experiencia de Dios es considerada no esencial. Es una experiencia a la que se enfrentan con frecuencia los formadores de los seminarios al recibir a los jóvenes que han crecido en ese contexto. En un ambiente cultural en el que la visión sobrenatural y la fe tienen cada vez menos peso, los jóvenes que se acercan al seminario buscan con facilidad poner sus seguridades en el éxito individual, en su realización personal, en la aprobación de los demás, de las redes sociales, en los triunfos considerados desde un punto de vista muy humano.

Cada vez es más difícil creer, acoger la Verdad que es Cristo, consagrar la propia vida al Evangelio. A pesar de eso, este hombre que se esfuerza por ser autosuficiente y por no depender de nadie más que sí mismo, se muestra con frecuencia desorientado y preocupado por su futuro, en busca de certezas y deseoso de puntos de referencia seguros. El hombre de hoy, como el de todos los tiempos, tiene necesidad de Dios, incluso sin darse cuenta.

Dios es la verdad última a la que toda razón tiende naturalmente, impulsada por el deseo de recorrer a fondo el camino que se le ha asignado. Dios no es una palabra vacía ni una hipótesis abstracta; al contrario, es el fundamento sobre el que se ha de construir la propia vida. Vivir en el mundo *veluti si Deus daretur* conlleva la aceptación de la responsabilidad que impulsa a investigar todos los caminos con tal de acercarse lo más posible a él, que es el fin hacia el cual tiende todo²⁰.

Dios como verdad última es la única roca cierta sobre la que se puede construir la propia identidad. Si esto es verdad para cualquier persona, mucho más para los jóvenes en formación. El seminarista sabe que esta verdad última tiene un rostro, el Hijo de Dios que se hizo hombre y por lo tanto conocerlo a él es conocer la verdad plena, gracias a la cual se encuentra la libertad: «Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (*Jn 8,32*).

El Papa cuenta su propia experiencia cuando fue nombrado arzobispo de Munich y Frisinga en 1977, en una situación de crisis²¹. El número de vocaciones se había reducido notablemente. Pronto entendió que uno de sus objetivos principales sería la construc-

²⁰ BENEDICTO XVI, *Discurso en la visita a la Pontificia Universidad Lateranense* (21 de octubre de 2006).

²¹ Cf. J. RAIZINGER, *Discurso con motivo de la celebración del 400 aniversario del Seminario de Würzburg*, mayo de 1989, en *Id.*, *Opera Omnia*, XII, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2013, 476.

ción de un seminario y poner los fundamentos sólidos en la formación de los futuros sacerdotes de la diócesis. Hasta ese momento el seminario era una casa prestada por un noble en siglo XV. En 1981, el entonces arzobispo Ratzinger tuvo la alegría de colocar la primera piedra del nuevo edificio y puso estas palabras en esa piedra: «Como piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo» (1Pe 2,5).

Para el Cardenal, la síntesis de lo que debería ser un seminarista es una morada viviente de Dios que crece y se desarrolla en este mundo. Hombres nuevos que no han nacido ni de la carne ni de la sangre, sino por obra del Espíritu Santo. La experiencia de Cristo, la escucha del Espíritu Santo, la verdad de Dios son la roca firme sobre la cual construir la propia vocación sacerdotal²². La casa construida sobre el fundamento del Espíritu Santo, sobre Dios, en el único verdadero edificio que dura más que la construcción exterior de los ladrillos, lo que constituye el corazón de la formación en el seminario.

Esta misma idea es la que les dice a los seminaristas en Yonkers algunos años después, ya como Supremo Pontífice,

¿Han notado ustedes que, con frecuencia, se reivindica la libertad sin hacer jamás referencia a la verdad de la persona humana? Hay quien afirma hoy que el respeto a la libertad del individuo hace que sea erróneo buscar la verdad, incluida la verdad sobre lo que es el bien. En algunos ambientes, hablar de la verdad se considera como una fuente de discusiones o de divisiones y, por tanto, es mejor relegar este tema al ámbito privado. En lugar de la verdad –o mejor, de su ausencia– se ha difundido la idea de que, dando un valor indiscriminado a todo, se asegura la libertad y se libera la conciencia. A esto llamamos relativismo. Pero, ¿qué objeto tiene una «libertad» que, ignorando la verdad, persigue lo que es falso o injusto? ¿A cuántos jóvenes se les ha tendido una mano que, en nombre de la libertad o de una experiencia, los ha llevado al consumo habitual de estupefacientes, a la confusión moral o intelectual, a la violencia, a la pérdida del respeto por sí mismos, a la desesperación incluso y, de este modo, trágicamente, al suicidio? Queridos amigos, la verdad no es una imposición. Tampoco es un mero conjunto de reglas. Es el descubrimiento de Alguien que jamás nos traiciona; de Alguien del que siempre podemos fiarnos. Buscando la verdad llegamos a vivir basados en la fe porque, en definitiva, la verdad es una persona: Jesucristo²³.

²² Cf. J. RATZINGER, *Discurso con motivo de la celebración del 400 aniversario del Seminario de Würzburg*, 477.

²³ BENEDICTO XVI, *Discurso en el Seminario de San José, Yonkers, Nueva York con ocasión del encuentro con los jóvenes y seminaristas* (19 de abril de 2008).

Como dice el Papa a los seminaristas, parece que en el contexto actual hablar de la verdad de la persona humana, incluso de la verdad sobre lo que está bien o lo que está mal, implica una falta de tolerancia, de respeto a la libertad de la otra persona. Y, sin embargo, nada más lejos de la realidad. Sin la referencia a la verdad falta el mismo fundamento de la persona. Por eso para el seminarista, la roca firme sobre la cual edificar su llamado será el descubrimiento de Alguien que jamás nos traiciona, la Verdad que es el fundamento de todas las verdades, especialmente en el seguimiento de la propia vocación. Esa verdad sobre la que el seminarista debe edificar el edificio de su vida es Jesucristo, frente al relativismo que solamente lleva a una mayor confusión, a una libertad falsa, ese Alguien del que siempre podemos fiarnos, que debe convertirse en roca firme de toda nuestra vida. «Sé que aquí se busca la verdad y de este modo, en última instancia, se busca a Cristo, porque él es la Verdad en persona»²⁴.

b. Abandonarse" en la verdad misma de la palabra del Dios viviente

Profundizando en esta misma idea del Papa Benedicto sobre fundar toda la vida sobre la Verdad que es Cristo, él insistirá en que la formación sacerdotal está fundamentada en el misterio de Dios, sin olvidar que es al mismo tiempo un misterio de fe. Solamente desde la fe podemos «tocar» al Dios viviente. Cuando nos abandonamos a Él, una especie de arroyo oculto de vida divina nos invade y nos llena, pues la fe es un encuentro con el misterio de Dios²⁵. Creer quiere decir «abandonarse» en la verdad misma de la palabra del Dios viviente, sabiendo y reconociendo humildemente que sus planes son insondables y fuera del alcance de nuestra razón y nuestra lógica humana. Esta fe no puede ser para el seminarista algo que se quita y se pone, sino el hábito que nos permite entablar una relación directa con el Dios vivo. Una fe que permea las actitudes, los pensamientos, las acciones e intenciones, como una segunda naturaleza²⁶.

En la XLVIII Jornada Mundial de oración por las vocaciones, el Papa recordaba acerca del llamado de Dios a seguirle que es una invitación personal a confiar en Él, a fiarse, dejando a un lado las seguridades personales,

²⁴ BENEDICTO XVI, *Discurso en la visita a la Pontificia Universidad Lateranense* (21 de octubre de 2006).

²⁵ Cf. JUAN PABLO II, encíclica *Redemptoris Mater* (25 de marzo de 1987), n. 17.

²⁶ Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso en el encuentro con los religiosos, las religiosas, los seminaristas y los representantes de los movimientos eclesiales de Czestochowa, Polonia* (26 de mayo de 2006).

La propuesta que Jesús hace a quienes dice «¡Sígueme!» es ardua y exultante: los invita a entrar en su amistad, a escuchar de cerca su Palabra y a vivir con Él; les enseña la entrega total a Dios y a la difusión de su Reino según la ley del Evangelio: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12,24); los invita a salir de la propia voluntad cerrada en sí misma, de su idea de autorrealización, para sumergirse en otra voluntad, la de Dios, y dejarse guiar por ella; les hace vivir una fraternidad, que nace de esta disponibilidad total a Dios (cf. Mt 12, 49-50), y que llega a ser el rasgo distintivo de la comunidad de Jesús: «La señal por la que conocerán que sois discípulos míos, será que os amáis unos a otros» (Jn 13, 35)²⁷.

Una gran tentación para el seminarista puede ser el pretender llegar a poseer y a comprender la verdad de Dios, el no aceptar la limitación de la propia razón, el querer explicarse todo desde la razón, sin abrirse a Cristo, el no abrirse al Dios de las sorpresas cuyo pensamiento simplemente supera infinitamente a nuestros razonamientos humanos.

Este es un tema central en las reflexiones del Papa, la vocación, el seguimiento de Cristo, es una invitación a la fe, a entrar en el misterio. Como toda la vida de la Iglesia, como la Iglesia misma, no se puede entender sin entrar en esa dimensión mística. Nuestra razón humana nunca podrá abarcar el misterio de Dios, la verdad de Dios. Hay tantos elementos que escapan a la lógica humana, pues la lógica de Dios va mucho más allá de nuestra pobre razón humana. En la Universidad Gregoriana, el Papa Benedicto les recordaba a los profesores y a los seminaristas.

No basta conocer a Dios para poder encontrarlo realmente; también hay que amarlo. El conocimiento se debe transformar en amor. El estudio de la teología, del derecho canónico y de la historia de la Iglesia no es solo conocimiento de las proposiciones de la fe en su formulación histórica y en su aplicación práctica; también es siempre inteligencia de las mismas en la fe, en la esperanza y en la caridad. Solo el Espíritu escruta las profundidades de Dios (cf. 1Co 2,10); por tanto, solo escuchando al Espíritu se puede escrutar la profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios (cf. Rm 11, 33). Al Espíritu se le escucha en la oración, cuando el corazón se abre a la contemplación del misterio de Dios, que se nos reveló en el Hijo Jesucristo, imagen del Dios invisible (cf. Col 1,15), constituido Cabeza de la Iglesia y Señor de todas las cosas (cf. Ef 1,10; Col 1,18)²⁸.

²⁷ BENEDICTO XVI, *Mensaje en la XLVIII Jornada Mundial de oración por las vocaciones* (15 de mayo de 2011).

²⁸ BENEDICTO XVI, *Discurso durante su visita a la Pontificia Universidad Gregoriana* (3 de noviembre de 2006).

Solo a la luz del Espíritu Santo el seminarista irá internándose cada vez más en el misterio de Dios y del propio llamado y formará un hábito de escucha, de atención a la acción de Dios en su vida, a leer toda su vida y su historia a la luz de un Dios que le ama y que le ha llamado a ser su testigo entre los hombres.

c. Poned vuestros ojos en Él

A los seminaristas en Madrid en 2011 les invitaba a reflexionar, ¿Cómo vivir estos años de preparación, de formación en el seminario? Ante todo, deben ser años de silencio interior, de permanente oración, de constante estudio y de inserción paulatina en las acciones y estructuras pastorales de la Iglesia.

Como seminaristas, estáis en camino hacia una meta santa: ser prolongadores de la misión que Cristo recibió del Padre. Llamados por Él, habéis seguido su voz y atraídos por su mirada amorosa avanzáis hacia el ministerio sagrado. Poned vuestros ojos en Él, que por su encarnación es el revelador supremo de Dios al mundo y por su resurrección es el cumplidor fiel de su promesa. Dadle gracias por esta muestra de predilección que tiene con cada uno de vosotros²⁹.

Ante todo, el seminarista está llamado a configurar toda su vida con la de Cristo, aprendiendo de Él, contemplándole en el silencio y la oración. Configurarse con Él es la tarea de toda la vida. Comienza con el bautismo, continúa con los años de juventud y el ingreso en el seminario y sigue con la ordenación sacerdotal y el ministerio. Poner los ojos en Él, en ese Buen Pastor que da la vida por las ovejas. Para imitar en esto a Cristo, el corazón tiene que ir madurando, estando a disposición del Maestro.

Meditar a fondo en el misterio de Cristo, viviendo los años de formación con una profunda alegría, humildad, claridad mental y una fidelidad radical al evangelio.

En este caso, en Madrid, el Papa invitaba a los seminaristas a llevar a la práctica esa verdad fundamental de Cristo. Fijar los ojos en Cristo e imitarle no se puede reducir a una actitud intelectual, sino a una identificación que lleva al servicio de los demás, a imitarle en su caridad hasta el extremo con todos, sin rehuir a los alejados y pecadores, de forma que con la ayuda real que reciban se conviertan y vuelvan al buen camino. Solo así, al experimentar en los seminaristas una vida hondamente enraizada en Cristo, las almas percibirán esa novedad de vida y se sentirán atraídos con fuerza a quienes de veras buscan a Dios, la verdad y la justicia.

²⁹ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Catedral de la Almudena con ocasión de una Santa Misa con los seminaristas* (20 de agosto de 2011).

A los seminaristas alemanes, en vísperas de la Jornada Mundial de la Juventud en Colonia, les decía,

El seminario es un tiempo de camino, de búsqueda, pero sobre todo de descubrimiento de Cristo. En efecto, solo si hace una experiencia personal de Cristo, el joven puede comprender en verdad su voluntad y por lo tanto su vocación. Cuanto más conoces a Jesús, más te atrae su misterio; cuanto más lo encuentras, más fuerte es el deseo de buscarlo. Es un movimiento del espíritu que dura toda la vida, y que en el seminario pasa, como una estación llena de promesas, su «primavera»³⁰.

d. Adquirir la medida de la plenitud en Cristo

En esta búsqueda de la verdad de Dios, el Papa invita a adquirir la medida de la plenitud en Cristo. Como él mismo dijo en la homilía en el solemne inicio del ministerio petrino como obispo de Roma sobre el miedo a renunciar a algo precioso en nuestra vida si dejamos entrar a Cristo, a renunciar a la propia libertad y a encontrarnos en la angustia. Y sin embargo, en esa ocasión, él mismo repetía,

¡No! quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada – absolutamente nada– de lo que hace la vida libre, bella y grande.
¡No! Solo con esta amistad se abren las puertas de la vida. Solo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana³¹.

Solamente cuando abrimos las puertas a Cristo, a su verdad en nuestra vida, ensanchamos nuestro corazón y experimentamos la plenitud de Cristo.

A los seminaristas del Colegio Etíope en el Vaticano les recordaba que Cristo no suprime las cualidades características de la persona, al contrario, las eleva, las ennoblece y, haciéndolas suyas, las llama a servir a su ministerio y su obra³². La riqueza personal, su cultura, su historia, sus cualidades y defectos, todo ello forma parte de ese plan de Dios para cada persona que está llamada a encontrar en Cristo su plenitud. Como tantas paradojas en el evangelio que están llamadas a ser vividas por todos los cristianos, de manera especial los futuros sacerdotes están invitados a perderse para

³⁰ BENEDICTO XVI, *Discurso en la Iglesia de San Pantaleón de Colonia con ocasión del encuentro con los seminaristas* (19 de agosto de 2005).

³¹ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Santa Misa de imposición del palio y entrega del anillo del pescador en el solemne inicio del ministerio petrino del obispo de Roma* (24 de abril de 2005).

³² Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso al Pontificio Colegio Etíope en el Vaticano* (29 de enero de 2011).

llegar a transformarse en Cristo, con toda la belleza de las cualidades personales revestidas y ennoblecidas por el amor de Dios.

Para el Papa Benedicto, el Hijo de Dios es el hombre verdadero, la medida del verdadero humanismo³³. En Él encontramos nuestra plenitud. Cristo es el que nos enseña lo que es bueno y nos da el criterio para discernir entre lo verdadero y lo falso, entre el engaño y la verdad. En Cristo está la verdad, en Él está la medida, la guía para nuestras vidas y el camino a seguir.

e. Una relación personal con Cristo, camino, verdad y vida

Además de encontrar en Cristo la guía, la plenitud, el ideal al que debe tender toda la vida del seminarista, el Papa Benedicto recuerda con frecuencia a los aspirantes al sacerdocio que esto se logrará estableciendo una relación personal con Él. A los seminaristas de las regiones de Las Marcas, Apulia y Abruzos-Molise les decía que los años de seminario tienen un valor enorme como tiempo destinado a la formación y al discernimiento. Durante esos años, el primer lugar lo debe tener

la búsqueda constante de una relación personal con Jesús, una experiencia íntima de su amor, que se adquiere sobre todo a través de la oración y el contacto con las Sagradas Escrituras, leídas, interpretadas y meditadas en la fe de la comunidad eclesial³⁴.

Nada puede sustituir esa relación personal en la intimidad del corazón. Es Cristo mismo, el único que puede cambiar el corazón humano y renovarnos interiormente.

Todo seminarista está llamado a hacer la experiencia de San Pablo al encontrarse con Jesús, «lo que era para mí ganancia, lo he juzgado una pérdida a causa de Cristo. Y más aún: juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo» (*Flp* 3,7-9).

En la Audiencia general del 19 de agosto de 2009, reflexionando sobre el ejemplo de San Juan Eudes, que quiso concentrar sus esfuerzos apostólicos en la formación del clero diocesano respondiendo a la urgente necesidad de la formación de sacerdotes según las directrices del Concilio de Trento, el Papa Benedicto comparaba los años de formación al tiempo que los apóstoles estuvieron con Cristo «el tiempo del seminario se debe ver como la actualiza-

³³ Cf. BENEDICTO XVI, *Homilía en la Santa Misa de imposición del palio y entrega del anillo del pescador en el solemne inicio del ministerio petrino del obispo de Roma* (24 de abril de 2005).

³⁴ BENEDICTO XVI, *Discurso a un grupo de seminaristas italianos de los seminarios regionales de Las Marcas, Apulia y Abruzos-Molise* (29 de noviembre de 2008).

ción del momento en el que el Señor Jesús, después de llamar a los Apóstoles y antes de enviarlos a predicar, les pide que estén con él (cf. *Mc 3, 14*)»³⁵. El período del seminario se convierte por tanto en un tiempo privilegiado para estar con Cristo, pasar tiempo con Él, contemplarle, escucharle, convivir con Él. Es a través de esta convivencia con Él en los ratos de oración, en la lectura de las Sagradas Escrituras, en la adoración, en las celebraciones litúrgicas, donde se aprende lo que Cristo lleva en el corazón y el joven seminarista se va identificando con Aquél que es camino, verdad y vida.

A los seminaristas del Seminario Romano, el Papa Benedicto les hablaba de la necesidad de permanecer en el amor de Dios y les decía en 2010, insistiendo en este punto:

El Señor dice: «No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer». Ya no siervos, que obedecen al mandamiento, sino amigos que conocen, que están unidos en la misma voluntad, en el mismo amor. La novedad, por lo tanto, es que Dios se ha dado a conocer, que Dios se ha mostrado, que Dios ya no es el Dios ignoto, buscado pero no encontrado o solo adivinado de lejos. Dios se ha dejado ver: en el rostro de Cristo vemos a Dios, Dios se ha hecho «conocido», y así nos ha hecho amigos³⁶.

En esa convivencia diaria con Él, en ese pasar el tiempo juntos, no solo Cristo les va revelando quién es, sino que el seminarista se va dejando conocer por el Maestro, sin miedo a presentarse tal cual es, sin las multitudes, sin los filtros, sin las máscaras. Con cuánta frecuencia encontramos en los evangelios que Cristo sabía lo que pensaban, conocía lo que tenían en su mente y en el corazón, ya se tratase de sus enemigos, los fariseos o de sus discípulos. En la vida diaria del seminario, el joven aprende a presentarse a Cristo con sencillez, con transparencia, y así irá haciendo la verdadera experiencia de Cristo como pastor, como padre y hermano que le guía y le acompaña en su vida. El futuro sacerdote sabe que solamente en esa relación verdadera, sincera, existencial con Cristo, se podrá constituir sobre un fundamento sólido su vida y su misión.

4. Hacer la verdad sobre sí mismo

Además de que el seminarista llegue a fundar toda su vida espiritual sobre la roca de la verdad que es Dios, siguiendo el pensamiento del Papa alemán, la pasión por la verdad tiene que llevar al

³⁵ BENEDICTO XVI, *Audiencia general* (19 de agosto de 2009).

³⁶ BENEDICTO XVI, *Lectio Divina a los seminaristas del Seminario Romano* (12 de febrero de 2010).

joven a que haga la verdad sobre sí mismo, de lo contrario estará construyendo sobre arena. Este conocimiento propio, acompañado por la ayuda de los formadores, le llevará a adquirir la madurez necesaria para llegar a ser sacerdotes según el corazón de Cristo.

a. No os amoldéis al espíritu del mundo

Hacer la verdad para Benedicto XVI significa descubrir la Verdad que es Dios y también encontrarse consigo mismo, hacer la verdad sobre uno mismo para que toda la persona se vea transformada por el amor de Cristo y llegue a ser un hombre nuevo según el Evangelio.

A los alumnos del Seminario Romano les dirigió una *Lectio Divina* en 2012 explicando los primeros versículos del capítulo 12 de la Carta a los Romanos³⁷. En éstos, San Pablo exhorta a los cristianos de Roma de una manera que no solo tiene una amonestación moral, sino que también quiere significar consuelo, atención al otro, ternura paterna y bondad. Y ¿a qué les exhorta?, a «ofreced vuestros cuerpos» (*Rm* 12,1). La unidad indivisible entre alma y cuerpo, en el cuerpo que somos nosotros mismos. Construir una sólida vida sobrenatural sobre la base de las virtudes humanas. Por eso le dice Jesús a la samaritana que adorarán al Señor en espíritu y en verdad. Adorar en espíritu y en verdad quiere decir realmente entrar a través del Espíritu Santo en el Cuerpo de Cristo, en la verdad del ser. Y así llegamos a ser verdad y nos transformamos en glorificación de Dios.

Encontramos la misma realidad también en el capítulo cuarto del Evangelio de san Juan, donde el Señor dice a la samaritana: En el futuro no se adorará en esa colina o en aquella otra, con estos u otros ritos; se adorará en espíritu y en verdad (*Jn* 4,21-23). Ciertamente, es espiritualización, salir de estos ritos carnales, pero este espíritu, esta verdad no es cualquier espíritu abstracto: el espíritu es el Espíritu Santo, y la verdad es Cristo. Adorar en espíritu y en verdad quiere decir realmente entrar a través del Espíritu Santo en el Cuerpo de Cristo, en la verdad del ser. Y así llegamos a ser verdad y nos transformamos en glorificación de Dios. Llegar a ser verdad en Cristo exige nuestra implicación total³⁸.

El Papa les invita a revestirse de Cristo, que es la verdad, siguiendo la reflexión de San Pablo, en toda la persona, no conformándonos al espíritu del mundo. La formación de la persona

³⁷ BENEDICTO XVI, *Lectio Divina a los seminaristas del Seminario Romano* (15 de febrero de 2012).

³⁸ BENEDICTO XVI, *Lectio Divina a los seminaristas del Seminario Romano* (15 de febrero de 2012).

implica renunciar al mundo y habla especialmente de dos seducciones: la del tener y la del poder de los medios de comunicación social. El mundo, con su avidez de tener, no representa ya un instrumento para favorecer la vida del hombre, sino que se transforma en un poder que lo oprime. No nos sometamos a este poder, más bien utilicémoslo como medio; pero con la libertad de los hijos de Dios. Luego está el poder de los medios de comunicación que fácilmente nos llevan a un mundo falso, un mundo de apariencias que al final cuenta más que la realidad misma. Con qué facilidad esto lleva al hombre a no seguir la verdad de su ser, sino que quiere sobre todo aparentar, ser conforme a estas realidades. Como cristianos, no queremos la apariencia, sino la verdad, y esto nos da libertad, la verdadera libertad cristiana: el librarse de esta necesidad de agradar, de hablar como la masa cree que debería ser, y tener la libertad de la verdad. El no conformismo del cristiano nos redime, nos restituye a la verdad.

Siguiendo con la reflexión que hace el Papa, San Pablo continúa exhortando a la comunidad de Roma a «transformaos por la renovación de vuestra mente» (*Rm* 12,2), a vivir en la verdad. Transformarnos a nosotros mismos, dejarnos transformar por el Señor en la forma de la imagen de Dios, transformarnos cada día de nuevo, a través de su realidad, en la verdad de nuestro ser. Y «renovación»; esta es la verdadera novedad: que no nos sometamos a las opiniones, a las apariencias, sino a la Gracia de Dios, a su revelación. Renovar la mente, la manera de razonar, de manera que toda la persona, su madura de pensar, sus sentimientos, sus afectos, de modo que aparezca realmente en el hombre la imagen de Dios.

He querido comenzar este apartado con este discurso de Benedicto XVI pues refleja su convicción de que en la formación del sacerdote toda la persona no es un espíritu desencarnado, sino que hacer la verdad tiene que llevar a integrar todas las dimensiones de su ser, la dimensión espiritual, la dimensión humana, los pensamientos y los actos. Solamente así el hombre se realiza como persona. San Juan lo expresaría así en su primera carta,

Este es el mensaje que hemos oído de él y que os anunciamos: Dios es Luz, en él no hay tiniebla alguna. Si decimos que estamos en comunión con él y caminamos en tinieblas, mentimos y no obramos la verdad. Pero si caminamos en la luz, como él mismo está en la luz, estamos en comunión unos con otros (*1Jn* 1,5-7)

Solamente a la luz de la verdad, el seminarista llega a realizar el proyecto de Dios sobre su persona. El hombre nuevo en Cristo que no se deja llevar por los criterios del mundo, «sino que obedece a

la verdad de nuestro ser que habita profundamente en nosotros y que se nos da nuevamente en el Bautismo»³⁹.

b. Verdad y libertad

«Fuisteis llamados a la libertad» (*Gal 5,13*). La libertad es el gran sueño de la humanidad de todos los tiempos. Ser libres, sentirnos libres, sin ser esclavos ni de nada ni de nadie. El Papa Benedicto, hablando de la libertad a los estudiantes del Seminario Romano⁴⁰, les explicaba cómo Lutero estaba buscando esa libertad cuando llegó a la conclusión de que la regla monástica, la jerarquía y el magisterio eran un yugo de esclavitud del que era necesario librarse. Posteriormente, todo el periodo de la Ilustración está dominado por este deseo de libertad y hasta el mismo marxismo se presentó como un camino hacia la libertad. Con qué facilidad, viviendo en una cultura imbuida de un falso concepto de la verdadera libertad, el joven que se llega al seminario puede vivir con estos parámetros.

Y el Papa les invitaba a reflexionar ¿qué es la libertad? La absolutización del yo es la degradación del hombre. El libertinaje no es la libertad, hacer lo que yo quiero cuando y como quiero. Al contrario, seremos realmente libres si nos hacemos servidores de los demás. Me puedo aislar y comportarme como yo quiera, hacer mi propia verdad, cuyo punto de referencia es lo que yo pienso, lo que creo que me va a llevar a la felicidad. Es lo opuesto a la verdad de nuestro ser. Nuestra verdad es que ante todo somos creaturas, creaturas de Dios y vivimos en relación con Él; de lo contrario, caemos en la mentira y en ella, al final, nos destruimos.

Por esto, para el Papa Benedicto es fundamental para que el seminarista pueda ver a Dios y orientarse hacia Él, conocerle, conocer Su voluntad, insertarse en Su voluntad, entrar cada vez más en el espacio de la verdad, de quién es él como creatura. Libertad y verdad para que comprenda quién es él en relación con los demás, con sus formadores, con sus compañeros en el seminario, con las almas. «Toda la ley alcanza su plenitud en este solo precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (*Gal 5,14*).

c. El seminario, escuela de comunión para conocerse a sí mismo

Para el Papa Benedicto el seminario es el lugar apropiado para descubrir que no estamos aislados, que somos parte de la comu-

³⁹ BENEDICTO XVI, *Lectio Divina a los seminaristas del Seminario Romano* (15 de febrero de 2012).

⁴⁰ Cf. BENEDICTO XVI, *Lectio Divina a los seminaristas del Seminario Romano* (20 de febrero de 2009).

nidad del presbiterado, de la Iglesia. En ese ambiente descubro mejor la verdad sobre quién soy yo mismo.

Así como Cristo llamó a los apóstoles, a los doce, a formar un grupo para fundamentar sobre ellos su Iglesia, así continúa llamando a jóvenes a seguirle.

¿A qué se debe el seminario; qué significa este período?, me impresiona sobre todo cada vez más el modo en que san Marcos, en el tercer capítulo de su Evangelio, describe la constitución de la comunidad de los Apóstoles: «El Señor instituyó doce» (Mc 3,14)⁴¹.

De esta manera, el seminario se convierte en el ambiente y el tiempo propicio para que los seminaristas pasen de ser un «yo» que sigue a Cristo a un «nosotros». En este contexto, en el intercambio diario con los demás compañeros, con los formadores y con los profesores, el seminarista se va conociendo mejor a sí mismo, su identidad y su misión. En la comunión y las relaciones con los demás, el joven va forjando una personalidad estable, caracterizada por el equilibrio afectivo, el dominio de sí y va adquiriendo progresivamente una conciencia formada de acuerdo a la verdad, o sea, «que llegue a ser una persona responsable, capaz de tomar decisiones justas, dotada de juicio recto y de una percepción objetiva de las personas y de los acontecimientos»⁴². Esto le llevará también a adquirir la equilibrada autoestima, que le conduzca a la toma de conciencia de las propias cualidades para ponerlas al servicio de los demás.

En ese encuentro con los demás el seminarista también descubre la verdad de su historia propia, de su pasado, de su personalidad, y aprende a verla desde Dios, desde la fe. Es fundamental que llegue a hacer la verdad de sí mismo en la apertura con los formadores y los directores espirituales, reflexionando sobre las experiencias vividas y sus experiencias apostólicas. Aprende a descubrir en sus compañeros a sus hermanos, con sus historias particulares, con sus cualidades y defectos, para pasar a un amor que le saque de sí mismo y le lleve a identificarse cada vez más con su llamado y su misión.

Según el Papa, el ejercitarse en ese apoyo mutuo es algo fundamental para el seminarista, aprender a acoger al otro en su diferencia y aprender que él tiene que soportarme a mí en mi diferencia. De esta manera, llegaremos a ser un «nosotros» que formará una

⁴¹ BENEDICTO XVI, *Discurso en el Seminario de Friburgo de Brisgovia con ocasión del encuentro con los seminaristas* (24 de septiembre de 2011).

⁴² CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El don de la vocación presbiteral. Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis*, 94.

comunión, bien sea en una parroquia, en la Iglesia local o en una comunidad religiosa. Al mismo tiempo, hay que aprender a mirar más allá del nosotros concreto y limitado de mi grupo de compañeros, de mi lugar de origen, de mi parroquia, para abrirse a la realidad del Cuerpo Místico de la Iglesia de la que somos parte y que constituye la verdad de quienes somos, la comunidad entera de los fieles, de hoy y de todos los tiempos.

El «nosotros» es la comunidad entera de los fieles, de hoy, de todos los lugares y todos los tiempos... Nosotros somos Iglesia: ¡Seámoslo! Seámoslo precisamente en el abrirnos, en el ir más allá de nosotros mismos y en serlo junto a los otros⁴³.

El interés por las otras iglesias, por la situación de los cristianos de otras regiones, de los cristianos perseguidos, de las dificultades y los retos de la Iglesia, ayudan al joven a sentirse parte de una realidad que trasciende las fronteras de la propia cultura y le abren a un horizonte mucho más amplio que es la Iglesia.

d. Actitud de humildad, de escucha, de respuesta al llamado de Dios

En su visita al Seminario de San José en Yonkers, en Nueva York, el Papa Benedicto pone el ejemplo de los santos cuyas imágenes presidían la sala donde estaba dándoles el discurso y les decía cómo la vocación a ser sacerdote es ante todo una respuesta al llamado de Dios, es Él el que tiene la iniciativa, el que llama⁴⁴. Si el seminarista quiere vivir en la verdad, lo primero es escuchar en el fondo de su corazón la invitación de Cristo a seguirle.

Esta invitación a escuchar el llamado de Dios se fundamenta en la humildad, algo que el Cardenal Ratzinger fue capaz de reflejar en su propia vida. Al mismo tiempo que es un teólogo profundamente sabio, es una persona profundamente humilde. Jesús Bastante, en su libro *Benedicto XVI, el nuevo Papa*, se referirá a él como un cerebro privilegiado de nuestro tiempo⁴⁵. El día de su elección, al dirigirse al pueblo de Dios, les dirá

Después del gran papa Juan Pablo II, los señores cardenales me han elegido a mí, un simple y humilde trabajador de la viña del Señor. Me consuela que el Señor sepa trabajar con instrumentos insuficientes y me entrego a vuestras oraciones⁴⁶.

⁴³ BENEDICTO XVI, *Discurso en el Seminario de Friburgo de Brisgovia con ocasión del encuentro con los seminaristas* (24 de septiembre de 2011).

⁴⁴ Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso en el Seminario de San José, Yonkers, New York con ocasión del encuentro con los jóvenes y seminaristas* (19 de abril de 2008).

⁴⁵ J. BASTANTE, *Benedicto XVI, el nuevo Papa*, La esfera de los libros, Madrid 2005, 103.

⁴⁶ J. BASTANTE, *Benedicto XVI, el nuevo Papa*, 28.

Esa es la experiencia propia del Papa Benedicto y es la misma experiencia que quiere para todos los sacerdotes. Solo así el hombre puede llegar a la verdad, desde la humildad y el reconocimiento de las propias limitaciones. Por eso, el mismo día de la elección y ante las preguntas incesantes de los periodistas de todo el mundo sobre su plan para el pontificado, diría con sencillez en su primera homilía como Papa:

mi verdadero programa de gobierno es no hacer mi voluntad, no seguir mis propias ideas, sino de ponerme, junto con toda la Iglesia, a la escucha de la palabra y de la voluntad del Señor y dejarme conducir por Él, de tal modo que sea él mismo quien conduzca a la Iglesia en esta hora de nuestra historia⁴⁷.

Esta actitud de humildad frente a la verdad también será algo que refleja continuamente en sus discursos y conversaciones con los seminaristas. Algo esencial para el aspirante a las órdenes sagradas. Esta humildad le permitirá al seminarista reconocerse a sí mismo como alguien llamado y, por lo tanto, en actitud permanente de escucha y de respuesta a la iniciativa divina.

El camino de la vocación, como recordaba el Papa Benedicto en el mensaje para la Jornada mundial de oración por las vocaciones en 2009, es ante todo un don divino que se sitúa en el amplio proyecto de amor y salvación que Dios tiene para cada hombre y para la humanidad entera. Es el amor de Dios el que llama a unos hombres a llevar adelante la misión de difundir su mensaje por todo el mundo. Dios sigue llamando. Esa iniciativa del amor divino está en el corazón de toda vocación, y requiere una actitud de humildad, de escucha del Espíritu Santo. La vocación no nace de un deseo personal de realización personal ni de ayudar a los demás. Nace del amor de Dios.

¿Quién puede considerarse digno de acceder al ministerio sacerdotal? ¿Quién puede abrazar la vida consagrada contando solo con sus fuerzas humanas? Una vez más conviene recordar que la respuesta del hombre a la llamada divina, cuando se tiene conciencia de que es Dios quien toma la iniciativa y a Él le corresponde llevar a término su proyecto de salvación, nunca se parece al cálculo miedoso del siervo perezoso que por temor esconde el talento recibido en la tierra (cf. *Mt 25, 14-30*), sino que se manifiesta en una rápida adhesión a la invitación del Señor, como hizo Pedro, que no dudó en echar nuevamente las redes pese a

⁴⁷ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Santa Misa de imposición del palio y entrega del anillo del pescador en el solemne inicio del ministerio petrino del obispo de Roma* (24 de abril de 2005).

haber estado toda la noche faenando sin pescar nada, confiando en su palabra (cf. *Lc 5,5*)⁴⁸.

Solamente se es capaz de responder al llamado poniendo la confianza en Dios, de quien brota todo don, desde el reconocimiento con humildad de la propia incapacidad con las fuerzas humanas para corresponder a la grandeza del ministerio sacerdotal. Una invitación que implica abandonarlo todo gustosamente para abrazar el plan de Dios con la confianza puesta en Él que ha dado la vida por nosotros.

e. Dejarse plasmar

En ese mismo discurso que hemos mencionado antes en la ceremonia del aniversario del seminario en Würzburg⁴⁹, el Cardenal Ratzinger invitaba a los seminaristas a dejarse plasmar, dejarse podar para poder madurar. Ser contruidos, en pasivo. Ser purificados para poder llegar a ser verdaderos sacerdotes.

Utilizando la imagen de las piedras vivas que forman parte del edificio del seminario, el Cardenal comentaba que cada uno de los seminaristas debe tomar sobre sí el destino de la piedra de una construcción: se tiene que dejar plasmar, adaptarse al puesto en el cual resulte necesario, se debe dejar unir al conjunto, de manera que no puede simplemente ir donde quiere. Este proceso de purificación es sumamente necesario para el joven seminarista. «Ser contruidos» en un sentido pasivo, dejarse formar, podar. Sin esto, el tiempo del seminario sería un tiempo sin frutos. Solo el dolor de la purificación sana. Si falta esta purificación, es fácil que surjan descontentos, insatisfacciones, personas autorreferenciales, encerradas en sí mismas.

Es en este proceso de purificación donde el joven va encontrando la verdad sobre sí mismo, donde van cayendo las apariencias, los elementos superfluos de la propia personalidad, donde se va purificando la vocación como el oro en el crisol, donde van desapareciendo las impurezas hasta llegar a ser un discípulo de Cristo. Dejarse plasmar quiere decir prestarse a la acción del Espíritu Santo, de los formadores, de los directores espirituales.

En este sentido, el joven seminarista sabe que es el Espíritu Santo el protagonista de la formación y gran parte de su tarea será dejar que Él haga su obra, dejar que el gran escultor vaya esculpiendo en la piedra bruta la imagen del sacerdote, la imagen de

⁴⁸ BENEDICTO XVI, *Mensaje para la jornada mundial de oración por las vocaciones* (20 de enero de 2009).

⁴⁹ J. RATZINGER, *Discurso con motivo de la celebración del 400 aniversario del Seminario de Würzburg*, 486.

Cristo. Esto requiere una gran docilidad y apertura, «extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará a donde tú no quieras» (Jn 21,18).

*f. Pasión por la verdad*⁵⁰

Educarse a la verdad, una verdad que con frecuencia es incómoda para el hombre. Para el rabino Jacob Neusner, en el libro conmemorativo de los 70 años del Ratzinger⁵¹, esa pasión por la verdad le llevará al Cardenal Ratzinger a constituirse como guía y defensor de la verdadera teología contra la hegemonía del historicismo, que tantos estragos causó en la interpretación de las escrituras a inicios del siglo XX.

Dirigiéndose a los seminaristas en el discurso preparado para el aniversario del Seminario de Würzburg, el Cardenal Ratzinger habla de que el primer objetivo de la formación debe ser formar hombres auténticos que vivan a fondo las virtudes. Entre las virtudes que señala, la primera es la pasión por la verdad.

La verdad educa al desinterés personal y a la verdadera libertad. Puedo evitarme tantos problemas si hago una pequeña concesión a la mentira o aceptar las consecuencias de la fidelidad a la verdad. ¿Por qué disturbar la armonía, la paz del grupo? ¿Por qué quedar en ridículo? Tantos santos a lo largo de la historia dieron su vida por fidelidad a esa verdad. De esta manera, el conformarse al grupo llega a ser una tiranía contra la verdad.

El Cardenal Ratzinger decía en esa ocasión a los estudiantes que no dudaba en afirmar que la gran enfermedad de nuestro tiempo es el ser pobres de verdad y que los resultados se hacían ver por todas partes. Para el seminarista, para el futuro sacerdote, el renunciar a la verdad, el adaptarse al grupo, el seguir la corriente de lo más fácil, es renunciar a sus raíces como persona, lo que le constituye un ser humano, una traición a lo más íntimo de su ser. Cuando se construye sin esta verdad se edifica sobre arena. La coherencia con la verdad, aunque implique sufrimiento, es el presupuesto de una verdadera comunidad. En el duro trabajo de la formación, en los años de seminario, en la paciencia que exige el crecimiento humilde en las virtudes, y en la verdad se madura interiormente, el hombre se libera de sí mismo y se hace libre para Dios. No se edifica una vida con el simple parámetro del grupo ni

⁵⁰ Cf. J. RATZINGER, *Discurso con motivo de la celebración del 400 aniversario del Seminario de Würzburg*, 487.

⁵¹ Cf. J. NEUSNER, *Dal pensiero storico a quello paradigmatico nel giudaismo rabbinico*, in AA.VV. *Alla scuola della verità, i settanta anni di Joseph Ratzinger*, Edizioni San Paolo, Milano 1997, 291.

tampoco con un parámetro creado por nosotros mismos. El joven seminarista se debe dejar formar por el «espíritu que da vida» (1Cor 15,45). A la luz de Dios, en la docilidad a su Espíritu Santo, el seminarista irá construyendo su vida sobre la roca sólida de la verdad de su Creador, del mundo y de sí mismo.

g. La fidelidad al hombre requiere la fidelidad a la verdad

En 2009, en la visita a la República Checa, el Papa se dirigió al mundo académico⁵². Les habló como profesor sobre esa sed de conocimiento de todo hombre que impulsa a toda generación a ampliar el concepto de razón y a beber en las fuentes de la fe. La universidad, más aún, cualquier institución educativa, encuentra su significado en la capacidad de ser responsable frente a la verdad. Si quiere ser fiel al hombre al que trata de educar, tiene que ser fiel a la verdad que el hombre busca. Cuando en los jóvenes de hoy se despierta la comprensión de la plenitud y unidad de la verdad, experimentan el placer de descubrir que la cuestión sobre lo que pueden conocer les abre el horizonte de la gran aventura de cómo deben ser y qué deben hacer. Es preciso retomar la idea de una formación integral, basada en la unidad del conocimiento enraizado en la verdad.

El hombre tiene sed de verdad. Hoy en día, con el crecimiento masivo de la información y de la tecnología, surge la tentación de separar la razón de la búsqueda de la verdad. Sin embargo, la razón, una vez separada de la orientación humana fundamental hacia la verdad, comienza a perder su dirección. Acaba por secarse, bajo la apariencia de modestia, cuando se contenta con lo meramente parcial o provisional, o bajo la apariencia de certeza, que deriva en relativismo y lleva a perder la firmeza de la verdad.

El deseo de libertad y de verdad es un elemento irrenunciable a nuestra humanidad. Nunca puede ser eliminado y, como ha demostrado la historia, solo se puede negar poniendo en peligro la humanidad misma.

h. Todo lo que es verdadero, noble... tenedlo en cuenta

El Papa Benedicto, tomando pie de las palabras de San Pablo a los filipenses «todo lo que es verdadero, noble, justo, puro, amable, laudable, todo lo que es virtud o mérito, tenedlo en cuenta» (Flp 4,8), invita a los seminaristas a la integración de todas las facultades del hombre como camino de la maduración de la persona. La verdad sobre sí mismo implica que el joven haya consegui-

⁵² Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso en el Castillo de Praga con ocasión del encuentro con el mundo académico* (27 de septiembre de 2009).

do un equilibrio justo entre corazón y mente, razón y sentimiento, cuerpo y alma, y que sea humanamente «íntegro», verdadero.

En su Carta a los seminaristas⁵³ abría el corazón a los jóvenes estudiantes para el sacerdocio y les ponía en guardia de las consecuencias de la falta de integración de los diferentes elementos de la personalidad. Es de suma importancia lograr esa madurez que integra todos los elementos de la persona, que responde a la verdad misma de la persona humana, que no se puede diseccionar, separar o compartimentar; donde las emociones, los sentidos, las experiencias vividas, la inteligencia, la voluntad, la sexualidad, el corazón, todo lleve a la persona a su plenitud.

Por ejemplo, el Papa les hablaba de un elemento tan importante como la sexualidad en la propia formación de la persona. El Supremo Pontífice les decía cómo en la sociedad actual este elemento de la sexualidad por desgracia se convierte en algo banal y destructivo al no quedar integrado en el desarrollo equilibrado de la persona y las consecuencias tan tristes que esto había tenido en la vida y ministerio de algunos sacerdotes, refiriéndose a los abusos. La sexualidad es un don del Creador, pero también una tarea que tiene que ver con el desarrollo del ser humano. La verdad sobre la persona humana es que es una unidad en la que no se pueden dejar aspectos apartados sin atender debidamente.

5. Conclusión

Como hemos visto en este artículo, para el Papa Benedicto, al hablar a seminaristas en tantas ocasiones, la pasión por la verdad es algo que está inscrito en lo más profundo del corazón del hombre. Solo la verdad permite al hombre edificar su vida sobre fundamentos sólidos y no sobre las arenas movedizas del relativismo. En un mundo en continuo cambio, los jóvenes carecen con frecuencia de anclajes sólidos, la sólida convicción de la verdad que sostenga las decisiones fundamentales de la existencia personal. Es algo que él también tuvo que experimentar como pastor y responsable último de la formación de futuros sacerdotes. Cuántos jóvenes llegaban con ilusión a tratar de responder un llamado de Dios, pero se veían envueltos en esa atmósfera de relativismo de la cultura dominante,

¡Cuántos vientos de doctrina hemos conocido durante estos últimos decenios!, ¡cuántas corrientes ideológicas!, ¡cuántas modas de pensamiento!... La pequeña barca del pensamiento de

⁵³ Cf. BENEDICTO XVI, *Carta a los seminaristas*, Ciudad del Vaticano, 18 de octubre 2010.

muchos cristianos ha sido zarandeada a menudo por estas olas, llevada de un extremo al otro...se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida solo el propio yo y sus antojos. Nosotros, en cambio, tenemos otra medida: el Hijo de Dios, el hombre verdadero. Él es la medida del verdadero humanismo. No es «adulta» una fe que sigue las olas de la moda y la última novedad; adulta y madura es una fe profundamente arraigada en la amistad con Cristo. Esta amistad nos abre a todo lo que es bueno y nos da el criterio para discernir entre lo verdadero y lo falso, entre el engaño y la verdad⁵⁴.

Para el Papa alemán es fundamental construir la propia vida sobre la Verdad de Dios, sobre su único Hijo, «el camino, la verdad y la vida» (*Jn 14,6*), y aprovechar los años de seminario para profundizar en la experiencia de Cristo y en las riquezas insondables de la Sagrada Escritura en las que Él se revela para hacerlas vida,

Dios es la verdad última a la que toda razón tiende naturalmente, impulsada por el deseo de recorrer a fondo el camino que se le ha asignado. Dios no es una palabra vacía ni una hipótesis abstracta; al contrario, es el fundamento sobre el que se ha de construir la propia vida⁵⁵.

Cuando falta esa pasión por la verdad y, por lo tanto, no se ha edificado en la sólida roca de la Verdad de Dios, la confianza se va dejando de lado y crece la desconfianza en sí mismo, «provocando muchas veces un gran vacío existencial»⁵⁶. Falta la luz y todo se vuelve a veces confuso para el joven, ya no le es posible distinguir el bien del mal, la senda que lleva a la realización de la vocación de aquella que nos deja confusos, sin una dirección fija. Estas situaciones pueden suponer no solo un momento pasajero de desconcierto sino el abandono del camino y la pérdida de la vocación.

Esa pasión por la verdad, que tiene que llevar al seminarista a centrar toda su vida en Dios, le tiene que llevar también a hacer la verdad sobre sí mismo, sobre la persona, en el contacto con los demás, en el salir del propio mundo individual para formar parte de la comunidad del seminario, de la Iglesia, en una actitud de respeto, de búsqueda sincera que solo se alcanza desde una profunda humildad.

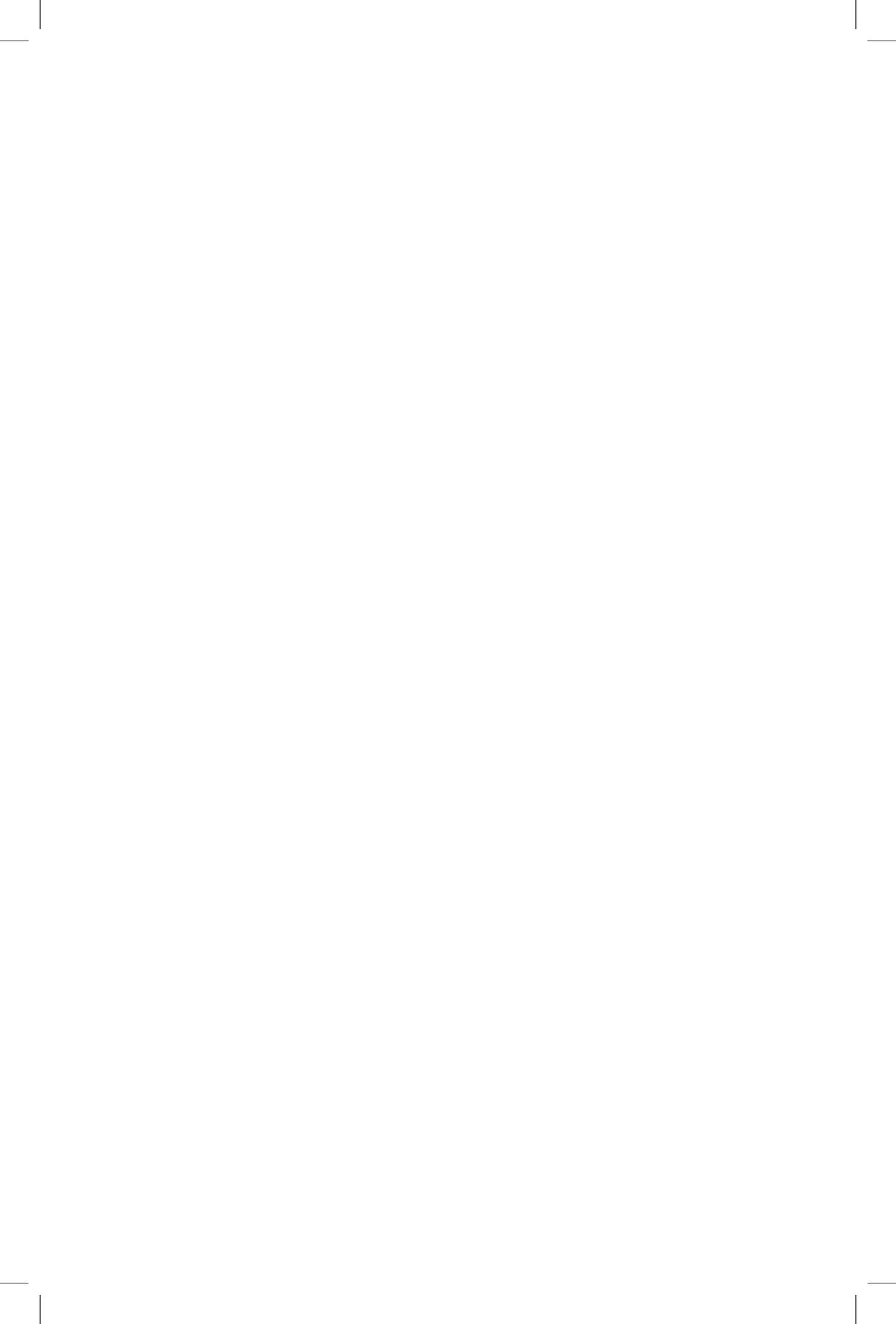
La verdad se convierte así no solo en la roca sobre la que construir la vida, sino que está unida indisolublemente a la misión de

⁵⁴ J. RATZINGER, *Homilía en la Misa «Pro eligendo Pontifice»* (18 de abril de 2005).

⁵⁵ BENEDICTO XVI, *Discurso en la visita a la Pontificia Universidad Lateranense* (21 de octubre de 2006).

⁵⁶ FRANCISCO, *Discurso a los participantes en la plenaria de la CIVCSA* (28 de enero de 2017).

evangelizar el mundo, hambriento de verdad, la luz que ilumina al hombre sumido en la oscuridad. El mismo Papa Benedicto llegó a ser un punto de referencia privilegiado para comprender los retos a los que enfrenta la Iglesia de hoy día, los pastores que van a llevar el mensaje de salvación a todos los rincones de la tierra. En un mundo que no entiende de argumentos de fe, sobrenaturales, quizás la búsqueda de la verdad sea un lenguaje común que pueda abrir al hombre a descubrirse a sí mismo. En esta cruzada, el Papa no está solo, sino que sabe que toda la Iglesia y especialmente sus pastores, tienen que ser maestros de verdad en el mundo de hoy.



La dignidad cristiana en las Homilías del Papa San León Magno

Xavier Castro, L.C.

Licenciado en filosofía y en teología por el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, y delegado para la vida religiosa en la Provincia del Norte de México de los Legionarios de Cristo.

El presente trabajo busca ser un aporte desde la perspectiva de la teología en la reflexión sobre la fundamentación de la dignidad del ser humano. Tiene por lo mismo una doble vertiente: la dignidad humana y la dignidad cristiana, que no son dos realidades separadas o excluyentes, sino complementarias. Tiene una doble finalidad: por una parte, ser de utilidad para quien busque comprender mejor la verdad y grandeza del ser humano; y por otra, ayudar al cristiano a valorar lo que es y así vivir con mayor aprecio y gozo la dignidad que ha recibido.

Queriendo responder a los objetivos planteados anteriormente, recurrí a un autor que fuera pilar en la consideración cristiana de la dignidad humana. Conocer con profundidad el pensamiento y la visión del Papa León Magno ha sido para mí como reabrir una mina antigua, con tantos tesoros todavía por extraer. Quince siglos y medio de distancia ciertamente es mucho tiempo, pero, como sucede con muchas minas antiguas, cuando se les vuelve a excavar nos ofrecen minerales con toda su riqueza y actualidad.

San León nace entre los años 390 y 400 d.C. y muere el 10 de noviembre de 461. Fue Papa durante los últimos 21 años de su vida. Le tocó vivir años álgidos, no solo por el rol político que tenía la Iglesia en esos siglos (pensemos, por ejemplo en la invasión de Atila de Europa Central y la Península Itálica en el año 451), sino sobre todo porque la comprensión y explicación del misterio cristológico estaba en candente debate. En el mundo cristiano pululaban no pocas propuestas cristológicas heréticas como el monifisismo, que negaba la verdadera encarnación de Cristo. El Papa León Magno fue un gran defensor del misterio de la encarnación de Cristo, movido no solo por una inteligencia clarísima sino, sobre todo, por una iluminación sobrenatural que el mismo Concilio de Calcedonia (constituido casi en totalidad por miembros de la Iglesia de Oriente) unánimemente reconoció aceptando su tesis: «Pedro ha hablado por boca de León».

Con su reflexión y sus enseñanzas cristológicas sobre el misterio de la encarnación no solo marcó la comprensión de la Persona

de Cristo en la teología para los siglos venideros, sino que también ha iluminado el desarrollo de la reflexión sobre el valor y dignidad de la persona humana en cuanto creado a imagen y semejanza de Dios.

La consideración cristiana del hombre como *imago Dei* no es un argumento que solo interesa al creyente cristiano, sino que aporta un fundamento sólido y universal para la reflexión sobre la dignidad del ser humano. Así, el aporte de León Magno es de interés y gran riqueza en la reflexión actual sobre la dignidad humana, y es una mina que hay que volver a excavar porque tiene grandes riquezas en su interior.

1. *Imago Dei*: dignidad del hombre creado a imagen y semejanza de Dios

a. Recorrido sobre el significado de «imagen y semejanza»

El significado de la expresión del Génesis sobre el hombre «creado a imagen y semejanza» (Gn 1,26) de Dios ha perdido bastante su significado profundo en la cultura actual. Nuestra concepción de los términos «imagen» y «semejanza» se refieren hoy a algo superficial, casi a una realidad digital y virtual. Para este estudio sobre la dignidad cristiana, es preciso comprender mejor el significado de la Sagrada Escritura sobre la realidad del hombre creado a imagen y semejanza de Dios.

El Papa san León Magno, en sus sermones del año litúrgico, sobre todo de Navidad y Pascua, recurre al tema de la dignidad cristiana. Cuando toca este tema argumenta con fuerza, admiración e incluso veneración, al referirse a la sublimidad de la dignidad del hombre creado a imagen y semejanza de Dios. Se dirige específicamente a los cristianos, arengándoles a descubrir y llevar a plenitud esa dignidad que les ha sido regalada. Es una idea recurrente en homilías y discursos, en un evidente esfuerzo por transmitir una mejor comprensión de lo que es la grandeza del ser humano, consciente de que las palabras humanas son siempre insuficientes ante las realidades sobrenaturales y la grandeza de Dios.

Para entender mejor lo que el Papa León quería transmitir en sus homilías se requiere obviamente una mejor comprensión de la expresión bíblica «imagen y semejanza».

¿Qué significaba para el Papa León la expresión «creado a imagen y semejanza de Dios», que le conmovía y le llevaba a hablar con tal fuerza a los cristianos? Frecuentemente en homilías y dis-

curso repite con fuerza «Reconoce, ¡oh cristiano!, tu dignidad»¹, e invita a sus oyentes a descubrir el don de ser partícipes de la naturaleza divina que, aunque corrompida por el pecado, ha sido restaurada por Cristo y ensalzada a una dignidad todavía mayor que en la creación original:

Al caer todo el género humano en la persona de nuestros primeros padres, quiso Dios en su misericordia socorrer, por medio de su Hijo Jesucristo, a la criatura, formada a su imagen y semejanza; quiso reparar su naturaleza sin salir de ella, y al mismo tiempo elevarla a una dignidad mayor que la original².

Qué comprensión tendría este Papa sobre la grandeza y dignidad del hombre creado a imagen y semejanza de Dios, que era un argumento recurrente en su predicación, sin importar qué fiesta del año litúrgico se celebraba. Se puede decir que san León Magno consideraba todos los misterios de la redención a través del prisma del amor infinito y personal de Dios al hombre, a quien quiso crear con la identidad más elevada, a imagen y semejanza suya.

El concepto bíblico de «imagen y semejanza» ha sido estudiado y discutido siempre. Antes del Papa León, ya san Ireneo (130-202 d.C.) hizo una aportación importante para la comprensión de estos dos términos. En su obra *Adversus Haereses* hace una distinción entre los términos «imagen» y «semejanza»³. El término «imagen» (*méthexis*) denota una participación ontológica, mientras que «semejanza» (*mímesis*) se refiere más bien a una transformación moral que es la vida cristiana. A partir de esta distinción, por concepto de *mímesis* podemos entrever una vocación en el hombre que, por su participación ontológica en la vida divina referida como *méthexis*, está llamado a llevar a plenitud en su vida la dignidad que le ha sido otorgada en su ser.

Años más tarde, Tertuliano (155-220 d.C.) continúa la reflexión de san Ireneo, y explica que, mientras la «imagen de Dios» no puede ser destruida por el pecado, la «semejanza», sí⁴. Siguiendo el pensamiento de Tertuliano, el hombre no pierde la dignidad de ser imagen de Dios, pero ciertamente ésta ha sido herida por el

¹ LEÓN MAGNO, *Homilias sobre el año litúrgico*, edición preparada por Manuel Garrido Bonaño O.S.B., Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1969. *Homilía de Navidad 21*, 72 (PL 54, 190). Para todas las citas de homilias de san León Magno de este estudio utilizo esta traducción española. Entre paréntesis la correspondencia con la página de la Patrología Latina de Migne (PL) volumen 54.

² ID., *Homilias sobre el año litúrgico*, *Homilía sobre la Resurrección del Señor 72*, 298 (PL 54, 390).

³ Cf. IRENEO DE LYON, *Adversus Haereses*, V,6,1, in *Sources Chrétiennes*, Paris 1965.

⁴ Cf. TERTULIANO, *De Baptismo*, in *Corpus Christianorum Serie Latina (SL)*, Vol. I,5,6 Typographi Brepols Editores Pontificii, Turnholti 1954.

pecado, y por lo tanto la vida cristiana, a partir del bautismo, viene a ser un camino de resanar su semejanza divina.

San Agustín, contemporáneo del Papa León (354-430 d.C.) puso más el acento en la relación con Dios como vocación y fin del hombre:

Y pretende alabarte un hombre, pequeña migaja de tu creación. Precisamente un hombre que lleva en torno suyo la mortalidad, que lleva a flor de piel la etiqueta de su pecado y el testimonio de tu resistencia a los soberbios. A pesar de todo, pretende alabarte un hombre, pequeña migaja de tu creación. Y eres tú mismo quien le estimula a que halle satisfacción alabándote, porque nos ha hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti⁵.

La visión agustiniana del *imago Dei* es más personalista. A la base de su concepción del hombre está presente la distinción de San Ireneo, si bien él tuvo la intuición de una composición tripartita del alma humana semejante a la de san Pablo (1Tes 5,23).

San León Magno sin duda estudió los escritos de estos grandes Padres de la Iglesia que le precedieron y sus enseñanzas enriquecieron su comprensión teológica sobre el ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios.

Siglos más tarde santo Tomás de Aquino (1225-1274) se referiría a la *imago Dei* como una naturaleza del hombre concreto, gracias a la cual puede conocer a Dios. Esta concepción de la *imago Dei* tiene tres expresiones: *imago creationis* (naturaleza), *imago recreationis* (gracia), *imago similitudinis* (gloria), por la cual el hombre puede participar de alguna manera en la vida divina⁶. Es decir, retoma en cierto sentido la dinámica propuesta previamente por san Ireneo (*méthesis* - mimesis), pero con una claridad mayor respecto de la obra de la gracia, que es quien realiza en el hombre caído la *imago similitudinis*.

La gran ruptura con la tradición patristica y escolástica vendrá siglos más tarde con la Reforma protestante. La visión protestante acusaba a la visión católica sobre el ser humano (la cual no aceptaba la tesis luterana de una naturaleza humana corrompida, sino solamente herida por el pecado), de incitar al hombre a encararse e igualarse a Dios. Por su parte, el catolicismo acusó al protestantismo de negar la realidad ontológica de la participación en la vida divina por la *imago Dei*, como si ésta fuera una membrecía, algo meramente extrínseco. El catolicismo es firme en sostener

⁵ AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones* I,1, traducción de José Cosyaga, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1986, 23.

⁶ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* I, q. 93, a. 4.

que, gracias a la participación ontológica que Dios otorga al hombre por el bautismo, la gracia obtenida por Cristo restaura eficaz y realmente la naturaleza herida del hombre⁷; es decir, que la obra redentora de Cristo es una salvación verdadera y transformante en el ser humano: «La transformación que aquí se da (en el bautismo), tiene la radicalidad de un verdadero renacimiento, de una nueva creación»⁸. En cambio, la justificación del protestantismo no acepta una verdadera restauración intrínseca, ni la posibilidad de una transformación cualitativa en el hombre.

Así pues, el concepto de «imagen y semejanza» significa algo ontológico, dado por Dios al hombre en su mismo ser de manera exclusiva entre todas las demás creaturas visibles. Es el hombre la creatura en la cual los signos del amor de Dios se ponen más de manifiesto. Hay en él un soplo del Creador que le es constitutivo, haciéndolo un espejo de la bondad y justicia de Dios. En cuanto creado a imagen y semejanza del Creador, el hombre tiene una dignidad más alta respecto a las demás creaturas⁹: «En ser imagen y semejanza de Dios radica toda la dignidad del hombre»¹⁰. Solo es posible comprender adecuadamente qué es el hombre si lo consideramos desde la perspectiva de quien lo creó: «para la Biblia, la *imago Dei* constituye casi una definición del hombre: el misterio del hombre no se puede comprender separado del misterio de Dios»¹¹.

«Creado a imagen y semejanza de Dios» no es una bonita expresión que adorna a la humanidad, sino revelación del privilegio con que Dios ha querido crear al ser humano por pura iniciativa de amor. No es una aspiración ni una idea concebida por el hombre, sino un don otorgado gratuitamente. La imagen divina que llevamos inscrita en nuestro ser es esencial, una cualidad intrínseca y constitutiva, no algo accidental ni una «imagen» meramente virtual. No es un título que el hombre ha querido darse a sí mismo

⁷ Cf. CONCILIO DE TRENTO, *Decreto sobre la Justificación* (Sesión VI, Cap. 7), en H. DENZINGER – A. SHÖNMEZGER, *Enchiridion symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*, Herder, Barcelona 1976, 371.

⁸ J. RAZINGER, *Maria Chiesa nascente*, San Paolo, Torino 2012, 80. «La trasformazione, che qui avviene, ha la radicalità di una vera rinascita, di una nuova creazione». La traducción es mía.

⁹ Cf. LEÓN MAGNO, *Homilias sobre el año litúrgico, Homilía de Adviento 12*, 45 (PL 54, 168).

¹⁰ Cf. D. TETTAMANZI, *El Hombre imagen de Dios*, traducción española de José María Arbizu, Secretariado Trinitario, Salamanca 1978, 36.

¹¹ COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *Comunión y Servicio*, n. 7. en H. DENZINGER – P. HÜNERMANN, *Enchiridion symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*, traducción de B. Dalmau de la 38ª edición alemana, Herder, Barcelona 2006. En adelante CS.

de modo arrogante, pues sería inapropiado y hasta irrespetuoso con Dios. Es la imagen no de un dios concebido por el hombre, sino del Dios trascendente y verdadero que gratuitamente ha querido plasmar en nosotros¹².

Si bien todo el debate protestante tuvo lugar siglos después del Papa León Magno, es evidente que sus argumentos son perennemente sólidos y su visión del hombre sigue siendo válida frente a los de la Reforma protestante. San León Magno (al igual que san Ireneo y santo Tomás) concibe la existencia del ser humano, en cuanto creado a imagen y semejanza de Dios, como un dinamismo de imitar a su Autor:

Amándonos Dios, nos restituye a su imagen. Y para que halle en nosotros la imagen de su bondad nos concede que podamos hacer lo que Él hace, iluminando nuestras inteligencias e inflamando nuestros corazones a fin de que no solamente amemos a Él, sino también cuanto Él ama¹³.

Al revelar Dios al hombre lo que ha querido hacer de él, éste no solo descubre su grandeza como imagen y semejanza de Dios, sino también una vocación a la santidad, un llamado a llevar a plenitud en su vida ese proyecto divino inscrito en su ser. Una vocación que no solo ha de vivirse en su interior, sino que debe notarse en todos los ámbitos de su vida: «Si es para los hombres un motivo de alabanza ver brillar en sus hijos la gloria de los antepasados, ¿cuánto más glorioso será para aquellos que han nacido de Dios brillar, reflejando la imagen de su Creador, y hacer aparecer en ellos al que los ha engendrado (Mt 5,16)?»¹⁴.

b. Creación del hombre a imago Dei: capacidad de comunión con Dios, de conocer y vivir un amor personal e interpersonal

El hombre es la única creatura visible creada a imagen de Dios, que Él ha querido por sí misma¹⁵. Lleva en sí mismo inscrita la huella del Creador. Su dignidad y su valor son intrínsecos, es decir, los lleva en su mismo ser, independientemente de que otros le reconozcan o no. A cada ser humano le ha sido dada una dignidad por encima de toda la creación, por el hecho de ser imagen y semejanza de Dios:

¹² Cf. P. LAMARCHE en D. TETTAMANZI, *El Hombre imagen de Dios*, 39.

¹³ LEÓN MAGNO, *Homilías sobre el año litúrgico, Homilía de Adviento 12*, 45 (PL 54, 168).

¹⁴ *Ibid.*, *Homilía de Navidad 26*, 98 (PL 54, 212).

¹⁵ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, n. 24, in *Acta Apostolicae Sedis (AAS)*, 58 (1966), 1025-1120. En adelante GS.

La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios. Existe pura y simplemente por el amor de Dios, que lo creó, y por el amor de Dios, que lo conserva. Y solo se puede decir que vive en la plenitud de la verdad cuando reconoce libremente ese amor y se confía por entero a su Creador¹⁶.

Es tan grande la dignidad del ser humano por ser imagen y semejanza de Dios, que Dios mismo se enamora del hombre, porque ve en él un reflejo de Sí mismo. Y por lo mismo, la dinámica de la relación que establece con él es análoga a la dinámica de amor de la Trinidad, una relación de amor y donación recíprocos. «Cuando Dios mira a esta creatura suya, se ve reflejado en ésta [...]. Al crear al hombre, Dios no crea una naturaleza más entre las otras, sino un tú, lo crea llamándolo por su nombre [...], una persona»¹⁷.

El Dios uno y trino ha revelado su proyecto de compartir la comunión de la vida trinitaria con personas creadas a su imagen. Es por esta comunión trinitaria que las personas humanas son creadas a imagen de Dios. Es propiamente por esta semejanza radical al Dios uno y trino que se fundamenta la posibilidad de una comunión de seres creados con las Personas increadas de la Santísima Trinidad. Creados a imagen de Dios, los seres humanos son por naturaleza corpóreos y espirituales, hombres y mujeres hechos el uno para el otro, personas orientadas hacia la comunión recíproca con Dios, heridos por el pecado y necesitados de salvación, y destinado a ser conformados a Cristo, imagen perfecta del Padre, en la potencia del Espíritu Santo¹⁸.

Dios nos muestra que quiere relacionarse con nosotros de manera personal, la creación a imagen y semejanza suya es una evidencia de ese deseo de Dios, nos lo ha querido dejar marcado en lo más íntimo de nuestro ser. Y el modo en que se nos ha revelado a lo largo de la historia de la salvación es una progresiva renovación de ese anhelo divino respecto del ser humano:

El Dios de la religiosidad israelítica no es para el ser humano “el absolutamente otro”, el extraño o ajeno, así como no se puede decir del hombre que amo –o que odio- que sea para mí otro absolutamente; él es mío en un cierto sentido muy real, ya que no puedo comprenderme a mí mismo sin él. Es justamente esto lo que sucede con Dios en la noción bíblica del hombre: siempre es

¹⁶ GS, n. 19.

¹⁷ J.L. RUIZ DE LA PEÑA, *Immagine di Dio*, traduzione di Rosella Del Guerra, Borla, Roma 1992, 177. La traducción es mía.

¹⁸ CS, n. 25.

segunda persona, el tú autonomástico, jamás es tercera persona, un él u otro¹⁹.

Dios ha querido crear al hombre para relacionarse con Él. Así lo quiso, así lo planeó y así lo dispuso con anterioridad a nuestra existencia fraguando en nuestro ser más íntimo una necesidad de Él, un anhelo de absoluto. Al crearlo, Dios llama al hombre, pero no solo a la existencia sino a la comunión con Él, por eso lo crea a imagen suya. «Dios la llama (a la persona) a ser el verdadero "tú", más exactamente, Él se destina a sí mismo a ser el "tú" para el hombre»²⁰. La *imago Dei* viene a significar una llamada, una invitación al hombre, única en toda la obra de la creación porque «Dios no está ligado a piedras, Él se ha ligado a personas vivas»²¹. La *imago Dei* es un sello indeleble del llamado del amor divino hacia cada ser humano, debe resonar como un continuo eco en el interior de cada persona, que nos dice que a Dios no le somos indiferentes.

Se podría decir que la esperanza de la redención que tenía el hombre a partir de la promesa hecha a nuestros primeros padres al ser expulsados del paraíso, no carecía de una base ontológica en lo profundo de su ser, pues la *imago Dei* subsistía a pesar del pecado. Siguiendo la propuesta de Tertuliano, podemos decir que la dignidad del ser humano como *imago Dei* subsiste en su integridad (no desaparece ni es corrompida por el pecado como sostiene la Reforma protestante), pero que fue herida por el pecado y perdió la capacidad de entrar en comunión con Dios. De hecho, el Concilio de Trento en el Decreto sobre el pecado original²² explica que tras el bautismo persiste la concupiscencia (*fomes*) pero que ésta no puede dañar a quien no consiente, porque la gracia bautismal repara la naturaleza caída del hombre. Muy diverso de la visión de Lutero, que ve en la concupiscencia una situación de pecado insuperable, es decir, que la naturaleza humana está corrompida y no puede ser sanada desde dentro por la gracia, sino que la salvación solo puede darse por una justificación externa.

Esta vocación (llamado) a relacionarnos con Él, esa invitación a participar en la comunión de la vida trinitaria, podría parecernos demasiado exagerada, sobre todo si pensamos en la condición caída y pecadora del ser humano. Pero es la misma Sagrada Escritura quien nos lo expresa en la narración del Génesis (*Gn* 3,1-5). Antes

¹⁹ J.L. RUIZ DE LA PEÑA, *Immagine di Dio*, 176. La traducción es mía.

²⁰ R. GUARDINI, *Mondo e Persona*, Morcelliana, Brescia 2015, 174. La traducción es mía.

²¹ J. RATZINGER, *Maria Chiesa nascente*, 80. La traducción es mía.

²² Cf. CONCILIO DE TRENTO, *Decreto sobre el pecado original* (Sesión V).

del pecado, el hombre hablaba con Dios como amigo, lo amaba como hijo adoptivo que solo tenía agradecimiento amoroso por tantos dones recibidos inmerecidamente. Todo era agradecerle y amarle, basado en una confianza absoluta en su bondad y providencia. Fue por ello que el demonio optó por la estrategia de sembrar la desconfianza en nuestros primeros padres; en su conversación con Eva (Gn 3,1-6) la conduce a dudar de la evidente gratuidad y benevolencia del amor de Dios. En el primer pecado, Adán y Eva, engañados por el demonio, rompen la confianza filial. Como consecuencia surge la desconfianza de ellos hacia Dios y entre sí, se altera el divino orden establecido por Dios en el ser humano; la creatura hecha a imagen y semejanza fue desfigurada en su belleza interior.

Por la desconfianza el hombre se cerró él mismo a los dones preternaturales que le habían sido otorgados, especialmente la relación amorosa con su Creador. Pero el amor de Dios fue más grande que la caída del hombre. La obra de salvación llevada a cabo por Cristo fue una redención del ser humano en su integridad; Cristo restauró y redimió toda la persona humana, no solo hizo una justificación extrínseca. Es lógico pensar que si Dios quiso llevar a cabo una redención así, por la que lleva al ser humano a una dignidad aún mayor que la original, está renovando su invitación al ser humano a vivir en una relación estrechísima con Él.

El ser humano, en cuanto *imago Dei*, es un ser relacional y social por naturaleza. Su misma estructura ontológica es esencialmente dialógica-relacional²³, pero una dialógica-relacional a imagen y semejanza de Dios, es decir, dialógica-relacional amorosa. Creados a imagen de Dios trino, cuya vida intrínseca es relacional, el ser humano es también un ser que desarrolla y alcanza su plenitud solamente en relación con otros. De ahí que el Redentor del género humano haya fijado el amor al prójimo no solo como una sugerencia o recomendación, sino como un mandato.

La primera consecuencia de la dignidad del hombre en cuanto *imago Dei* es el llamado creacional a vivir en amistad con Dios. Cada ser humano es irreplicable, único, insustituible. Y es amado por Dios personalmente, en cuanto tal, por ser quien es, como fin en sí mismo. Feuerbach decía que en el «sofisma cristiano», el hombre viene a ser el ser supremo para el hombre²⁴; pues la fe cristiana revela y supera la idea de Feuerbach: el hombre es el ser supremo también para Dios²⁵. Gracias a la revelación divina pode-

²³ Cf. CS 45.

²⁴ Cf. L. FEUERBACH, *La esencia del cristianismo*, Luarna 2012 (edición digital), cap. 23.

²⁵ Cf. J.L. RUIZ DE LA PEÑA, *Immagine di Dio*, 178.

mos darnos cuenta de que el hombre es el ser más amado, y por ello la creación le fue entregada, fue hecha para él.

En su ser *imago Dei* el hombre debe venerar la obra de Dios en sí mismo y en el prójimo. Pero solo con ayuda de la revelación es posible una profunda comprensión de su propia dignidad humana:

El misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación²⁶.

El hecho de estar llamados a participar de la comunión trinitaria y que Dios ve un reflejo de Sí mismo en nosotros, ha sido iniciativa de Dios. Es Él quien ha querido otorgarnos gratuitamente esa altísima dignidad y vocación, crearnos a su imagen y semejanza suya para relacionarnos con Él, y para invitarnos a un tipo de relación entre nosotros seres humanos que sea reflejo del amor divino.

Así pues, la comprensión cristiana del ser humano nos cambia la vida, pero no solo en nuestra relación con Dios y en la valoración de nosotros mismos, sino también en nuestra relación con los demás pues esa dignidad la compartimos con todo ser humano. Tenemos que reconocer esa dignidad en cada persona. Para ello es preciso ver en cada uno más allá de lo que los ojos ven, descubrir en cada persona la *imago Dei*; mirar, admirar, comprender y descubrir la presencia viva de Dios en cada uno²⁷:

Ámese a Dios, y ámese también al prójimo, de modo que tomemos el modo de amar al prójimo de aquel por el cual Dios nos ama con predilección, que ama también a los malos, y no solo favorece con los dones de su benignidad a los que le dan culto, sino también a los que se lo niegan. Ámese a los propios y a los extraños, y lo que se debe a los amigos, se haga con mayor abundancia a los enemigos²⁸.

El fundamento de la caridad cristiana es reconocer la grandeza y dignidad del prójimo, creado a imagen y semejanza de Dios, sin importar su origen, afinidad personal, condición moral. «Ver a un hombre como persona no es solamente mirarlo, sino también ad-

²⁶ GS, n. 22.

²⁷ Cf. J.L. RUIZ DE LA PEÑA, *Immagine di Dio*, 81.

²⁸ LEÓN MAGNO, *Homilías sobre el año litúrgico, Homilía de Adviento 20*, 67 (PL 54, 190).

mirarlo [...], descubrir la presencia viviente de Dios»²⁹. El cristianismo consiste en hacer del semejante un prójimo, y del prójimo un hermano. El Papa Benedicto XVI acuña de manera admirable esta actitud de vida:

De este modo se ve que es posible el amor al prójimo en el sentido enunciado por la Biblia, por Jesús. Consiste justamente en que, en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Esto solo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se ha convertido en comunión de voluntad, llegando a implicar el sentimiento. Entonces aprendo a mirar a esta otra persona no ya solo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo [...] con los ojos de Cristo³⁰.

Mirar al otro desde la perspectiva de Jesucristo es vivir la *imago Dei* inscrita en uno mismo y reconocerla en los demás. San León Magno, hablando de las obras de caridad en un sermón de Cuaresma, refiriéndose a los no creyentes dice: «Hay que amar en todos los hombres la comunión de una misma naturaleza [...] Tenemos, en efecto, en común con ellos que hemos sido creados a imagen de Dios y que ni el origen carnal ni el nacimiento espiritual lo separan de nosotros»³¹. La obra redentora no fue solo restituir la dignidad original, sino elevar la condición humana a la participación en la vida divina, y por ello Cristo señala el amor como distintivo relacional de quienes le siguen en el camino evangélico. Y si Dios nos ha concedido ser imagen y semejanza suya, es deber esforzarnos por imitar de algún modo en nuestras relaciones con los demás el amor que Él nos manifiesta. No podemos separar un auténtico amor a Dios del amor al prójimo: «el amor del prójimo es un camino para encontrar también a Dios, y cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios»³².

La exigencia del amor cristiano va más allá de la justicia, no es un amor que se reserva para quienes le hacen el bien. El Señor lo deja claro a aquel doctor de la Ley que le preguntó quién era su prójimo, respondiendo con la parábola del buen samaritano (Lc 10,29-37). Para el cristiano el amor es un deber, porque como imagen y semejanza de Dios debe imitar a su Creador también en sus relaciones con los demás, a imagen de la Trinidad. La tarea de amar al prójimo brota del reconocer esa imagen de Dios inscrita

²⁹ J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *Immagine di Dio*, 181. Traducción mía.

³⁰ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, n. 18, in AAS 98 (2006), 217-252. En adelante DCE.

³¹ LEÓN MAGNO, *Homilias sobre el año litúrgico, Homilía de Cuaresma 41*, 176 (PL 54, 272).

³² BENEDICTO XVI, DCE 16.

en el corazón de cada ser humano, amigos y enemigos, conocidos y desconocidos, santos y pecadores, bautizados o no bautizados.

Amar como Dios ama ciertamente es imposible a la naturaleza humana caída y más aún por su limitación creatural, especialmente si consideramos que las consecuencias del pecado no solo repercutieron en su relación íntima con Dios sino su relación con lo demás. Pero es posible imitar rasgos de ese amor porque Dios mismo ha reparado nuestra naturaleza. Amar como Él ama no es una pretensión orgullosa sino una invitación de Dios, una vocación; es Él mismo quien nos faculta y capacita, como dice san León Magno en una homilía de Navidad, motivándonos a vivir esta vocación:

El primer hombre recibió su sustancia carnal de la tierra y fue animado por un alma racional que su Creador le sopló, para que, viviendo según la imagen y semejanza de su Autor, conservase los mismos rasgos de la bondad y de la justicia de Dios en una imitación admirable que los reflejase como en un espejo [...] Pulamos el espejo de nuestro corazón, el polvo de la condición humana y el brillo de las almas creadas a imagen de Dios³³.

2. La dignidad del hombre ensalzada a raíz de la encarnación y la redención de Cristo

Tras haber dedicado la primera sección de este trabajo para comprender mejor el significado bíblico de «imagen y semejanza» y la invitación de Dios al hombre a la comunión con Él, esta segunda sección la dedico a reflexionar sobre la redención que Dios ha querido llevar a cabo en favor del hombre tras la realidad del pecado. La obra redentora tiene su centro y su culmen en la encarnación de la Segunda Persona de la Trinidad. Como veremos en la primera parte de esta sección, Dios ha ido mucho más allá de la justicia y de la necesidad que el hombre tenía. La redención es en primer lugar una obra de misericordia divina (segunda parte de la presente sección), pues no teníamos ningún derecho a ser redimidos, pero aún más, es un exceso de generosidad divina al llevar la dignidad humana a un nivel aún más elevado que en la creación original (última parte de la sección).

Cuando la primera creación fue lacerada (por el pecado), Dios desplegó una segunda. Él no ha aniquilado al hombre, no lo ha abandonado a sí mismo, no lo ha juzgado ni regañado, sino que ha desplegado una segunda creación desde las remotas profundidades de su amor, de tal manera que el hombre, después de ha-

³³ LEÓN MAGNO, *Homilías sobre el año litúrgico, Homilía de Navidad 24*, 85 (PL 54, 203).

ber destruido la primera configuración y haber perdido la primera grandeza, ha sido refundado en una segunda, y -debemos decirlo- incluso una configuración más grande³⁴.

a. *Centralidad del misterio de la encarnación en la teología de san León Magno*

«Pedro ha hablado por boca de León» declaraban unánimemente el 22 de octubre del año 451 los padres del Concilio Ecuménico de Calcedonia en su quinta sesión, al aceptar la propuesta del Papa León Magno. Ese Concilio marcó y definió perennemente la Cristología, y así comprendemos mejor el misterio de Cristo, en cuya Persona divina del Verbo coexisten la naturaleza divina y la naturaleza humana, como lo declara el *Símbolo de fe del Concilio de Calcedonia*:

Siguiendo, pues, a los Santos Padres, todos a una voz enseñamos que ha de confesarse a uno solo y el mismo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, el mismo perfecto en la divinidad y el mismo perfecto en la humanidad, Dios verdaderamente, y el mismo verdaderamente hombre de alma racional y de cuerpo, consustancial con el Padre en cuanto a la divinidad, y el mismo consustancial con nosotros en cuanto a la humanidad, semejante en todo a nosotros, menos en el pecado (*Hb 4,15*); engendrado del Padre antes de los siglos en cuanto a la divinidad, y el mismo, en los últimos días, por nosotros y por nuestra salvación, engendrado de María Virgen, madre de Dios, en cuanto a la humanidad; que se ha de reconocer a uno solo y el mismo Cristo Hijo Señor unigénito en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación, en modo alguno borrada la diferencia de naturalezas por causa de la unión, sino conservando, más bien, cada naturaleza su propiedad y concurriendo en una sola persona y en una sola hipóstasis, no partido o dividido en dos personas, sino uno solo y el mismo Hijo unigénito, Dios Verbo Señor Jesucristo, como de antiguo acerca de Él nos enseñaron los profetas, y el mismo Jesucristo, y nos lo ha transmitido el Símbolo de los Padres. Así, pues, después de que con toda exactitud y cuidado en todos sus aspectos fue por nosotros redactada esta fórmula, definió el santo y ecuménico Concilio que a nadie será lícito profesar otra fe, ni siquiera escribirla o componerla, ni sentirla, ni enseñarla a los demás³⁵.

Pedro habló por boca de León... El Papa León sigue hablando a los cristianos de hoy. Su concepción cristológica, sellada por el Concilio de Calcedonia, conserva toda la actualidad que tuvo en el año 451, no solo porque en cuanto dogma su enseñanza sigue

³⁴ R. GUARDINI, *Antropología cristiana*, Morcelliana, Brescia 2013, 74. La traducción es mía.

³⁵ H. DENZINGER – P. HÜNERMANN, *Enchiridion symbolorum...*, 301-303.

vigente, sino porque muchos de los desafíos teológicos y antropológicos de hoy tocan problemas de fondo muy semejantes a los del siglo V.

La comprensión ontológica del misterio de la Encarnación, del Verbo hecho carne, es el punto donde se aclaran la mayoría de los problemas cristológicos, o se enturbian cuando no hay claridad sobre ésta. San León Magno tenía esto muy claro y lo logró transmitir clara y sintéticamente: «En esta unión de la criatura al Creador, nada divino falta la naturaleza asumida y nada humano a la que asumía»³⁶. Es el misterio central de la fe, por eso en sus homilías hay un constante recurrir al misterio de la encarnación.

No es de extrañar pues que el Papa León repetidamente hacía referencia a este misterio central de nuestra fe, sin importar qué fiesta litúrgica se estuviera celebrando o a qué momento de la vida del Señor se estaba refiriendo. Para él, el misterio de la encarnación es el centro y la clave de la fe, donde apoya toda su doctrina y enseñanza pastoral. Es a través de este misterio que considera toda la vida de Cristo. Para él, la consideración de Cristo es siempre una concepción del misterio del Verbo hecho carne:

Alegrémonos también de estas dos naturalezas en Él, pues por ellas hemos sido salvados. En ningún modo alguno separemos la naturaleza visible de la que es invisible, la corporal de la incorpóral, la pasible de la impasible, la que es intocable y la que se puede palpar, la condición de esclavo de la condición divina. Aunque una existe inmutable desde siempre, y la otra ha comenzado a existir en el tiempo; sin embargo, después de su unión no pueden ser separadas ni tener fin. La que eleva y la que ha sido levantada, la que glorifica y la que recibe la gloria, se unieron de tal forma la una a la otra, que, en el ejercicio de la omnipotencia como en la aceptación de los oprobios, no se separaba en Cristo lo divino de lo humano³⁷.

Todos los hechos de la vida del Señor narrados en el Nuevo Testamento nos revelan algo del misterio de la única Persona de Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre³⁸, de su naturaleza divina y su naturaleza humana, y por ser actos de Él tienen un valor infinito. Ahora bien, para muchos autores el punto central de la Persona de Cristo e inicio de la cristología del Nuevo Testamento,

³⁶ LEÓN MAGNO, *Homilías sobre el año litúrgico, Homilía en la fiesta de la Transfiguración* 63, 258 (PL 54, 331).

³⁷ LEÓN MAGNO, *Homilías sobre el año litúrgico, Homilía de Navidad* 30, 119 (PL 54, 229).

³⁸ Cf. L. CASULA, *La Cristologia di San Leone Magno, Il fondamento dottrinale e soteriologico*, Glossa, Milano 2000, 309.

son la muerte, resurrección y glorificación de Cristo³⁹. Sin embargo para san León Magno, es a partir de la encarnación que los actos de la vida de Cristo tienen un valor salvífico; incluso los misterios pascales de la pasión y resurrección tienen para él su punto de apoyo en la encarnación, pues quien ofrece su vida en rescate por muchos y una vez muerto resucita, no es un simple ser humano sino el Hijo de Dios hecho carne. Y quien resucita y asciende al cielo es la segunda Persona de la Trinidad, en su naturaleza divina y en su naturaleza humana en perfecta unión. Es decir, podríamos decir que, para el Papa León Magno, la encarnación es la piedra angular de la obra redentora de Dios llevada a cabo por Cristo; todos los actos de su vida terrena tienen su fundamento en este misterio y van dirigidos hacia el culmen de ese plan redentor que son los eventos pascales.

b. Misterio de misericordia

Hemos hablado ya de la dignidad del ser humano creado a imagen y semejanza de Dios. Una dignidad que Dios ha querido dar por encima de cualquier otra creatura, porque lo ha amado y querido por sí mismo. Sin embargo, el hombre no supo responder con la misma moneda, desconfió de la bondad divina y rompió con el pecado la armonía que solo un amor lleno de gratuidad podía dar. Por el pecado original perdió los dones preternaturales y experimentamos sus consecuencias en nuestra propia carne. El pecado es la tragedia más grande del género humano, pues daña lo más sagrado del hombre: su relación íntima con su Creador y con sus semejantes. Por el pecado el hombre se aleja libremente de la amistad que Dios le ofrece; sin embargo Él no se aleja del hombre ni lo abandona, sino que sale en su búsqueda de una manera absolutamente inmerecida a través de la encarnación: «El mensaje Cristiano no es una colección abstracta de tesis teológicas sobre Dios, sino el encuentro de Dios con nuestro mundo»⁴⁰.

La repuesta de Dios al desamor del hombre fue un amor todavía más grande que el amor creacional: la misericordia. El Papa Francisco no se cansa de predicar que hemos sido objeto de la misericordia de Dios, haciéndolo incluso lema de su Pontificado «Miserando atque eligendo». El Creador responde al pecado del hombre, a su respuesta de desamor y su mayor tragedia, con el amor más grande: la obra de la Redención. No teníamos ningún derecho, menos aún después del pecado, y era inalcanzable recuperar algo de lo que habíamos perdido. La única solución posi-

³⁹ Cf. G. SEGALLA, «Cristología del Nuovo Testamento», in *Il Problema Cristologico oggi, Congresso Nazionale A.T.I. Assisi 1972*, Citadella, Perugia 1973, 103.

⁴⁰ G. RAVASI, *I Vangeli di Natale*, Paoline, Milano 1992, 54. La traducción es mía.

ble para el ser humano tras el pecado era la misericordia de Dios, como hace ver san León Magno en una homilía de Navidad: «Si Dios todopoderoso no se hubiese dignado realizar esto, ninguna clase de justicia ni de sabiduría hubiera podido arrancarnos de la esclavitud del diablo y del abismo de la muerte eterna»⁴¹. Y quiso hacerlo involucrándose y comprometiéndose Él mismo a través de la encarnación, cargando Él mismo con nuestra culpa (*Is* 53).

San León Magno no deja de repetir con asombro cómo la respuesta del amor de Dios fue más grande que el pecado, sobreabundando en gratuidad y generosidad, abajándose hasta lo humano:

El que había dado ya mucho al género humano en su origen creándonos a su imagen, ha otorgado mucho más en nuestra restauración, uniéndose el mismo Señor a nuestra condición servil [...]. Sorprende menos ver al hombre elevarse hasta lo divino que a Dios abajarse hasta lo humano [...] para que viviendo según la imagen y semejanza de su Autor, conservase los mismos rasgos de la bondad y de la justicia de Dios⁴².

El misterio de la encarnación como restauración y elevación de la naturaleza humana caída, es celebrado y predicado con especial intensidad por san León Magno. Al misterio de Navidad le da varios títulos en este sentido: «Misterio de misericordia», «Misterio sagrado y divino de la restauración humana». El mensaje continuo en las homilías de Navidad es que, por la encarnación del Hijo de Dios, la naturaleza humana retorna a su honor, la regeneración transforma el origen, el amor misericordioso del Creador envía al Hijo como Restaurador de la imagen de Dios en el hombre. «La causa de nuestra reparación no es otra que la misericordia de Dios, a quien nosotros no amaríamos si antes Él no nos hubiese amado y con su luz no hubiera hecho desaparecer las tinieblas»⁴³.

Tú pues, cualquiera que seas, que te glorías piadosamente con fe del nombre cristiano, aprecia en su justo valor el favor de esta reconciliación. A ti, en efecto, en otro tiempo abatido, a ti arrancado del trono del paraíso, a ti que morías en un largo destierro, a ti reducido a polvo y ceniza; a ti, pues, se te ha dado, por la encarnación del Verbo el poder (*Jn* 1,12) volver desde muy lejos a tu Creador, de reconocer a tu Padre, de ser libre tú que eras esclavo, de ser hecho hijo tú que eras extranjero, de nacer del Espíritu de Dios tú que había nacido de una carne corruptible, de recibir por gracia lo que no tenías por naturaleza; en fin, de atreverte a llamar

⁴¹ LEÓN MAGNO, *Homilías sobre el año litúrgico, Homilía de Navidad 24*, 85 (PL 54, 203).

⁴² *Ibid.*, *Homilía de Navidad 24*, 85 (PL 54, 203).

⁴³ *Ibid.*, *Homilía de Adviento 12*, 45 (PL 54, 168).

a Dios tu Padre si te reconoces hijo de Dios por el Espíritu de adopción⁴⁴.

Hay en la encarnación una dinámica de abajamiento de la divinidad y ensalzamiento de la humanidad, sin perder la única Persona del Verbo su divinidad. «El Hijo de Dios [...] se ha incorporado a nosotros, y a nosotros nos ha incorporado a Él, de modo que la descensión de Dios al mundo de los hombres fue una elevación del hombre hasta el mundo de Dios»⁴⁵. En esta misma homilía, al igual que en tantas otras que habla sobre el misterio de la encarnación, el Papa León Magno no esconde su admiración diciendo que «Dios se excedió sobreabundantemente en su acostumbrada benignidad». Y es que a Dios no le importó rebajarse, asumir nuestra naturaleza con tal de elevarla al nivel sobrenatural y llevar así a cumplimiento la redención humana. El abajamiento de Cristo no es sino la asunción de la *forma servilis* para el cumplimiento de la redención humana⁴⁶. El verbo «asumir» que usa el Papa León, deja ver que en la acción redentora de Dios hay una voluntad libre; fue más allá de lo que correspondería no solo a nivel de la justicia sino también de la mera bondad: la obra redentora fue movida por un amor lleno de misericordia.

Algunos autores han querido explicar la encarnación utilizando el verbo «absorber» la naturaleza humana por parte de la Persona del Verbo. Esto es una comprensión reductiva de lo que el dogma del Concilio de Calcedonia⁴⁷ sostiene. La acción de absorber es más pobre que la de asumir. Quien absorbe incorpora algo externo a sí mismo, mientras que quien asume algo lo hace parte suya, se hace cargo de ello. Si Cristo solo hubiera absorbido nuestra naturaleza humana, ésta no hubiera sido transformada, según lo expresamos en la primera sección de este estudio. Asumiendo nuestra naturaleza humana, Cristo la hace suya para sanarla de los efectos del pecado original y para elevarla a un nivel muy por encima de su estado original.

Era conveniente que Dios se comunicase con el hombre, pero ha querido hacerlo de un modo superlativo; y este modo superlativo fue la encarnación, como explica santo Tomás de Aquino⁴⁸. La encarnación era necesaria porque Dios quiso hacerla necesaria. Su deseo no solo fue recuperarnos a la condición original sino ha-

⁴⁴ LEÓN MAGNO, *Homilias sobre el año litúrgico, Homilía de Navidad 22*, 77 (PL 54, 193).

⁴⁵ *Ibid.*, *Homilía de Navidad 27*, 102 (PL 54, 216).

⁴⁶ Cf. L. CASULA, *La Cristologia di San Leone Magno, Il fondamento dottrinale e soteriologico*, 105.

⁴⁷ H. DENZINGER – P. HÜNERMANN, *Enchiridion symbolorum...*, 301-303.

⁴⁸ TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, III, q.1, a.1.

cernos partícipes de la comunión trinitaria. Para elevarnos consigo quiso descender asumiendo nuestra condición:

En la palabra *carne* hay que entender a todo el hombre [...], se ha unido tan estrechamente al hombre, que el que había sido engendrado de la esencia del Padre fuera del tiempo, ha nacido también en el tiempo del seno de la Virgen. No habríamos podido ser liberados de los lazos de la muerte eterna si no se hubiese hecho humilde en nuestra condición el que permanecía todopoderoso en la suya⁴⁹.

c. Misterio de restauración y elevación

San León Magno presenta la redención del género humano usando términos como reparación y reconciliación, sanación y liberación. De este modo trata de iluminar los efectos de la misión de Cristo. Pero estas expresiones buscan describir que la misión de Cristo está orientada primeramente a «restaurar» la imagen de Dios en el hombre y reconciliar con Dios todas las cosas. Restaurar significa volver a poner algo en el estado que antes tenía. «Honrad con una obediencia santa y sincera el misterio sagrado y divino de la restauración del género humano. Abrazaos a Cristo que nace en nuestra carne, para que merezcáis ver reinando en su majestad a este mismo Dios de gloria»⁵⁰.

Es Cristo (Hijo de Dios y hombre perfecto) quien lleva a cabo el plan de redención y restituye en los hijos e hijas de Adán la semejanza divina herida por el pecado de los primeros padres⁵¹. En cuanto Hijo de Dios encarnado resana las heridas de la naturaleza humana para purificarla de la inmundicia del pecado⁵², la cura y la libera, lleva a cabo una obra de «restauración». Pero no solo la restaura para llevarla a su condición original previa al pecado, y así simplemente recuperara lo que había perdido, sino para alzarla a un nivel muy superior, llevándola a participar en la misma vida de Cristo. Es una elevación muy por encima de la condición original, hasta una participación muy especial en la vida divina. «Semejante a nosotros e igual al Padre, sometió la divinidad a la humanidad y

⁴⁹ LEÓN MAGNO, *Homilías sobre el año litúrgico, Homilía de Navidad 27*, 102 (PL 54, 216).

⁵⁰ *Ibid.*, *Homilía de Navidad 22*, 79 (PL 54, 193).

⁵¹ Cf. GS, n. 2.

⁵² Cf. L. CASULA, *La Cristologia di San Leone Magno, Il fondamento dottrinale e soteriologico*, 260.

elevó a la humanidad hasta la divinidad»⁵³. Es un evidente exceso de generosidad divina.

Para el Papa León, como para tantos otros autores, la obra redentora es más grande que la misma creación: «la restauración por Dios en los últimos tiempos de lo que había perecido es mucho más importante que la creación al principio de lo que no existía»⁵⁴. Dios nos ha dado más en la obra de la redención que al crearnos de la nada: «El que había ya dado mucho al género humano creándonos a su imagen, ahora ha otorgado mucho más en nuestra restauración, uniéndose el mismo Señor a nuestra condición servil (*Flp 2,7*)»⁵⁵. Y la base de la obra de la redención es el misterio de la encarnación. La encarnación misma es el centro de la obra de la redención, el mensaje más grande de Dios a la humanidad; da al hombre una nueva perspectiva sobre el designio tan excelente de Dios para con él y su vocación esencial: «La encarnación revela al hombre su verdadera naturaleza [...] Esta es la dignidad: un reflejo de la gloria divina, un destello de su belleza»⁵⁶.

Para san León Magno la encarnación es ya en sí misma una obra redentora de la naturaleza humana: «Nuestro Señor Jesucristo, al nacer verdaderamente hombre, sin dejar de ser verdaderamente Dios, ha realizado en sí mismo el origen de una nueva creatura, y en el modo de su nacimiento ha dado a la humanidad un principio espiritual»⁵⁷. Y es que la encarnación no solo implica que la divinidad asume la naturaleza humana, sino que, como refiere san Hilario con el término *concorporatio*, la divinidad incorpora en Sí plenamente la naturaleza humana:

El Verbo no tomó solo un cuerpo humano, su encarnación no fue una simple *corporatio*, sino una *concorporatio*. La segunda Persona de la Trinidad se incorporó a nuestra humanidad y se la incorporó. Hay pues un doble movimiento: descenso de la divinidad (sin quitar nada a su majestad divina) y ascenso de la humanidad⁵⁸.

Casi podríamos concluir de estas líneas que la sola encarnación ya era suficiente para redimir al hombre; sin embargo, quiso vivir

⁵³ LEÓN MAGNO, *Homilias sobre el año litúrgico, Homilía en su aniversario de consagración episcopal 3*, 377 (PL 54, 141).

⁵⁴ *Ibid.*, *Homilía en la fiesta de la Resurrección 72*, 298 (PL 54, 390).

⁵⁵ *Ibid.*, *Homilía de Navidad 24*, 85 (PL 54, 203).

⁵⁶ J.L. BRUGUÉS, *Teología Morale Fondamentale, Creato a immagine di Dio*, PDUL Studio Domenicano, Bologna 2005, 114. La traducción es mía.

⁵⁷ LEÓN MAGNO, *Homilias sobre el año litúrgico, Homilía de Navidad 27*, 102 (PL 54, 216).

⁵⁸ HILARIO DE POTTIERS, in J.-P. MIGNE, *Patrologiae Latinae*, tomus IX. Typographi Brepols Editores Pontificii, Turnholti 1967, 951.

toda su vida terrena y llevar a cabo el misterio pascual porque «nos amó hasta el fin» (*Jn* 13,1).

«El Verbo se hizo carne, elevando la carne, no disminuyendo la divinidad, la cual [...] al elevar nuestra naturaleza tomándola, nada ha perdido de la suya comunicándola»⁵⁹. Hay una mutua incorporación de naturalezas en la encarnación, en la que ninguna pierde la esencia propia pues Cristo es verdaderamente Dios y verdaderamente hombre. Y podemos decir que las dos ganan, la naturaleza humana gana infinitamente por la incorporación a la naturaleza divina, y la naturaleza divina gana no respecto de su dignidad (que es perfecta e infinita) sino por el objeto de su amor misericordioso: recupera al ser humano con el cual se regocija. En definitiva, lo que Dios gana es porque Él gratuita y misericordiosamente nos ha hecho objeto de su amor.

Tampoco hay que caer en una comprensión errónea, como si la obra de la redención se redujese solo al misterio de la encarnación. El Papa León Magno no reduce la salvación solo al acto de la encarnación, por mucho que acentúe y vea en éste la clave de toda la obra redentora. Para él, es claro que toda la vida de Jesús tiene un valor redentor. Cada evento de la vida terrena del Señor, cada palabra y cada gesto tiene una dimensión y valor salvífico. El Papa reconoce el valor de toda la misión de Cristo, en su conjunto y cada momento en particular, pero es cierto que puntualiza y subraya los misterios del nacimiento y de la Pascua como dos grandes momentos (misterios) que son pilares en la obra redentora del Señor. La encarnación como fundamento (pues hace que cada evento de la vida terrena del Salvador por pequeño y oculto que fuera tuviera un valor redentor), y los eventos pascales como expresión máxima del amor redentor divino.

Gracias al misterio de la encarnación todo acto de su vida es un acto realizado por la divinidad en carne humana, por el Hijo de Dios que ama al Padre y vive reconciliando a la humanidad por un amor y obediencia infinitos. Y los misterios pascales son los misterios culmen del plan salvífico, en los cuales el Hijo de Dios hecho hombre glorifica al Padre dando la vida en rescate de cada hombre, haciendo suya la voluntad salvífica del Padre: «En la obra de la salvación universal por la cruz de Cristo, común era la voluntad del Padre y del Hijo, y común también su designio»⁶⁰.

⁵⁹ LEÓN MAGNO, *Homilías sobre el año litúrgico, Homilía de Navidad* 24, 86 (PL 54, 203).

⁶⁰ LEÓN MAGNO, *Homilías sobre el año litúrgico, Homilía en la Fiesta de la Transfiguración* 54, 239 (PL 54, 318).

d. *Actualidad de la encarnación. El «hoy» de este misterio*

Frecuentemente pensamos en los misterios de nuestra redención como hechos sucedidos en el pasado. Al recordarlos en la oración, en la predicación, en la catequesis, los consideramos tantas veces como eventos de nuestra redención sucedidos hace veinte siglos. Sin embargo, los efectos son perennes porque la obra de la redención es actual y no un simple hecho del pasado; sus frutos nos son ofrecidos con la misma eficacia que hace veinte siglos; mantienen toda su actualidad. A este respecto, al referirnos al misterio de la encarnación del Hijo de Dios, hay algo particular, hay un «hoy» de la encarnación que es vivo, real y presente pues el Hijo de Dios asumió la condición humana para toda la eternidad: «Quia enim divinitas corpus assumptum nunquam deposuit»⁶¹ (La divinidad nunca abandonó el cuerpo asumido). Hoy Cristo, glorificado a la derecha del Padre, sigue compartiendo nuestra condición humana. «Al descender no se apartó de su Padre; al ascender no se separa de nosotros»⁶².

El Papa León Magno insiste con frecuencia en que la encarnación y sus consecuencias son algo actual, perenne, no un evento remoto. Hoy, veinte siglos después de la encarnación del Hijo de Dios y su ascensión al cielo, la humildad humana y la majestad divina coexisten en Cristo glorificado a la derecha del Padre; esto es perenne, será así para toda la eternidad. Hablando de la ascensión dice el Papa León en una homilía: «Asciende con su ser completo (divino y humano), triunfante. Así nuestra naturaleza ya comprometida, unida definitiva y perennemente, triunfa con Él y asciende a donde estamos destinados»⁶³. Los misterios de la vida de Cristo mantienen y mantendrán eternamente toda su realidad y su eficacia redentora: «nada de lo que hay en Dios se ha separado de la humanidad y nada de lo que hay en la divinidad se ha desunido de la divinidad»⁶⁴. Al considerar cada hecho de la vida terrena del Señor bajo la perspectiva de su ser encarnado, sería un error verlos como algo pasajero y pretérito; por el hecho de ser actos del Hijo de Dios hecho carne, mantienen todo su significado, valor y eficacia, pues son expresión perenne de un amor divino infinito que se manifiesta por cada ser humano.

⁶¹ TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, III, q. 76, a.1, ad 1.

⁶² A. SÁENZ, *San León Magno y los Misterios de Cristo*, Mikael, Paraná 1984, 296.

⁶³ J.L. BRUGUÉS, *Teologia Morale Fondamentale. Creato a immagine di Dio*, 138. La traducción es mía.

⁶⁴ LEÓN MAGNO, *Homilias sobre el año litúrgico, Homilía de Navidad 28*, 106 (PL 54, 221).

La encarnación no es solo un hecho ocurrido en un determinado momento de la historia. El compromiso asumido por Dios con el género humano en el evento de la encarnación del Verbo, con cada ser humano en particular, es perenne. «Después de su unión no pueden ser separadas (su naturaleza humana y su naturaleza divina) ni tener fin»⁶⁵. Dios ha querido comprometerse perenne y eternamente con el género humano, con cada ser humano, abajándose para elevarla, asumiendo nuestra naturaleza creatural para siempre, siendo Él de naturaleza divina. Así ha querido Dios realizar la obra de la redención humana: asumir la condición humana para restaurarla desde dentro y elevarla consigo, permaneciendo con ella y ésta en Él, de manera definitiva.

Así pues, la encarnación es un compromiso total de Dios con cada uno de nosotros, actual y sin vuelta atrás; ésta supone unas nupcias de Dios con el hombre⁶⁶. Siguiendo esta imagen de las nupcias, podríamos decir que la *imago Dei* viene a ser en nuestro ser un vestigio actual y perenne de esas nupcias, y que Dios mismo también «sella» indisolublemente su compromiso con nosotros al asumir nuestra naturaleza humana en la Persona del Verbo: «Dios en la carne: este enlace indisoluble de Dios con su creatura constituye el centro de la fe cristiana»⁶⁷.

Al hablar sobre este «hoy» de la encarnación, no solo hay que entender el presente, sino el futuro y la eternidad. Porque la decisión de la encarnación es perenne. San León Magno en más de alguna homilía se refiere al Cristo «escatológico», específicamente como Cristo encarnado, subrayando la unidad personal de las dos naturalezas en Cristo:

El mismo es en la condición divina y el que ha tomado la condición de esclavo (*Flp* 2,6-7). El mismo es el que sigue siendo incorporeal y el que ha asumido un cuerpo. El mismo es el que es inviolable en su poder y el que es pasible en nuestra debilidad. El mismo es el que no se aleja del trono del Padre y al que los impíos crucificaron sobre el madero. El mismo es el que, vencedor de la muerte, se eleva por encima de los cielos y el que se queda con la Iglesia universal hasta el fin del mundo. El mismo es, finalmente, el que ha de venir en la misma carne con la que se elevó, y el que estuvo sometido al juicio de los impíos, juzgará las acciones

⁶⁵ LEÓN MAGNO, *Homilías sobre el año litúrgico, Homilía de Navidad 30*, 119 (PL 54, 229).

⁶⁶ Cf. A. SÁENZ, *San León Magno y los Misterios de Cristo*, 120.

⁶⁷ J. RATZINGER, *Maria Chiesa nascente*, 80. La traducción es mía.

de todos los mortales [...] El mismo es Hijo de Dios e hijo del hombre⁶⁸.

Cristo ayer, hoy y siempre; es y seguirá siendo el Hijo de Dios encarnado. Esta es la actualidad eterna del misterio de la encarnación del Verbo, centro de la fe cristiana.

e. «*O ammirabile commercium!*»

Como hemos visto, la encarnación es un compromiso total de Dios con el ser humano, un gesto definitivo de amor inmerecido. El Verbo asumió la condición humana por completo: «Nada existe en Él que pertenezca a una de las naturalezas sin pertenecer a las dos al mismo tiempo»⁶⁹, no solo en apariencia como decía Marción de Sinope en el siglo II. Un acto por el cual la divinidad compromete su ser (sin disminuir en nada) con la creatura humana para restaurarla y llevarla a participar en su misma comunión íntima. Algo impensable y que jamás hubiera sido considerable a la razón humana.

Al considerar este misterio, tantos autores han hecho suya la frase «*O ammirabile commercium*» (¡Oh admirable intercambio!). Y no es para menos. Dios ha querido recorrer la distancia infinita que separa la divinidad de la humanidad no solo relacionamente, sino a nivel ontológico, en su propio ser, elevando en Sí mismo la naturaleza humana. «“Dios se hizo hombre para que el hombre se haga Dios”, en el sentido de que la gracia que recibe de lo alto lo hace vivir de Dios, lo hace divino, deiforme»⁷⁰.

Si la naturaleza humana como imagen y semejanza de Dios es ya algo muy grande y admirable, mucho más todavía si pensamos de qué manera ésta ha sido ensalzada por el misterio de la encarnación. Y todavía más aún por los frutos de la resurrección de Cristo (por el cual nuestra naturaleza humana en Él vence la muerte), de su ascensión y glorificación en el cielo (también en su condición humana) a la derecha del Padre. Como mencionamos al inicio de esta sección, la naturaleza humana no solo es restaurada en su condición original sino elevada muy por encima de ésta. Una verdadera «segunda creación». Por ello la frase la homilía de Navidad de san León Magno de la que ha partido este trabajo:

Reconoce, ¡oh cristiano!, tu dignidad, pues participas de la naturaleza divina (2Pe 1,4), y no vuelvas a la antigua vileza con una vida

⁶⁸ LEÓN MAGNO, *Homilias sobre el año litúrgico, Homilía de Navidad 30*, 118 (PL 54, 229).

⁶⁹ *Ibid.*, *Homilía sobre las colectas 10*, 118 (PL 54, 163).

⁷⁰ A. SÁENZ, *San León Magno y los Misterios de Cristo*, 128.

depravada. Recuerda de qué cabeza y qué cuerpo eres miembro. Ten presente que, arrancado al poder de las tinieblas (*Col 1,13*), se te ha trasladado al reino y claridad de Dios⁷¹.

El intercambio divino-humano que Dios ha querido realizar por la encarnación, eleva al hombre por encima de todas las creaturas celestes, lo hace partícipe en los misterios de la vida de Cristo. Para León Magno esto es posible gracias a la encarnación, y de alguna manera se ejecuta en la ascensión:

La ascensión de Cristo constituye nuestra elevación, y el cuerpo tiene la esperanza de estar algún día en donde le ha precedido su gloriosa Cabeza [...]. No solo hemos sido constituidos poseedores del paraíso, sino que con Cristo hemos ascendido a lo más elevado de los cielos, consiguiendo una gracia más inefable por Cristo que la que habíamos perdido por la envidia del diablo. Pues a los que el malvado enemigo arrojó del paraíso, el Hijo de Dios, juntándolos consigo, los colocó a la diestra de Dios Padre⁷².

Dios nos asocia a su Hijo, «*Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy*» (*Sal 2,7*). Nos adopta como hijos dándonos todos los derechos de la heredad, haciéndonos coherederos y copartícipes. No solo nos da el nombre de cristianos sino que «su sangre corre por nuestras venas», en el sentido que por la gracia su vida divina está presente en nuestra alma. San Pablo mismo se admira al considerar los dones otorgados en el bautismo: «Hemos recibido un espíritu de adopción por el que clamamos ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios, coherederos de Cristo, porque sufrimos con Él para ser con Él glorificados» (*Rm 8,15-17*).

O felix culpa, o ammirabile commercium! Es después del pecado que Dios ha llegado al extremo de la misericordia, «Dios probó su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros» (*Rm 5,8*), sobreabundando sus dones en el ser humano. Y «no perdonó a su propio Hijo, antes le entregó por todos nosotros» (*Rm 8,32*). Sin el pecado original no hubiese habido encarnación del Verbo, no hubiéramos sido elevados a ser coherederos con Cristo. Esto es algo que ha sido discutido durante siglos pero que san León Magno no duda en defender:

Si el hombre creado a imagen y semejanza de Dios hubiera permanecido en la condición gloriosa de su naturaleza [...] el Creador del mundo no se hubiera hecho criatura, ni el Eterno se hubiera sometido al tiempo, o el Hijo, igual al Padre y Dios Él mismo, no

⁷¹ LEÓN MAGNO, *Homilías sobre el año litúrgico, Homilía de Navidad 21, 72* (PL 54, 190).

⁷² *Ibid.*, *Homilía de la Ascensión 73, 305* (PL 54, 394).

hubiera asumido la condición de esclavo ni la semejanza de la carne del pecado⁷³.

La encarnación conlleva un intercambio admirable entre lo divino y lo humano que da lugar a una novedad en la condición humana. No es una mera reparación de la naturaleza humana por la cual ésta recupera su condición original, sino una verdadera elevación que lleva al ser humano a participar íntimamente de la vida trinitaria: «¿De dónde viene un cambio tan grande sino del poder del Altísimo? [...] Él se ha incorporado a nosotros, y a nosotros nos ha incorporado con Él, de modo que la descensión de Dios al mundo de los hombres fue una elevación del hombre hasta el mundo de Dios»⁷⁴.

Jean Galot, refiriéndose a la concepción y maternidad virginal de María, dice que ésta, por su excepcionalidad, es un preludio de un nuevo orden sobrenatural que, el mismo Espíritu que obró esos prodigios, llevará a cumplimiento en la humanidad⁷⁵. Es decir, el misterio cristológico realizado en el vientre de la Santísima Virgen es el origen de una nueva humanidad, consecuencia de un obrar divino extraordinario y superior a la obra de la creación original. «Por eso, nuestro Señor Jesucristo, al nacer verdaderamente hombre, sin dejar de ser verdaderamente Dios, ha realizado en sí mismo el origen de una nueva criatura»⁷⁶. Estamos hablando pues de una verdadera «segunda creación», superior a la primera.

Como consecuencia de la misericordia y gratuidad divinas, el ser humano obtiene por don gratuito de Dios lo que no tenía por naturaleza: le es dada la grandeza de la adopción divina por la cual refleja la imagen de su Creador. Llevamos ya en nosotros ese sello divino gracias al intercambio generoso de la encarnación, pura gratuidad del amor divino. Queda a cada ser humano colaborar libremente con Dios en ese proyecto que Él tiene sobre cada uno de transformarle en una nueva creatura.

3. Conclusión

El «admirable intercambio», que se da en la encarnación del Verbo, es el misterio central de la fe cristiana; sin duda el misterio más estudiado y debatido a lo largo de los veinte siglos del cristia-

⁷³ *Ibid.*, *Homilía de Pentecostés* 77, 320 (PL 54, 411).

⁷⁴ LEÓN MAGNO, *Homilias sobre el año litúrgico, Homilía de Navidad* 27, 102 (PL 54, 216).

⁷⁵ Cf. J. GALOT, *Maria, la donna nell'opera di salvezza*, Università Gregoriana, Roma, 1984, 134.

⁷⁶ LEÓN MAGNO, *Homilias sobre el año litúrgico, Homilía de Navidad* 27, 102 (PL 54, 216).

nismo. Pero por ser misterio, siempre queda algo del mismo que no es explicable por la pobreza del lenguaje y los conceptos humanos ante la grandeza divina: «la dignidad del tema agota todas las posibilidades del lenguaje humano»⁷⁷.

La época de san León Magno fue turbulenta en cuanto al debate sobre el misterio cristológico. Pero iluminado por el Espíritu Santo el Papa respondió a las dificultades doctrinales cristológicas de la época, especialmente el monofisismo y el nestorianismo o difisismo. En una homilía de Navidad sintetiza de manera explicativa este misterio, exponiendo con claridad el misterio de las dos naturalezas en la sola Persona de Cristo:

En la condición de siervo, que tomó al fin de los tiempos para nuestra reparación, es inferior al Padre; por el contrario, en la condición de Dios, que tenía desde la eternidad, es igual al Padre. En su humildad humana ha sido hecho un hijo de mujer y se ha sometido a la Ley. En su majestad divina sigue siendo el Verbo de Dios, por el cual han sido hechas todas las cosas. [...] Cada naturaleza, en efecto, conserva sin disminución lo que le es propio. Así como la condición de Dios no suprime la condición de siervo, así tampoco la condición de siervo disminuye la condición de Dios⁷⁸.

Ante la problemática monofisita que enfrentaba el Concilio ecuménico de Calcedonia, cuando el debate se hacía intenso y por momentos parecía que la tesis de Eutiquio (a quien el Papa León llamó públicamente «autor sacrílego de una gran impiedad»⁷⁹) ganaba terreno, se leyó la Epístola Dogmática que envió el Papa León Magno a los padres conciliares, conocida como el *Tomus ad Flavianum*. Fue el partaguas de aquel importante Concilio cristológico. La carta del Papa fue acogida unánimemente. El Concilio condenó la tesis de los partidarios de Eutiquio, quienes finalmente aceptaron la carta del Papa como documento de fe. Los padres conciliares sellaron aquel momento histórico unánimemente con la conocida frase «Pedro ha hablado por boca de León».

Gracias a la comprensión que tuvo de la encarnación (misterio central de nuestra fe), el Papa León pudo no solo dar luz a los desafíos doctrinales de su tiempo, sino dejar un legado doctrinal que después de dieciséis siglos sigue iluminado a la Iglesia. En sus homilías se puede palpar que, además de poseer una notoria agudeza intelectual, su predicación y enseñanza es fruto de la contemplación de la Persona y de la vida del Señor, comprendiendo así a

⁷⁷ LEÓN MAGNO, *Homilías sobre el año litúrgico, Homilía de Navidad 30*, 115 (PL 54, 229).

⁷⁸ *Ibid.*, *Homilía de Navidad 23*, 80 (PL 54, 199).

⁷⁹ *Ibid.*, *Homilía de Navidad 28*, 109 (PL 54, 221).

un nivel superior el maravilloso intercambio que Dios quiso hacer con el ser humano a través de la encarnación. Una mera reflexión teológica como ejercicio racional y científico no lleva a la admiración y emoción espiritual que él transmite en su predicación. Solamente la contemplación de la Persona de Cristo en lo íntimo del alma hace que los misterios de su vida toquen y transformen la vida personal, no solo otorgándole una especial comprensión de los misterios de la fe sino haciendo que el predicador sea un transmisor eficaz.

Es una lección que León Magno deja a todo predicador cristiano, siguiendo aquel principio que siglos más tarde santo Tomás de Aquino sellaría con la frase «Contemplata aliis tradere»⁸⁰ (llevar a los demás lo que se ha contemplado).

Las palabras humanas nunca abarcan la realidad de Dios, siempre quedará parte de misterio en el comprender y explicar este admirable intercambio de la encarnación. «¿Qué inteligencia podrá comprender tan gran misterio, qué lengua narrar una gracia tan grande? La injusticia se vuelve inocencia; la vejez, juventud; los extraños toman parte en la adopción, y las gentes venidas de otros lugares entran en la posesión de la herencia»⁸¹.

Ante el límite de la razón la respuesta de la adoración, que reconoce humildemente la propia pequeñez ante la evidencia y la grandeza de Dios:

Que las dos naturalezas se unan en una sola persona, si la fe no lo cree, la razón no lo puede explicar. Por eso, nunca falta la materia de alabanza, porque lo que pueda decir el que alaba nunca es suficiente. Alegrémonos, pues, en nuestra insuficiencia para hablar de un misterio tan grande misericordia; y, al no sernos posible expresar la sublimidad de nuestra redención, tengamos por dicha ser vencidos por la inmensidad de este beneficio, pues nadie está tan cerca de la verdad como aquel que entiende que, tratándose de cosas divinas, por mucho que avance en su conocimiento, le queda siempre mucho por investigar⁸².

⁸⁰ TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, III, q. 40, a. 1, ad 2.

⁸¹ LEÓN MAGNO, *Homilias sobre el año litúrgico, Homilía de Navidad 27*, 102 (PL 54, 216).

⁸² *Ibid.*, *Homilía de Navidad 29*, 111 (PL 54, 226).



La vida interior y el discernimiento en el *Audi, filia* de San Juan de Ávila

Celso Júlio da Silva, L.C.

Licenciando en teología patristica por el Institutum Patristicum Augustinianum de Roma.

1. Introducción

Un corazón de oro y un espíritu sabio en una personalidad modesta y sencilla. Así condensamos la persona y la santidad de este gran sacerdote español, maestro espiritual y Doctor de la Iglesia, San Juan de Ávila.

Contemporáneo de San Juan de Dios, a quien convirtió, San Ignacio de Loyola, San Francisco de Borja, Santo Tomás de Villanueva, San Pedro de Alcántara, San Juan de Ribera, San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús (de esta última revisó también algunos escritos), el Maestro Ávila fue un faro no solo para la Iglesia renacida de Trento, sino hoy lo es para el clero secular español.

Este trabajo es una profundización en teología espiritual a la luz del *Audi, filia* del Maestro Ávila en dos aspectos específicos: la *vida interior y el discernimiento*. El título de la obra escogida evoca las palabras del salmo 44: «Oye, hija». Se tratan de consejos espirituales que el santo dio a Sancha Carrillo, una dirigida espiritual suya, en aquel lejano siglo XVI. Sin embargo, la obra también es considerada una elocuente exhortación espiritual con el fin de abrir los oídos internos del alma para dejarse conducir por el Espíritu Santo a la luz de la Sagrada Escritura, tomando el armazón y la inspiración del *Salmo 44*: «Oye, hija, y ve, e inclina tu oreja, y olvida tu pueblo, y la casa de tu padre, y codiciará el Rey tu hermosura»¹. Además, nuestras consideraciones se basan en el estudio de un experto en San Juan de Ávila, Juan Esquerda Bifet.

¹ Cf. R. GARCÍA MATEO, *El sacerdocio pastoral según San Juan de Ávila: El discernimiento*, Publicaciones del Instituto Español de Historia Eclesiástica, monografías núm. 43; *La espiritualidad del sacerdote diocesano y San Juan de Ávila*, Centro Español de Estudios Históricos-Eclesiásticos. Seminario permanente interdisciplinar San Juan de Ávila. Iglesia Nacional Española, Roma 2019, 104-105: «El escrito más completo y más importante del Maestro Ávila, se caracteriza -a mi modo de ver- por orientar a encontrar pautas para discernir cómo alcanzar la perfección del amor según el seguimiento de Cristo, pero no tanto de modo doctrinal, sino sobre todo siguiendo un proceso experiencial de oír la palabra de Dios, de acogerla, examinarla,

Por tanto, lo que aquí diremos no pretende agotar la grandeza del Maestro Ávila, sino simplemente presentar las pautas espirituales centrales y los consejos perennes en el ámbito de la vida espiritual que nunca pasan de moda, que son siempre válidos y eficaces para la aplicación y el ejercicio del camino de santidad. Recuperar la grandeza de este Doctor de la Iglesia es una invitación sincera a fijar los ojos en Cristo (cf. *Heb* 12,2), Sacerdote y Maestro, viendo en su enseñanza la brújula para el viaje en este mundo, dando pasos firmes en la fe (cf. *1Pe* 5,9).

Habiendo desarrollado modestamente el corazón de nuestro argumento en el cuarto capítulo, tomaremos precedentemente en el tercer capítulo algunas breves consideraciones de Benedicto XVI, quien en 2012 proclamó a San Juan de Ávila, juntamente con Santa Hildegarda de Bingen, Doctor de la Iglesia. Con esto percibimos que los santos, en definitiva, maestros de la vida interior y el discernimiento como el Maestro Ávila, son aquellos que con su testimonio y su enseñanza predicán y fundamentan su espiritualidad en Cristo. De lo contrario, el que no va por esa senda es un charlatán y embustero, ya que nadie debe poner otro cimiento que el ya puesto, Jesucristo (cf. *1Cor* 3,11).

Siendo así, este ensayo tiene un orden lógico y articulado en cinco partes: 1. Una introducción. 2. Una presentación de la vida y la espiritualidad del santo como aportación a la espiritualidad eclesial de su tiempo con ecos en la actualidad. 3. Las consideraciones de Benedicto XVI sobre el Maestro Ávila, al promulgarlo Doctor de la Iglesia. 4. Una aproximación más detallada al *Audi, filia*, considerando la vida interior y el discernimiento como tales. 5. Conclusión. La articulación esquemática de este trabajo se radica sustancialmente en el hecho de que San Juan de Ávila no es grandioso solo por su testimonio de vida o por sus insignes escritos, sino por su docilidad y humildad al Espíritu Santo, fundamento para la vida interior y el discernimiento.

Dicho esto, es oportuno considerar que desde aquel 10 de mayo de 1569 cuando nuestro Doctor expiró en su humilde casa de Montilla, los ecos de su santidad se difundieron ampliamente. Su enseñanza es un baúl de tesoros para quienes anhelan progresar en la vida espiritual dentro de un mundo que nos hipnotiza con la cultura de lo provisional, lo efímero y lo superfluo.

contemplarla, dejarse impactar por ella, dando respuestas comprometedoras. [...] Estos versículos jalonan toda la arquitectura del libro, Ávila proyecta un programa y un quehacer para llegar a la firme convicción de que el Dios de Jesucristo es efectivamente amor y, como tal, quiere ser amado, en lo posible como él mismo ama, de manera desinteresada, o sea, no por las ventajas o consuelos que su amor puede dar, sino por él mismo».

Además, de la mano del Maestro Ávila, reconocemos que las grandes batallas que se traban en esta vida son las espirituales, batallas cuyo único escenario es el corazón humano, allí donde se traba la lucha de la santidad y de los discernimientos más profundos de cualquier persona. Solo con el don del Espíritu Santo esta lucha podrá ser no solo vencida, sino amada.

2. Vida y espiritualidad de San Juan de Ávila, doctor de la Iglesia

a. Rasgos esenciales de su vida y santidad

El Maestro Ávila fue una pieza clave para el renacer de la vida de la Iglesia en el siglo XVI, sobre todo en el Concilio de Trento, en el que no participó debido a su precario estado de salud. Envió empero dos memoriales al Concilio con su parecer acerca de la formación del clero y la vida espiritual de la Iglesia².

Sacerdote diocesano y gran predicador, conoció los púlpitos de varias iglesias y catedrales del sur de España como Sevilla, Córdoba, Granada, Baeza, Écija, etc. Fue consultado por reyes, príncipes, cardenales, sacerdotes, laicos, gente de a pie, manifestando siempre dotes de gran guía de almas.

Teólogo y humanista reconocido, San Juan de Ávila con sus escritos y sus sermones hizo una gigantesca aportación a la espiritualidad de la Iglesia como deducimos en la expresión elocuente del Cardenal Astorga que, al haber leído el Audi, filia, dijo que aquel libro había convertido más almas que letras tiene.

El hijo de Alonso de Ávila y Catalina Gijón, proveniente de una familia de posición elevada de Almodóvar del Campo, entonces diócesis de Toledo, conoció la soledad de la cárcel y la traición de sus más cercanos como también lo experimentó San Juan de la Cruz en la cárcel de Toledo, traicionado por sus mismos hermanos de la Orden. El Maestro Ávila fue preso en 1533 por la Inquisición de Sevilla por sospecha infundada de erasmismo y también fundamentalmente por defender a los pobres en sus sermones, cerrando -como lo acusaban- las puertas del cielo a los ricos³. Es en la cárcel

² Cf. J. ESQUERDA BIFET, *Juan de Ávila*, Ciudad Nueva, Madrid 2006, 84-85: «El ambiente histórico en que se mueve el Maestro Ávila tiene aires de reforma espiritual. Es época de renovación en las órdenes religiosas (carmelitas, franciscanos...) y en el mismo clero secular. El Maestro resumió sus deseos y proyectos de reforma en los *Memoriales al Concilio de Trento* (sobre la reforma del estado eclesiástico, las causas y remedios de las herejías), y en las *Advertencias al Concilio de Toledo* (para aplicar el Concilio Tridentino)».

³ Cf. J. ESQUERDA BIFET, *Juan de Ávila*, 82-83. «Su atención a los pobres era preferencial. Se lamentaba de *que tenga Cristo tan pocos servidores en negocio de pobres* (C

de Sevilla que comienza a gestarse el Audi, filia, dirigida a doña Sancha Carrillo⁴, cosa análoga que también sucedió a San Juan de la Cruz, quien engendró de su alma el Cántico Espiritual en la cárcel de Toledo.

El Maestro Ávila tuvo una cercana y paternal relación espiritual con Francisco de Borja, el cual entregó su vida a Dios en la Compañía de Jesús nueve años después de haber visto el putrefacto cadáver de Isabel, la hermosa esposa de Carlos V. El mismo Ignacio de Loyola había invitado a Juan de Ávila a entrar en la Compañía, pero éste no dio el paso porque afirmaba no valer para la Compañía debido a su débil salud.

De 1550 a 1554 su labor pastoral se concentra en Córdoba y en estos años su salud se debilita. Funda la Universidad de Baeza y, aunque nunca enseñó formalmente teología, su arrojo apostólico y su ciencia teológica fueron muy reconocidas y valoradas. Además, tenía como libros de cabecera los escritos de San Pablo, tanto que su celo apostólico arraigado con un matiz paulino, lo hizo ser considerado el San Pablo del siglo XVI⁵.

La mayor parte de su misión se desarrollaba en el confesionario y el púlpito. Viajaba a pie, comía y dormía muy mal. El trajín apostólico y las vicisitudes de sus feligreses lo consumieron poco a poco como una vela sobre el altar. En 1554 se fue a vivir a Montilla y allí se dedicó a revisar el Audi, filia.

Agotado en sus fuerzas, dominado por la enfermedad, pero con un corazón grande que se había ensanchado toda la vida por el Señor, entregó su alma al cielo el 10 de mayo de 1569 en su casa en Montilla, exclamando mientras miraba al Ecce Homo colgado en la pared: ya no tengo pena de este negocio. En 1894 el Papa León XIII lo beatificó. En 1946 el Papa Pío XII lo declaró Patrono

204). A sus discípulos los alentaba a organizar la caridad en todos sus campos y especialmente a tener *el corazón compasivo de pobres y manos largas para su remedio* (ibid.) [...] El Maestro Ávila ponía en práctica lo que recomendaba a los demás. Quien quiera encontrar a Cristo, tiene que buscar *al enfermo, al pobre y al olvidado del mundo* (S 5/1)».

⁴ Cf. *Ibidem*, 89: «Entre sus dirigidas destaca doña Sancha Carrillo, a quien dedicó la primera redacción del *Audi, filia*, como pauta muy detallada y motivada de la vida de perfección. Allí se describe el proceso de vida espiritual con tonalidades de renuncia (ascética) y de unión con Dios (mística), como fidelidad a la acción del Espíritu Santo y escucha contemplativa y comprometida de la Palabra de Dios».

⁵ Cf. *Ibidem*, 17: «Juan de Ávila fue un enamorado de Cristo al estilo de San Pablo. Ya en su época, alguien que tenía sobre él ciertos prejuicios, después de escuchar sus sermones, afirmó: *Vengo de escuchar a san Pablo interpretar a san Pablo* (V-LM I, 9)».

del Clero Secular español. En 1970 San Pablo VI lo canonizó, y en 2012 Benedicto XVI lo proclamó Doctor de la Iglesia⁶.

b. Su específica aportación a la espiritualidad eclesial

Dicho esto acerca de su persona y sus obras, nos preguntamos: ¿cuál era el punto centrípeto espiritual en torno al cual giraba la espiritualidad del Maestro como la tierra gira alrededor del sol y se alimenta de su luz y de su calor? He aquí la respuesta central hallada en su obra, raíz de su vida interior y discernimiento:

Porque así, como un hombre, por buenos manjares que coma, si no tiene reposo de sueño tendrá flaqueza, y aun corre el riesgo de perder el juicio, así acaecerá a quien bien obra y no ora. Porque aquello es la oración para el ánimo, que el sueño para el cuerpo. No hay hacienda, por gruesa que sea, que no se acabe, si gastan y no ganan; ni buenas obras que duren sin oración, porque en ella se alcanza lumbre y espíritu con que se recobra lo que con las ocupaciones, aunque buenas, se disminuye del fervor de la caridad e interior devoción⁷.

Respirando el aire de la oración es donde San Juan de Ávila conformaba su vida a la de Cristo Crucificado, fijando la mirada de su alma en Él y hallando conformidad de sus sufrimientos a los de Cristo de manera casi connatural. En el Crucificado descubría el motivo para progresar en la vida espiritual, es decir, siendo humilde y aprendiendo de Cristo humilde. Así escribe:

Esta carne humillada (de Cristo) es remedio contra el viento de nuestra soberbia tan loca, que no puede ser curada sino con esta gran humildad; pues no es razón que se ensalce el gusano viendo abatido al Rey de la Majestad. Y no se olvide que el hisopo es caliente, porque Cristo, por el fuego del amor que en sus entrañas ardía, se quiso abajar para nos purgar; dándonos a entender que si el que es alto se abaja, ¿Cuánta razón es que el que tiene tanto por qué se abajar no se ensalce? Y si Dios es humilde, que el hombre lo debe ser⁸.

⁶ Cf. N. GONZÁLEZ – J.L. GUTIÉRREZ GARCÍA, *Juan de Ávila, Apóstol de Andalucía*, BAC, Madrid 1991.

⁷ SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi, filia*, en *Obras completas I*, Nueva edición crítica, BAC, Madrid, 2000, 688, n. 8. N.B.: con respecto a las citas del *Audi, filia*, editadas por la BAC, aclaramos al lector que en la misma edición hay dos versiones del *Audi, filia*, una de 1556 y otra de 1574. La versión de 1556 contiene página y número, y la versión de 1574 contiene solamente número. Esta aclaración es necesaria, puesto que, a lo largo de este ensayo, unas veces aparece la cita del *Audi, filia* con solo el número, y otras veces la página y el número como en esta primera cita.

⁸ SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi, filia*, 768, n. 4.

El cauce profundo de la vida espiritual vivida por el santo está en la oración que contempla a Cristo Crucificado que hermosea la vida interior de cada cristiano, invitándole a la humildad sincera, la única clave que puede descentralizar al hombre de su mirada egoísta hacia sí mismo y así saber discernir los movimientos del Espíritu de Dios desde la mirada de Cristo.

Esto puede parecer algo sencillo en la actualidad, pero no lo es. Atreverse a recordar estos principios basilares de la vida espiritual en nuestro mundo actual podría incluso correr el peligro de ser tachados de anticuados, de fugitivos de la innovación y de los nuevos tiempos que corren. En realidad, sabiendo que siempre el que toma la dirección opuesta será considerado por varios como uno que se escapa⁹, los santos siempre son los que toman la locura de lo opuesto y eso lo hizo San Juan de Ávila. Para ser uno con Cristo sabía que debía abrazar el escándalo de la cruz. Así escribió:

El alma que conoce y ama al Crucificado, no solo no buscar ser regalada, mas huye de ello y busca con ansias de amor estar siempre colgada en dolores y espinas por no verse de otro traje vestida de Aquel a quien ama [...] Confúndase mucho y no ose mirar a su Señor cuando, mirándose a sí, se halle en consuelo, y a su Señor tan sin él, que no tiene adonde reclinar su cabeza; y pídale con grande instancia que le ponga a él donde Él está, pues desea ser uno con Él¹⁰.

Desde estas consideraciones vemos que la espiritualidad de nuestro Doctor es esencialmente cristocéntrica. En torno a Cristo giraron su vida, su sacerdocio, su acción apostólica, sus consejos espirituales y todas sus obras. Por ello, entra en el río de santos y santas que han alimentado la vida de la Iglesia a lo largo de los siglos. Además nuestro santo comprendió –como otros santos– que no basta predicar a Cristo, hay que vivirlo, sentirlo, sufrirlo, amarlo, abrazarlo con todo lo que conlleva, pues no se puede adquirir la ciencia de la Cruz más que sufriendo verdaderamente el peso de la Cruz¹¹. Así lo reconoce Esquerda Bifet:

Si Cristo Esposo llegó a morir por puro amor (AF 78), como algo que excede a todo el amor de las madres (AF 80), la esposa (alma fiel) es invitada a compartir la misma suerte. Por los méritos de Cristo crucificado y por su carne medicinal, hemos sido redimi-

⁹ Cf. T.S. ELIOT, *Reunión de familia*, II, sc. 2.

¹⁰ SAN JUAN DE ÁVILA, *Sacerdote y Maestro del espíritu, Pensamientos y sentencias propias para encender las almas en el amor de Dios*, EDIBESA, Madrid 2009, 194.

¹¹ Cf. E.T. GIL DE MURO, *Ahora que son las doce. Así era Edith Stein*, Monte Carmelo, Burgos 2004⁴, 250.

dos. La cruz es el árbol de la vida que nos hace partícipes de la misma vida de Cristo (S45)¹².

Si por un lado la vida interior y el discernimiento son dos grandes temas de la organicidad de la espiritualidad de la Iglesia, por otro no se puede olvidar que nacen dentro del dinamismo de la vivencia de las virtudes teologales gracias al vínculo con Cristo por el bautismo. El hombre interior se va conformando a medida en que se va empapando de virtud¹³ que le confiere sabiduría, prudencia y fortaleza ante las adversidades que acechan el espíritu. Hay una correlación entre las virtudes teologales que son dones del Espíritu infundidos por el bautismo y las virtudes cardinales que necesitan luz del Espíritu, pero también la disposición humana.

En este sentido, el Aquinate sostiene que la fe favorece el intelecto para ejercitar la prudencia y la justicia. La esperanza ordena la voluntad a ejercer la fortaleza y la templanza. La caridad a su vez es la única que tiene como fin unirnos a Dios¹⁴. Fomentando la oración y los sacramentos el hombre crece en su vida interior y es capaz de un serio discernimiento en el Espíritu Santo.

La fe nunca exige certezas, sino que adhiriéndonos a ella hace que comprendamos con el intelecto la Verdad, nos empeñemos con la voluntad a realizar el Bien, y anhelemos con el corazón la Belleza. Cristo es la Verdad, la Bondad y la Belleza que se ha revelado al mundo y a cada hombre. Por tanto, la fe es luz; no una luz que disipa nuestras tinieblas, sino que sirve para iluminar nuestros pasos¹⁵. La esperanza tiene dos motivos, Dios que es su objeto formal y también su causa eficiente. Dios, siendo objeto del alma es un Bien futuro posible y arduo que hace que la esperanza no sea pasiva, sino activa, con actos concretos¹⁶. Siendo así, en el orden de la perfección la caridad precede la esperanza, pero en el orden cronológico la esperanza precede la caridad.

La caridad es la virtud que no terminará jamás (cf. *1Cor* 13,8-13). La caridad es amistad, pero siempre añade algo a la amistad como especificación del amigo. Porque aquí se trata de la amistad con Dios, lo más precioso y querido entre todos¹⁷. Deseo sumo de todo seguidor de Cristo es participar de su vida para volvernos

¹² J. ESQUERDA BIFET, *Juan de Ávila*, 48.

¹³ SANCTUS THOMAS AQUINATIS, *Summa Theologiae*, I-II, q. 55, a. 3: «Virtus humana, quae est habitus operativus, est bonus habitus et boni operativus».

¹⁴ Cf. *Ibidem*, I-II, q. 62, a. 3.

¹⁵ Cf. FRANCISCO, encíclica *Lumen fidei* (29 de junio de 2013), n. 57.

¹⁶ Cf. SANCTUS THOMAS AQUINATIS, *III Sent*, d. 26, q. 2, a. 1, *ad tertium*.

¹⁷ Cf. SANCTUS THOMAS AQUINATIS, *III Sent*, d. 27, q. 2, a. 1, *ad septimum*.

como Él¹⁸. En esto radica el fin de cualquier vida interior y discernimiento en la vida de la Iglesia y esto lo entendió San Juan de Ávila, como lo sintetiza Esquerda Bifet:

El que ama a Dios de verdad, da a Dios todo lo que tiene y se da a sí mismo. Si el hombre vale no por lo que hace, sino por lo que es, entonces las obras valen según el peso del amor. Porque Dios no mira tanto a las cosas que le damos, sino a la voluntad y amor con que se dan (S 8, 127s). Por eso espera de nosotros un amor arraigado, más allá del deseo de salvarnos Dios nos pide el amor de amistad, nuestro primer amor, pero pide que se lo demos del todo (S 64). Para unirse a Dios basta con amarlo de verdad, tal como Él quiere que lo amemos¹⁹.

La caridad no se obtiene por fuerzas naturales, sino solo por la infusión del Espíritu Santo, amor del Padre y del Hijo, del cual nosotros participamos por el Bautismo. Vale recordar que la caridad posee sus grados que también son clarividentes en la enseñanza de San Juan de Ávila²⁰. El primero es el incipiente que está alejándose del pecado. El segundo es el que se ejercita en la virtud. El tercero es el que se ha unido totalmente a Dios. Esto, en otras palabras, se trata del encaje con las clásicas vías de la espiritualidad cristiana: *vía purgativa, vía iluminativa y vía unitiva*.

La vivencia de estas implicaciones de la vida espiritual exige una lucha, lo que ya los Padres de la Iglesia llamaban *Militia Christi*. La vida interior y el discernimiento siempre necesitan vigilancia, atención espiritual. En este sentido, es hermosa la imagen que usan los orientales al sostener que tenemos que poner un portero que custodie la puerta de nuestra alma contra las insidias del demonio²¹. En varias ocasiones también San Juan de Ávila reconocerá esta idea en sus escritos. La soberbia es la raíz de todos los pecados capitales, mortales y veniales. Conduce el alma a su ruina, ya que el soberbio deja de confiar en Dios, quiere explicaciones razonables de todo y se vuelve impaciente. Su alma envejece y su espíritu petrifica²².

¹⁸ Cf. SANCTUS THOMAS AQUINATIS, *Summa Theologiae*, II-II, q. 24, a. 2.

¹⁹ J. ESQUERDA BIFET, *Juan de Ávila*, 26-27.

²⁰ Cf. *Ibidem*, 70: «Los grados de santidad corresponden a los grados de caridad. Y aunque se puede hablar de *amor de principiantes, amor de aprovechantes y amor de perfectos* (I Juan, 7), habrá que tener en cuenta que *la caridad perfecta* consiste en no anteponer nada al Señor. Se busca la unión con Dios por amor (P 3)».

²¹ SAN ATANASIO, *Vida de Antonio*, 43, 1-3: «Cualquier imagen que aparezca, quien la vea no se inquiete, sino más bien la interrogue con seguridad diciendo primero “¿Quién eres y de dónde vienes?” [...] Si se trata de una potencia diabólica, de inmediato se debilitará, al ver un ánimo seguro y vigoroso. La pregunta: “¿Quién eres y de dónde vienes?” es un signo de un ánimo no turbado».

²² Cf. A. TORRES, *Los caminos de Dios*, EDICA, Madrid 1977, 450-453.

A raíz de esto se observa que el hombre que no es capaz de centrarse en Dios y discernir con serenidad suele ser impaciente, manifestando algo más profundo, una soberbia que limita la acción de la gracia. Traigo a colación la comprensión maravillosa de Romano Guardini al respecto. Dice:

El hombre peca porque no tiene paciencia, porque el pecado es, a la vez, debilidad y violencia. En cambio, Dios es perfección y fuerza. Por eso puede ser clemente. El ve que el mal se está haciendo, lo juzga y se queda perfectamente tranquilo. Dios es capaz de ver en una obra mala una chispa de bien y la tiene en cuenta. La bondad de Dios es su paciencia²³.

Delante de la paciencia infinita de Dios que espera para perdonarnos y seguir creciendo en la santidad, podemos también subrayar que ciertamente, unido a toda la Tradición de la Iglesia, el Maestro Ávila también asimiló que cada alma debe emprender libre y gustosamente la batalla de la santidad. Por eso si por un lado reconocía que el Espíritu Santo actúa dentro de nosotros y nos ayuda a discernir correctamente, por otro ese mismo Espíritu nunca nos dirime de nuestra responsabilidad de elegir la vía justa a la que el Señor nos llama. Esto no solo lo han captado los santos, sino también algunos humanistas como Pico della Mirandola que sabiamente escribió al respecto:

Te he colocado en medio del mundo para que eligieses lo mejor que hay en él. No te he hecho ni celeste ni terreno, ni mortal ni inmortal, para que por ti mismo, como libre y soberano artista, te plasmases y te esculpieses en la forma que escojas. Podrás degenerarte en las cosas inferiores que son los brutos; podrás, según tu voluntad, regenerarte en las cosas superiores que son divinas²⁴.

A la luz de cuanto dicho nos preguntamos: ¿cuáles son las aportaciones de la doctrina del Maestro Ávila dentro del grande patrimonio espiritual de la Iglesia? 1) Una vida entregada a la oración y al apostolado con los ojos fijos en Cristo Crucificado de quien extraía las fuerzas para cumplir la misión de predicar, salvar las almas y guiarlas en un serio discernimiento²⁵. 2) Conocedor del

²³ R. GUARDINI, *El Espíritu del Dios Viviente*, San Pablo, Madrid 1999⁶, 69.

²⁴ G. PICO DELLA MIRANDOLA, *De la dignidad del hombre*, Editora Nacional, Madrid 1984, 2^a parte.

²⁵ Cf. R. GARCÍA MAITEO, *El sacerdocio pastoral según San Juan de Ávila: El discernimiento*, 118: «Por tanto, puesto que Cristo es el espejo en que el cristiano se debe mirar, hay que considerar en primer lugar, en qué modo se le ha de mirar, cómo se le ha de contemplar en la oración. [...] Además, a través de la oración se pueden descubrir perspectivas nuevas que el entendimiento solo no ve, alcanzando una ulterior comprensión de las cosas. "Y si no saben lo que han de hacer, con la oración halla

corazón humano que es el campo de batalla de la santidad y de los grandes discernimientos en la vida. 3) Cristocentrismo reflejado en cartas y sermones, para crecer en las virtudes teologales y con constante respaldo en la Sagrada Escritura, tanto que le llamaban "el Arca de la Sagrada Escritura", la que citaba de memoria y en latín a menudo. Anclado en los Padres de la Iglesia y la viva tradición de la Iglesia. 4) Ideas clave para crecer en la vida interior y el discernimiento son para el Maestro Ávila: rechazo sincero del pecado; humildad con un realismo antropológico profundo; centralidad de Cristo en la dimensión contemplativa y evangelizadora. Recojo lo que Esquerda Bifet condensa con precisión sobre su valoración del Maestro Ávila como síntesis de este apartado:

Era un enamorado de la *hermosura* de Cristo, que equivale a la *novedad* de su misterio de Dios y hombre. El amor a Cristo, además de transformación en Él, exige imitación y sirve de *espejo* donde debe mirarse cada fiel para copiar la hermosura del Señor (cf. AF 69). Meditando en su dolor y afrentas, el cristiano aprende a profundizar en la hermosura de Cristo. La divinidad de Cristo se descubre por la fe al contemplar su humanidad, que es expresión de un amor sumo. Por esto, todo creyente es invitado al *conocimiento de Jesucristo nuestro Señor, especialmente pensando cómo padeció y murió por nosotros* (AF 68)²⁶.

Además, no solamente los matices de espiritualidad nacen de su corazón contemplativo y evangelizador, sino que su competencia en el tema del discernimiento no lo aprendió en los libros o lo enseñó desde una cátedra, sino que su misma vida fue un discernimiento en varios momentos como nos esclarece Esquerda Bifet:

La vida de Juan de Ávila se desarrolla en una actitud constante de discernimiento y de fidelidad al Espíritu Santo. Tuvo que discernir sobre sus estudios iniciados en Salamanca, sobre su vocación cuando volvió a su ciudad natal, sobre continuar los estudios en Alcalá, sobre cómo emplear los bienes heredados de sus padres, sobre su oferta para ir a misionar en las Indias, sobre el estilo de su vida sacerdotal a imitación de los apóstoles... Esta actitud de discernimiento y fidelidad aflora en sus sermones y en su episto-

lumbre, porque con esta confianza dijo el rey Josafad: *Cuando no sabemos lo que hemos de hacer, este remedio tenemos, que es alzar los ojos a ti* (2Cro 20,12) [...]. San Agustín dijo, como quien lo habría probado: "mejor se sueltan las dudas con la oración que con cualquier otro estudio". Y por no cansar, y porque no sería posible decirlos particularmente los frutos de la oración, no os digo más, sino lo que la suma Verdad dijo *que el Padre celestial dará espíritu bueno a los que se lo piden* (Lc 11,13); con el cual vienen todos los bienes" (*Ibid.*)».

²⁶ J. ESQUERDA BIFET, *Juan de Ávila*, 19.

lario, especialmente con vistas a ayudar a sus oyentes y dirigidos a discernir sobre la vocación²⁷.

3. Las consideraciones de Benedicto XVI sobre San Juan de Ávila

a. Cultura y santidad al servicio de las almas y de la Iglesia

Cuando se proclama un Doctor de la Iglesia se averigua en esencia si su doctrina es de calidad eminente, además de ortodoxa, profunda, de una sintética madurez espiritual, con un influjo positivo y grande emanado de la Sagrada Escritura, de la Tradición y del Magisterio. En San Juan de Ávila cultura y santidad se aunaron enormemente a tal punto que siempre que predicaba o aconsejaba se dejaba iluminar por la pureza de la Palabra de Dios y luego ponía su cultura y su ciencia al servicio del mensaje de Cristo.

Además, esa familiaridad de San Juan de Ávila con la Sagrada Escritura era el respaldo no solo para discernir bajo la luz del verdadero Espíritu, sino también una cierta reacción a la nefasta lectura y tratamiento luterano a la "Sola Scriptura", ese veneno que se estaba esparciendo por Europa. Para el Maestro Ávila la mejor manera de luchar contra este mal era encarnando e integrando con su ejemplo la fe y la razón con relación a su afinidad a la Palabra de Dios²⁸.

En otras palabras, el Maestro Ávila fue un eximio predicador y Padre espiritual porque tenía una sólida base humanística, filosófica y teológica y eso lo inculcaba en el clero y en los obispos de

²⁷ *Ibidem*, 30.

²⁸ Cf. R. GARCÍA MATEO, *El sacerdocio pastoral según San Juan de Ávila: El discernimiento*, 108: «Esa fue la problemática, agudizada por la protesta luterana, que al reconocer como fuente de revelación únicamente la Escritura, sin referencia a la Tradición y al Magisterio, la convirtió, prácticamente en un libro que se puede interpretar individualmente, aunque se añade: con la ayuda del Espíritu Santo. Pero la asistencia del Espíritu Santo, ¿quién la determina? ¿Cómo discernir lo que el creyente ha leído de aquello que le ha comunicado el Espíritu divino si no hay ninguna instancia que lo garantice? Así se resalta la aporía de un discernimiento subjetivista a la que conduce el principio protestante de la "Sola Scriptura", una de cuyas consecuencias ha sido y continúa siendo las innumerables fragmentaciones confesionales que han surgido del luteranismo. Ante tal situación el Maestro Ávila es muy claro: "a sola la Iglesia Católica es dado este privilegio, que interprete y entienda la Divina Escritura, por morar en ella el mismo Espíritu Santo que en la Escritura habló" (cap. 86) [...] "Y esta es -continúa Ávila- la Iglesia de la cual dice san Pablo que es columna y firmamento de la verdad (1Tim 3,15)" (*ibid.*). De esta manera se resalta cómo el ámbito eclesial es el espacio en que se debe realizar el discernimiento espiritual y pastoral, si se quiere que tenga garantías de verdad para la fe cristiana».

su época para que la Iglesia pudiera renovarse desde dentro y no solamente desde el ámbito del pueblo de Dios²⁹.

En este sentido Benedicto XVI, al proclamarlo Doctor de la Iglesia, subrayó esto que estamos diciendo de modo magistral cuando en la Carta Apostólica de su promulgación sintetizaba agudamente todo ello con estas palabras:

El Maestro Ávila no ejerció como profesor en las Universidades, aunque sí fue organizador y primer Rector de la Universidad de Baeza. No explicó teología en una cátedra, pero sí dio lecciones de Sagrada Escritura a seculares, religiosos y clérigos. No elaboró nunca una síntesis sistemática de su enseñanza teológica, pero su teología es orante y sapiencial [...]. Como verdadero humanista y buen conocedor de la realidad, la suya es también una teología cercana a la vida, que responde a las cuestiones planteadas en el momento y lo hace de modo didáctico y comprensible. La enseñanza de Juan de Ávila destaca por su excelencia y precisión y por su extensión y profundidad, fruto de un estudio metódico, de contemplación y por medio de una profunda experiencia de las realidades sobrenaturales [...]. Es muy de notar su profundo conocimiento de la Biblia, que él deseaba ver en manos de todos, por lo que no dudó en explicarla tanto en su predicación cotidiana como ofreciendo lecciones sobre determinados Libros Sagrados [...]. Del Antiguo Testamento cita sobre todo los Salmos, Isaías y el Cantar de los Cantares. Del Nuevo, el apóstol Juan y San Pablo que es, sin duda, el más recurrido. "Copia fiel de San Pablo", lo llamó el Papa Pablo VI en la bula de su canonización³⁰.

Toda la sabiduría humanística y teológica de San Juan de Ávila estaba radicada en Cristo Crucificado y siempre direccionada a servir a los hombres. En él se cumplía lo que San Isidoro de Sevilla decía de la enseñanza en sus *Etimologías*, la consideraba como caridad cristiana, pues el conocimiento que no es para los demás se vuelve tristeza, como afirma San Agustín³¹. Conocer implica un acto de amor y este amor en Cristo se vuelve un don, un amor centrífugo, jamás centrípeto. Además ese conocimiento puesto al servicio de los demás es una obra de misericordia.

²⁹ Cf. J. ESQUERDA BIFET, *Juan de Ávila*, 85.

³⁰ BENEDICTO XVI, Carta Apostólica *San Juan de Ávila, sacerdote diocesano, proclamado Doctor de la Iglesia Universal* (7 de octubre de 2012), n. 8.

³¹ BENEDICTO XVI, *Discurso para el encuentro con la Universidad de Roma «La Sapienza»* (17 de enero de 2008); visita cancelada el 15 de enero. «San Agustín, al establecer una correlación entre las Bienaventuranzas del Sermón de la montaña y los dones del Espíritu que se mencionan en Isaías 11, habló de una reciprocidad entre "scientia" y "tristitia": el simple saber –dice– produce tristeza. Y, en efecto, quien solo ve y percibe todo lo que sucede en el mundo acaba por entristecerse».

¿Cómo ha favorecido el encuentro de cultura y santidad en la persona de San Juan de Ávila al tema de la vida interior y el discernimiento? Contestamos: 1) Conocimiento científico profundo del corazón humano que lo llevó a guiar a las almas con inteligencia y prudencia colaborando con el Espíritu Santo. 2) Ciencia aunada a la oración y a la humildad de una vida entregada a Dios y a las almas, encarnando el gran axioma que afirma «non coerkeri maximo, contineri tamen a minimo, divinum est»³². 3) Funda como método del discernimiento el uso de la Sagrada Escritura como punto de referencia insigne para discernir los movimientos de los espíritus en el acompañamiento de un alma.

b. Maestro de almas y profundo pensador

Destaca enormemente en el Maestro Ávila la capacidad de conducir las almas a Jesucristo con sabiduría y prudencia. Consultado por Santa Teresa de Ávila, nuestro santo manifestó una gran sensatez de espíritu. Según el Papa Benedicto XVI el Maestro Ávila es un gran guía de almas y profundo pensador porque así afirmó *sine glosa*:

En sus enseñanzas el Maestro Juan de Ávila aludía constantemente al bautismo y a la redención para impulsar a la santidad, y explicaba que la vida espiritual cristiana, que es participación en la vida trinitaria, parte de la fe en Dios Amor, se basa en la bondad y misericordia divina expresada en los méritos de Cristo y está toda ella movida por el Espíritu; es decir, por el amor de Dios y a los hermanos [...] Al ser templos de la Trinidad, alienta en nosotros la misma vida de Dios y el corazón se va unificando, como proceso de unión con Dios y con los hermanos. El camino del corazón es camino de sencillez, de bondad, de amor, de actitud filial. Esta vida según el Espíritu es marcadamente eclesial, en el sentido de expresar el desposorio de Cristo con su Iglesia, tema central del *Audi, filia*³³.

Claro está que San Juan de Ávila no fue un teólogo especulativo, sino que su teología fue profundamente pastoral, plena de discernimiento a la luz de la realidad pastoral de sus fieles y de las personas que encontraba, uniendo la vida con ese contacto íntimo con Dios en la oración. Se concluye inevitablemente que su pensamiento teológico hondo y fructífero nace de un sereno contacto con Dios. Antes de hablar de Dios, se notaba que hablaba intensamente con Dios.

³² Esta es una célebre frase dedicada a San Ignacio de Loyola en una obra de casi mil páginas de la Compañía de Jesús titulada *Imago primi saeculi Societatis Iesu* para conmemorar su primer centenario en 1640.

³³ BENEDICTO XVI, *San Juan de Ávila*, n. 5.

Dentro de esta consideración del Papa Emérito sobre nuestro santo podemos decir que las pautas esenciales para realizar un buen discernimiento espiritual siempre las encontraremos en las verdades basilares de la fe cristiana, contenidas en la Sagrada Escritura, en la perenne valoración teológica de los Padres de la Iglesia, y en el continuo acercamiento a la fuente de toda vida espiritual: la oración y los sacramentos. Todo padre espiritual que guía almas debe anclarse en estos criterios para establecer el método de acompañamiento de sus almas. Especifiquemos esto mejor en el siguiente punto dentro de este apartado.

c. Sus raíces: Sagrada Escritura, Padres de la Iglesia y Tradición

El empeño del Maestro Ávila en evangelizar sea desde el púlpito, sea desde el confesionario, sea desde la dirección espiritual epistolar, tenía sus raíces en la Sagrada Escritura, esa maravillosa carta enviada del cielo para nosotros³⁴. Afrontó la tarea de ayudar a muchas almas en su discernimiento no escudándose únicamente en los resortes psicológicos que pudiera ofrecer la psicología de su época como ciencia, que obviamente eran pocos, sino que tenía claras las líneas de acción ofrecidas por el depósito de la fe y su experiencia como guía de almas.

Subrayo esto porque hoy día el acompañamiento de muchas almas en el campo del discernimiento corre el peligro de intoxicarse con psicologismos frescos, fáciles y baratos, que no pueden ser la respuesta total frente a un discernimiento profundo en la vida. Con todo respeto y aprecio a los que ejercitan la psicología, pero debemos reconocer que, dentro del tema que estamos presentando, la psicología es esclava (*ancilla*) del discernimiento espiritual, no dueña y señora (*domina*) de la vida espiritual de una persona. Ofrece datos objetivos que ayudan a distinguir y reconocer lo que somos y lo que pasa en nuestro interior, pero no determina nuestras decisiones a la luz de la oración y de la guía de un buen director espiritual.

El criterio según el Maestro Ávila debe ser, por tanto, la Palabra de Dios. El padre espiritual que haya entendido esto y lo aplique, como San Juan de Ávila, habrá captado que, en definitiva, guiar a las almas se trata «del arte de las artes»³⁵, como bien expresaba San Gregorio Magno en su *Regla Pastoral*. Sobre esto, podemos recordar lo afirmado por Benedicto XVI:

³⁴ Cf. SAN AGUSTÍN, *Sermón 66*.

³⁵ Cf. SAN GREGORIO MAGNO, *Regla Pastoral*, 5 (cortesía de Vida Sacerdotal.org): «No debe tenerse la pretensión de enseñar un arte sin antes haberlo aprendido con esmerado estudio. ¿Cuál será, pues, la temeridad de aquellos ignorantes que aspiran al magisterio pastoral, siendo el gobierno de las almas el arte de las artes?».

Caritas Christi urget nos (2Cor 5,14). El amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, es la clave de la experiencia personal y de la doctrina del Santo Maestro de Ávila, un “predicador evangélico”, anclado siempre en la Sagrada Escritura, apasionado por la verdad y referente cualificado para la “Nueva Evangelización”³⁶.

En este sentido, consideramos oportuno recalcar que el trabajo espiritual no es solo menester del dirigido o del Espíritu Santo, sino que es también gran responsabilidad de amor y de servicio de los sacerdotes que ejercen el *amoris officium*, es decir, el ministerio de la dirección espiritual. ¿Por qué tocar este aspecto aquí? Porque –como he dicho anteriormente– existe el peligro de reducir o confundir la guía de almas con el psicologismo que desprecia las raíces que tanto privilegia San Juan de Ávila: la Sagrada Escritura, los Padres de la Iglesia y la Tradición.

Por tanto, dejemos claro que: 1) El director espiritual debe ser un hombre pneumatológico, es decir, que escucha, lee e interpreta las situaciones desde el Espíritu Santo y desde las raíces ya mencionadas. 2) Principio y fundamento para el acompañamiento en el discernimiento es la fe, base de cualquier trabajo de vida espiritual, no es simplemente el sustrato humano con sus carencias y potencialidades afectivas, experienciales e intelectuales. 3) Es sumamente importante la reciprocidad en la escucha, es decir, comúnmente el director espiritual es el que menos habla, porque escucha mucho, tanto al dirigido como al Espíritu Santo por medio de las raíces que aquí hemos abordado.

Puestas estas premisas fundamentales, concluimos sin vacilar que un buen guía de almas como San Juan de Ávila, para guiar a las almas en su vida interior y discernimiento, necesita ser un hombre de sana psicología, de profunda, clara, segura y probada espiritualidad, prudente, sereno y humilde, que en lo poco que habla siempre sugiere con sencillez, acierto y exigencia. La finalidad de todo, en definitiva, es que el alma descubra su vocación en este mundo y alcance la santidad como meta de este camino³⁷.

³⁶ BENEDICTO XVI, *San Juan de Ávila*, n. 1.

³⁷ Cf. J.C. MATEOS, «San Juan de Ávila y el acompañamiento espiritual», *Ecclesia*, 10 de mayo de 2021 (<https://www.revistaecclesia.com/san-juan-de-avila-y-el-acompanamiento-espiritual/>): «Tenía una habilidad especial para “discernir” la vocación, y en el acompañamiento siempre orientaba a buscar la voluntad de Dios y a valorar en el acompañado la “consagración” como un tesoro, incluyendo también la vocación sacerdotal. Esta es la clave de todo su acompañamiento: ayudar a descubrir qué es lo que Dios quiere para cada uno, acompañando con docilidad a la persona a descubrir su vocación, desde una auténtica pedagogía de la santidad».

4. Una aproximación a San Juan de Ávila en el *Audi, Filia*

a. Los sentimientos espirituales en el proceso del discernimiento

Ciertamente los sentimientos tienen un papel importante en la vida espiritual, pero es solo la pequeña mecha inicial del fervor y del deseo de servir, agradar y amar a Dios. Pues no «no todo el que dice Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos» (cf. *Mt* 4,1-11; *Mc* 1,12-13; *Lc* 4,1-13). El Maestro Ávila tiene muy clara una cosa en su obra *Audi, filia* y en su vida: el demonio se sirve de sentimientos espirituales para engañarnos en el trabajo espiritual y esto es un gran escollo para la vida interior y el discernimiento. Por ello, él como tantos otros autores de espiritualidad insiste en la clave de la discreción de espíritus. Escuchemos lo que nos dice el jesuita, R. García Mateo:

Ávila percibe bien la complejidad que el discernimiento conlleva en algunos momentos y subraya: «Necesaria, pues, es en todo caso lumbre del Espíritu Santo, que se llama “discreción de espíritus”; con la cual entrañable inspiración y alumbramiento juzga el hombre que este don tiene, sin error, cual es el espíritu de verdad o de mentira. Y si es cosa de tomo, débese de decir al prelado, y tener por acertada su determinación» (cap. 51). [...] Si a esto se suma que el tentador se puede disfrazar de ángel del luz, entonces la cuestión no es solo para el que ayuda a otros a discernir, sino también para quien tiene que hacerlo consigo mismo. [...] «Y cuando se viere –continúa Ávila– que no hay cosa de provecho, mas mañas y cosas sin necesidad, tenedlo por fruto del demonio, que anda por engañar o hacer perder tiempo [...] Y entre las cosas que habéis de mirar que se obra en vuestra ánima, la principal sea si os dejan más humillada que antes [...]; y si os veis quedar más humilde y avergonzada de vuestras faltas, y con mayor reverencia y temblor de la infinita grandeza de Dios...; y sentís vuestro corazón tan sosegado, y más en el propio conocimiento, como antes que aquello estábades; alguna señal tiene de ser de Dios» [...]»³⁸.

Como en el desierto el demonio engaña incluso citando la Escritura, también en la vida espiritual de cada cristiano engaña absolutizando los sentimientos frente a las exigencias del trabajo espiritual. Cuando un alma se deja arrastrar solo por sentimientos en la vida espiritual, una de las manifestaciones concretas de la falsedad de su avance es la falta de humildad. Escuchemos al Maestro Ávila:

³⁸ R. GARCÍA MATEO, *El sacerdocio pastoral según San Juan de Ávila: El discernimiento*, 110-111.

Ensálzanos (el demonio) con pensamientos que nos inclinan a estimarnos en algo, haciéndonos caer en soberbia [...] sabe él muy bien cuánto desagrada la soberbia a Dios, y cómo ella sola basta a hacer inútil todo lo demás que el hombre tuviere, por bueno que parezca. Y trabaja tanto por sembrar esta mala semilla en el ánima, que muchas veces dice verdades, y da buenos consejos, y sentimientos devotos, solamente para inducir a soberbia, teniendo en muy poco lo que pierde en que uno haga algún bien, con que le pueda ganar todo entero, con el pecado de soberbia, y con otros que tras él vienen³⁹.

Como buen médico espiritual, San Juan de Ávila no solo detecta la enfermedad, sino que ofrece también la medicina para salir de las tinieblas en las que nos mete el demonio, haciéndonos flotar en burbujas de vanidad y de lindos sentimientos que catalogamos como espirituales, pero que al final no lo son, porque en vez de provocar paz y alegría, solo devanan intranquilidad y tristeza. Escribe el santo:

Es la desesperación y el caimiento del corazón tiro tan peligroso de nuestro enemigo, que cuando yo me acuerdo de los muchos daños que por ella han venido a conciencias de muchos, deseo hablar más en el remedio de aqueste mal, si por ventura resultare algún provecho [...] y tened por cierto, que como el camino de la perfecta virtud sea una muy reñida batalla, y con enemigos muy fuertes dentro de nos y fuera de nos, no puede llevar consigo quien comienza esta guerra cosa más perjudicial, que la pusilanimidad de corazón; pues quien esta tiene, de las sombras suele huir⁴⁰.

El demonio, usando los sentimientos de una persona, puede engañarla según lo que nos dice el Maestro Ávila. Sin embargo, la insistencia doctrinal del santo no recae tanto en lo que el mal puede provocar en nuestro progreso espiritual, sino en lo que es fundamental como arma contra el demonio y los sentimientos falsos del alma: la humildad. Porque es aquí donde los demonios tienen envidia de nosotros, porque ellos perdieron todas las vías posibles de arrepentirse, de abrazar el camino de la humildad, aun inmersos en su soberbia⁴¹.

Esta humildad sustancial, para no caer en falsos sentimientos en el progreso espiritual y luego en los profundos discernimientos en la vida, debe estar vinculada a un conocimiento sincero de uno mismo casi como un requisito antropológico del cual no se puede prescindir y sobre el cual el alma huye de los sentimentalismos, para radicarse en la realidad de sí misma y de Dios que la mira con

³⁹ SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi, filia*, 572.

⁴⁰ *Ibidem*, 585.

⁴¹ Cf. *Ibidem*, 597.

mayor objetividad que ella misma⁴². Ilustremos esta idea central con el Maestro:

¿Qué cosa más provechosa que la que pide San Agustín, cuando dice: «Señor, conózcate a Ti con amoroso conocimiento, y conózcame a mí?» ¿Y qué cosa tan a lo propio para conocerse un hombre a sí mismo, como verse por experiencia en tales trances, que toca con sus manos, como dicen, su propia flaqueza tan de verdad, que queda bien desengañado de su propia estima? Y por otra parte experimenta cuan verdadero es Dios en cumplir las promesas de su socorro en el tiempo de su necesidad, cuan fuerte en librar los suyos de tanta flaqueza, y en darles admirable fortaleza súbitamente; y cuan lleno es de misericordia, pues visita y apiada a los que tan extremadamente están fatigados⁴³.

Considerando todo esto en vista de un proficuo discernimiento de espíritus el Maestro Ávila también sostiene que hay algo que ayuda al hombre a ubicarse en el designio de Dios, lejos de sentimientos que lo vuelven idealista, y es que a veces es saludable espiritualmente hablando que el alma pase por algunas tribulaciones para que así, entrando en razón, se dé cuenta de la soberbia que arrastra como cautivos del pecado original y, en definitiva, de sí mismo.

Además, San Juan de Ávila reconoce que no solo es saludable, sino muy efectivo, puesto que lo que se busca es la salud del alma y para eso se necesita pasar por la adversidad, por la prueba, por tomar la medicina amarga, aunque el Espíritu Santo quiera mezclar de cuando en cuando algo dulce, es decir, algún consuelo espiritual que anime al alma atribulada.

Y si os parece que quisiérades tener una vida muy santa y perfecta, y que toda ella diera gloria al Señor, sabed que hay personas tan

⁴² Cf. R. GARCÍA MATEO, *El sacerdocio pastoral según San Juan de Ávila: El discernimiento*, 113. «Para ahondar en el discernimiento de la mirada interior, el cap. 57 establece un orden: "que primero os miréis a vos, y después a Dios, y después a los prójimos. Miraos a vos porque os conozcáis y tengáis en poco; porque no hay peor engaño que ser engañado en sí mismo, teniéndose por otro de lo que es". O sea, para un verdadero discernimiento hay que profundizar en el conocerse a sí mismo con sinceridad, quitándose las máscaras que ocultan la verdad de lo que en realidad se es; alejando asimismo la pretendida seguridad que da la autosuficiencia de las personas satisfechas, que se vanaglorian de lo importantes que son sus obras, olvidando "que de todo bien que tenemos no a nosotros, sino a Dios se dele la honra [...] Por la soberbia es un ánima semejable al demonio, el cual, como dice el Evangelio, no estuvo en la verdad (Jn 8,44), que es Dios; mas quiso estar en sí mismo, poniéndose a sí por arrimo y descanso. Por eso cayó; porque la criatura no puede estar en sí, sino en Dios. Mas por el humilde conocimiento de sí, es un ánima semejable a los buenos ángeles, que se arrimaron a Dios y se desasieron de sí, porque se veían ser caña quebrada; y túvolos Dios y confirmólos..." (Ibid.)».

⁴³ SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi, filia*, 601.

soberbias y yertas (Yertas: erguidas, orgullosas, tiesas), que no se saben humillar sino a costa de tentaciones y de desconsuelos, y aún de caídas; y son tan flojas, que no andan el camino de Dios con diligencia, sino a poder de muchas espoldadas; y tienen un corazón tan duro, que han menester para quebrantarlo tener muchos males; y no saben tener discreción ni cautela, sino después de hacer muchas errado; en fin, tienen un corazón, que con pocos bienes se hincha y hace vano; y han menester muchos males para andar humillados para con Dios y los prójimos⁴⁴.

Por tanto, el conocimiento propio, realista, fundamentado en la humildad, en el ejercicio de la oración y los sacramentos, es lo que para San Juan de Ávila encauza una recta vida interior y un discernimiento seguros. Además, no desdeña el acompañamiento de un director espiritual que sea canal de la paciencia de Dios⁴⁵. El Maestro Ávila aconseja mucho la paciencia tanto del director como del dirigido, puesto que es la paciencia lo que más aturde al demonio. Solo la humildad y la paciencia pueden quebrar las cadenas del demonio que suelen ser las que atan el alma para que no avance en los propósitos espirituales. Para esto aconseja pensar a menudo en la paciencia de Dios como el Viñador que espera el fruto de su amor y de su trabajo en el alma, y que ya mencionamos precedentemente con Guardini. Ese Dios que detesta los espíritus acelerados, impacientes, soberbios, que toman el camino de la santidad como algo empresarial, metódico, rígido, expulsando de sus métodos y sus metas al Espíritu Santo⁴⁶. Delante de un Dios que es paciente y realista no se puede vivir en puros sentimientos espirituales, que ayudan, pero no determinan nuestro progreso espiritual.

En contraste con el sentimentalismo espiritual que nos saca de la realidad y del camino de la verdadera santidad descubrimos en la doctrina del Maestro Ávila que la paciencia de Dios siempre sale al encuentro del hombre porque Él sabe más que nadie que la vida interior y el discernimiento muchas veces asustan al demonio, quien hace de todo para que demos pasos inadecuados en este proceso. Por tanto, el santo más que enfatizar que allí está el demonio sirviéndose de nuestra flaqueza humana, de nuestros sentimientos para hacernos caer, trata de anclarnos en la paciencia de Dios que es, en definitiva, su bondad, la bondad de un buen Viñador, que espera y su espera es la concreción de su amor.

Quizás habiendo considerado esta doctrina de San Juan de Ávila sobre el buen uso de los sentimientos en el proceso de una

⁴⁴ SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi, filia*, 589.

⁴⁵ Cf. *Ibidem*, 596-597.

⁴⁶ Cf. *Ibidem*, 595.

vida interior y del discernimiento, merece la pena confrontar admirados y cuestionar sabiamente lo que sea esa paciencia infinita de Dios, que nunca son sentimentalismos hacia nosotros, sino concreción de su amor y cómo podemos corresponder de algún modo a su amor que se traduce en su paciencia, en su espera, en ese tiempo a veces malgastado por nosotros en el que Él no desiste del hombre. Permíto que lo exprese el P. Fabio Rossini:

¿Por qué esta paciencia de Dios? ¿Por qué nos concede tiempo para arrepentirnos? ¿Por qué nos quiere dar espacio y capacidad de reacción? En definitiva, ¿Por qué es paciente? La respuesta a esta pregunta es menos banal de lo que parece a primera vista: porque tiene todo el tiempo del mundo, el tiempo es creación suya, como todas las cosas [...]. Quien no cree en la eternidad, no tiene la paciencia de Dios, no está de su parte. Somos esclavos del tiempo, pequeños, limitados, aplastados por nuestras ansias, y somos, por tanto, impacientes, robamos el tiempo, comprimimos, empujamos, oprimimos a los demás cuando son débiles, cuando son frágiles, porque si damos tiempo pensamos que lo perdemos, que no tenemos recambio⁴⁷.

Formalicemos cuanto hemos desentrañado de la mano de San Juan de Ávila hasta aquí sobre la constatación de la presencia del demonio en el uso inadecuado de los sentimientos en la vida interior y el discernimiento. 1) Los sentimientos espirituales favorecen inicialmente el proceso de la vida interior y el discernimiento en el camino de la santidad, pero no son absolutos y ni determinantes a la hora de tomar las resolutivas decisiones en la vida espiritual, humana y vocacional dentro de la vida cristiana. 2) El demonio, astuto, puede hacer perder a las almas con los sentimientos mal encauzados. 3) De gran ayuda es la oración y la guía espiritual de un sacerdote que, siendo realista y pneumatológico, haga progresar el alma por la vía segura de la humildad y de la paciencia, sobre todo consigo misma. 4) Suele pasar que las adversidades y los desconuelos, que se plastifican en los sentimientos a nivel fenomenológico, sirvan de gran respaldo para el crecimiento de lo que es fundamental en la vida espiritual: la humildad y el abandono a la paciencia de Dios que es la concreción de su bondad y su providencia. 5) Los discernimientos fructíferos se dan con el sustrato antropológico realista de uno mismo, lo que requiere humildad y paciencia. Sentimientos que en un inicio ayuden a arrancar en el proceso de santificación, sí; sentimentalismos que anestesian el alma, no. Por eso, el director espiritual también debe estar muy atento a esta realidad, del amor y de la vida espiritual traducida

⁴⁷ F. ROSSINI, *Solo el amor crea, las obras de misericordia*, RIALP, Madrid 2018, 187-188.

en obras⁴⁸, puesto que –según San Juan de Ávila– aquí se juega mucho del éxito y del provecho que se quiere sacar del trabajo espiritual.

b. *La humildad como piedra de toque de la vida espiritual*

Conocerse es la tarea primordial del trabajo espiritual y especialmente del discernimiento. Pero no existe verdadero conocimiento personal si no hay humildad sincera. Todos los autores espirituales subrayan esta idea fundamental, aunque de formas distintas, y el Maestro Ávila no es diferente⁴⁹. La humildad es la llave para abrir la puerta a la sinceridad y a la verdad de nosotros mismos. Quien no hace un serio trabajo por conocerse se engaña tremendamente y no anda en verdad. Así ilustra este punto de la humildad el jesuita R. García Mateo:

Pero no basta la reprehensión y el estimarse poco por razón de los defectos que se tienen, sino también «en las buenas obras, conociendo profundamente que ni la culpa de pecados es de Dios, ni la gloria de nuestros bienes es de nosotros; mas que de todo lo bueno que en nosotros hubiere, se ha dar perfectamente la gloria al Padre de todas las lumbres, del cual procede todo lo bueno y dádiva perfecta» (cap. 63). Este tipo de humildad no es obviamente la del pecador sino la del justo, la de los ángeles buenos, la de María que muestra a su prima y al mundo entero «que, de las grandezas que ella tenía, no a sí, mas a Dios se debía dar gloria». Y esta misma y más perfecta humildad fue la de Jesús: *Mi doctrina no es mía, mas de Aquel que me envió* (Jn 7,16). *Las palabras que yo hablo, no las hablo de mí mismo, mas del Padre que está en mí, él hace las obras* (Jn 14,10). Con la humildad redentora de la cruz Cristo superó la soberbia, «raíz de todos los malos y de todo mal», y llama a imi-

⁴⁸ Cf. J. ESQUERDA BIFET, *Juan de Ávila*, 66. «Según el Maestro Ávila, la santidad no consiste solo en sentimientos de devoción, sino en el ejercicio de la caridad siguiendo los signos de la voluntad divina: “la santidad verdadera no consiste en estas cosas (sentimientos), sino en el cumplimiento de la voluntad del Señor. Efectivamente, es más santo quien sabe humillarse y mostrar siempre mayor caridad, en la cual consiste la perfección de la vida cristiana y el cumplimiento de toda la ley” (AF 55)».

⁴⁹ Cf. J.C. MATEOS, «San Juan de Ávila y el acompañamiento espiritual»: «Uno de los principales criterios de discernimiento que señala san Juan de Ávila es la humildad, ésa que las buenas obras dejan en nosotros. Todo el Audi, filia es una invitación al seguimiento, desde un discernimiento continuo de la voluntad del Señor, pero para discernir bien la voluntad de Dios debemos ser vigilantes: “A Isboset mataron dos malos hombres porque se durmió la portera, que estaba ahechando el trigo (cf. 2Sam 4,5.7); porque quien no tiene vela sobre su corazón para discernir quién entra en él, si es trigo o si es paja, poco tiempo durará con la vida. Y por esto nos amonesta la Escritura diciendo: Con toda guarda, guarda tu corazón, porque de él procede la vida (Prov 4,23); y mal puede guardar quien duerme ni discernir paja de trigo quien tiene los ojos cerrados”».

tarlo: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón* (Mt 5,3). Con todo, Ávila es muy consciente que la humildad de Cristo no se puede conseguir con las propias fuerzas, hay que disponerse a ella con la oración y con algún ejercicio; propone considerar dos cosas: «una el ser, otra el buen ser»⁵⁰.

Si la literatura puede plastificar sintéticamente lo que resulta vivir en la mentira y la soberbia de la vida basta echar un vistazo, por ejemplo, al eterno joven de Oscar Wilde, Dorian Gray, que de engaño en engaño terminó dramáticamente⁵¹. Pues así sucede en la vida espiritual, cuando no hay humildad no hay sinceridad, no hay realismo y, desde luego, la vida interior puede externamente parece una fachada bonita, pero por dentro está hueca y el discernimiento se vuelve un caminar a trompicones.

Puestas estas premisas esenciales, veamos lo que afirma San Juan de Ávila en su obra en cuestión respecto a la humildad como piedra de toque del camino de santidad:

Tendréis, pues, esta orden en el mirar: que primero os miréis a vos, y después a Dios, y después a los prójimos. Miraos a vos para que os conozcáis y tengáis en poco; porque no hay peor engaño, que ser uno engañado en sí mismo, teniéndose por otro de lo que es⁵².

Y, como buen humanista que era nuestro Doctor, añade con una imagen muy ilustrativa:

Y por tanto el primer cuidado que tengáis sea cavar en la tierra de vuestra poquedad, hasta que, quitado de vuestra estimación todo lo movedizo que de vos tenéis, lleguéis a la firme piedra, que es Dios; sobre la cual, y no sobre vuestra arena, fundareis vuestra casa. Y por esto decía el bienaventurado San Gregorio: «Tú que piensas edificar edificio de virtudes, ten primero cuidado del fundamento de la humildad; porque quien quiere tener virtudes sin ella, es como quien llevase ceniza en su mano en contrario del viento» [...] y por tanto, conforme a la alteza de las virtudes ha de

⁵⁰ R. GARCÍA MATEO, *El sacerdocio pastoral según San Juan de Ávila: El discernimiento*, 115-116.

⁵¹ Cf. O. WILDE, *El retrato de Dorian Gray*, Planeta, Barcelona 1983, 220: «Su belleza le inspiró una infinita repugnancia y, arrojando el espejo al suelo, lo aplastó con el talón hasta reducirlo a astillas de plata. Su belleza le había perdido, su belleza y la juventud por la que había rezado. Sin la una y sin la otra, quizá su vida hubiera quedado libre de mancha. La belleza solo había sido una máscara, y su juventud una burla. ¿Qué era la juventud en el mejor de los casos? Una época de inexperiencias, de inmadurez, un tiempo de estados de ánimo pasajeros y de pensamientos morbosos. ¿Por qué se había empeñado en vestir su uniforme? La juventud lo había echado a perder. Era mejor no pensar en el pasado. Nada podía cambiarlo. Tenía que pensar en sí mismo, en su futuro».

⁵² SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi, filia*, 658.

ser lo bajo del cimientto de la humildad, para que el ánima esté firme, y no sea derribada con el viento de la soberbia⁵³.

Allende el grafismo del lenguaje retórico vivo y colorido usado con evidencia por el Maestro Ávila para explicar la esencialidad de la humildad en la vida espiritual, podemos, además, dejar claro que él se explaya en otros pasajes en medios concretos para crecer en la humildad. Infelizmente este trabajo no soporta una precisión y profundización detalladas, pero podemos mencionarlos, remitiendo el lector a la obra en cuestión: la oración⁵⁴, la meditación frecuente de la propia muerte⁵⁵, lo que sucederá a nuestra alma⁵⁶, el examen de conciencia asiduo⁵⁷, cuando nuestra alma se desnuda delante de Dios⁵⁸ –en palabras de San Agustín–, la importancia de la corrección que nos puedan hacer otras personas, viendo en nosotros defectos y fallas objetivas⁵⁹, aceptándolas de buen gusto y tratando de enmendarlos.

Obviamente, los medios de piedad y de ejercicio en las virtudes no son suficientes en sí mismos, sino que San Juan de Ávila, alimentado como ya hemos dicho en precedencia de un arraigado cristocentrismo, sabía que la fuente de la humildad no podía y no debía ser fruto de un pelagianismo, sino un acercamiento a Aquel que es la humildad por antonomasia y en el Cual todo el progreso espiritual no solo tiene su cauce, sino también su culmen. Dejemos que hable el Maestro Ávila:

Aprended, pues, sierva de Cristo, de vuestro Maestro y Señor, acuesta santa bajeza, para que seáis ensalzada, según su Palabra (Lc 14,17): Quien se humillare será ensalzado. Y tened en vuestra ánima esta santa pobreza, porque de ella se entiende (Mt 5,3): «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos». Y tener por cierto, que pues Jesucristo nuestro Señor fue ensalzado por camino de humildad, el que no la tuviere fuera va de camino; y débese de desengañar en lo que dice San Agustín: «Si me preguntares cual es el camino del cielo, responderte he que la humildad; y si tercera vez, responderte he lo mismo; y si mil veces me lo preguntares, mil veces te responderé que no hay otro camino sino la humildad»⁶⁰.

⁵³ *Ibidem*, 661.

⁵⁴ Cf. *Ibidem*, 663-664.

⁵⁵ Cf. *Ibidem*, 665-666.

⁵⁶ Cf. *Ibidem*, 666-667.

⁵⁷ Cf. *Ibidem*, 666-667.

⁵⁸ Cf. SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, libro X, 2.2 BAC, Madrid 1988.

⁵⁹ Cf. SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi, filia*, 666-667.

⁶⁰ *Ibidem*, 671-672.

Puede parecer que a final de cuentas San Juan de Ávila ha llovido sobre mojado, en cambio, no es así. ¿Cuál sería el argumento central que sostiene nuestro santo sobre el valor y la riqueza de la humildad en la vida interior y el discernimiento? Sencillamente que la humildad si es verdadera está radicada en el ejemplo sublime de Cristo, manso y humilde de corazón, que nos dio ejemplo de humildad, el ejemplo más excelso que fue el morir en cruz por nosotros. *Sine glosa*, así lo reconoce el gran experto en el Maestro Ávila:

Invitaba a todos a la santidad con motivaciones evangélicas, como presentando una joya tan preciosa. Para ello proponía que los creyentes se ocupasen en ordenar sus pasiones, arando su campo con el arado de la cruz e imitación de ella, para luego sembrar a Jesucristo crucificado y así poder conseguir un fruto perfecto (S 54). Es un camino de amistad (C 222). Y el secreto para acertar en este camino consiste en reconocer la propia miseria, sin olvidar tener a Dios por muy bueno (C103). De ahí nace la humildad, la confianza y la entrega: Desconfiemos, pues, de nos, y confiemos en Dios. Así seguimos al Señor crucificado y resucitado: nuestro principio sea la humildad y nuestro fin es el amor, figurado en la resurrección (C 74)⁶¹.

Construir una vida espiritual desde este punto y discernir desde esta certeza es –para San Juan de Ávila– empezar a caminar por terreno seguro, firme, estable, libre de estar caminando en arena movediza.

c. La paternidad de Dios en la vida interior y el discernimiento

A estas alturas consideramos importante abrir un poco más el abanico de nuestra profundización no solo en la pureza doctrinal del Maestro Ávila, sino también en la sensatez de otros que le suceden y sobre él han pensado pautas seguras para la vida interior y el discernimiento. Comencemos con una premisa sencilla, pero fundamental: Dios es ante todo Padre.

Preservando las distinciones no solo conceptuales, sino también de aplicación de contenido, lo mismo pasa en la vida espiritual. ¿Es importante reconocer que Dios es Padre y nos acompaña y nos ama y nos quiere y nos guía por el ejemplo de su Hijo Jesucristo y la fuerza del Espíritu Santo en el camino de la santidad? Sí. Sin embargo, esa misericordia de Dios no es paternalista, es decir, no nos resuelve todos los problemas y retos de la vida espiritual como un toque de magia, sino que es paternal, nos trata como hijos, quiere nuestro bien, respeta nuestra libertad y cuenta

⁶¹ J. ESQUERDA BIFET, *Juan de Ávila*, 69-70.

con nuestra responsable adhesión al amor de Dios manifestado en Cristo. Bien ya lo decía el Obispo de Hipona: el que te creó sin ti no se salvará sin ti. Con esto, se entiende que, por un lado Cristo Crucificado intercede por nosotros ante el Padre, por otro Dios siempre cuenta con la colaboración humana para realizar su redención en nosotros, en nuestro corazón.

Adentrándonos más en este apartado en el que se cruzan y se armonizan varias intuiciones espirituales, lo que más conviene subrayar es lo que el Maestro Ávila condensa admirablemente en su *Audi, filia*. Un alma que está creciendo en la vida espiritual lo que más tiene frente a sus ojos es a Cristo Crucificado – ¡he aquí el cristocentrismo que ya hemos realzado!– con la conciencia de que podrá cometer errores, pecados, puesto que todos estamos heridos por el *mysterium iniquitatis*, pero ve en Dios un Padre que es el primero que desea que seamos hijos, no niños que se malacostumbran a tanta misericordia. Por eso, el Maestro Ávila habla de que, cuando estemos inmersos en el pecado, lejos de Dios, y hayamos fallado a su amor infinito, nos acerquemos a Él en el sacramento del perdón y los medios que nos ofrece la Iglesia. Si el corazón del Maestro Ávila se convirtió para las almas que lo conocieron «una botica espiritual»⁶² –como escribió Fray Luis de Granada– es porque éste vivió siempre unido a Cristo, que es Médico y Medicina de las almas.

Dicho esto, escuchemos al Maestro Ávila:

Verdaderamente es grande el clamor de la sangre de Cristo pidiendo misericordia, pues hizo no ser oídas las voces de los pecados del mundo, que pedían venganza contra los que los hacen. [...] ¿Qué pensáis que significaba aquel callar de Cristo, y hacerse como sordo que no oía, y como mudo que no abre su boca (*Ps* 37,14), en el tiempo que era acusado? [...] Alegraos, esposa de Cristo, y alegrense todos los pecadores, si les pesa de corazón de haber pecado, y quieren tomar los remedios que en la Iglesia Católica hay: que sordo está Dios a nuestros pecados para castigarlos, y muy atentas tiene sus orejas para hacernos mercedes⁶³.

En resumidas cuentas, el alma debe reconocer para crecer y saber discernir el soplo del Espíritu en su vida que Dios es Padre. El Maestro Ávila configuró en vida su corazón paternal hacia las almas porque mirando a Cristo entendió que también su corazón debería ser fuente de perdón, de curación y de apoyo para las almas.

⁶² Cf. FRAY LUIS DE GRANADA, *Vida*, I, 3, n. 1.

⁶³ SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi, filia*, 722-723.

d. *Cualidades del director espiritual según San Juan de Ávila*

Nos preguntamos ahora: ¿por qué es importante mencionar el papel del padre espiritual en el tema que concierne este trabajo? Si por una parte el director espiritual es uno que acompaña al alma en el crecimiento interior y el discernimiento, por otra él también ha pasado por la experiencia de dejarse moldear por el Espíritu Santo⁶⁴. Es un hombre pneumatológico no solo porque tenga mucha ciencia, sino porque tiene mucha experiencia de Dios en su propia vida. Antes de aconsejar ha escuchado mucho al Espíritu Santo⁶⁵, ha encarnado ese "Oye, hija", como alma que aprende a escuchar con humildad como hija de Dios.

Puestas estas premisas, preguntémonos: ¿qué nos aconseja San Juan de Ávila en su *Audi, filia* para crecer en la vida interior y el discernimiento y, quién sabe, llegar a ser algún día guía de almas?

Oye, hija, e inclina tu oreja, y olvida tu pueblo y la casa de tu padre, y codiciará el Rey tu hermosura (*Sal* 44,11) [...] Invocando primero el favor del Espíritu Santo, para que rija mi pluma y apareje vuestro corazón, para que ni yo hable mal, ni vos oigáis sin fruto; mas lo uno y lo otro sea a perpetua honra de Dios y a complacimento y agrado de su santa voluntad. [...] Lo primero que nos es amonestado en estas palabras es que oigamos; y no sin causa, porque como el principio de la vida espiritual sea la fe, y ésta entre en el ánimo, como dice San Pablo (*Rom* 10,17), mediante el oír, razón es que seamos amonestados primero de lo que primero nos conviene hacer. Porque muy poco aprovecha que suena la voz de la verdad divina en lo de fuera, si no hay orejas que la quieran oír en lo de adentro. Ni nos basta que cuando fuimos bautizados nos metiese el sacerdote el dedo los oídos, diciendo que fuesen abiertos (*Epheta*, que significa Ábrete), si los tenemos cerrados a la palabra de Dios, cumpliéndose en nosotros lo que de los ídolos

⁶⁴ Cf. J. ESQUERDA BIFET, *Juan de Ávila*, 91. «El verdadero director es el Espíritu Santo; el confesor y predicador *no te han de ser estorbo para el Espíritu Santo*, sino más bien *una escalera para que tú subas a Dios* (S 27). El proceso de consejo o dirección espiritual es siempre un camino de discernimiento de la acción del Espíritu Santo. Se trata de discernir si las inspiraciones y deseos son propiamente del espíritu bueno o tal vez procedentes del espíritu del mal. *Necesaria, pues, en todo caso lumbre de Espíritu Santo, que se llama discreción de espíritu. Con su ayuda se puede discernir sin desviarse cuál es el espíritu de verdad o de mentira* (AF 31)».

⁶⁵ Cf. J.C. MATEOS, *San Juan de Ávila y el acompañamiento espiritual*: «El Espíritu Santo –dice San Juan de Ávila– es el director de nuestra vida espiritual: "¿Qué pides? ¿Qué buscas? ¿Qué quieres más? ¿Que tengas tú dentro de ti un consejero, un ayo, un administrador, no que te guíe, que te aconseje, que te esfuerce, que te encamine, que te acompañe en todo y por todo! Finalmente, si no pierdes la gracia, andará tan a tu lado, que nada puedas hacer, decir ni pensar, que no pase por su mano y santo consejo. Seráte amigo fiel y verdadero; jamás te dejará si tú no le dejas"».

dice el Santo Rey y Profeta David (*Sal* 113,4): Ojos tienen y no ven; orejas tienen y no oyen⁶⁶.

Formalicemos: 1) Oye y ve desde el Espíritu Santo, primera cualidad de un alma que se prepara para acompañar a quienes están en discernimiento; no debe presumirse de sus muchos conocimientos o experiencias, sino que debe saber escuchar, leer, interpretar los signos de los tiempos y las circunstancias desde Dios. 2) Principio y fundamento de este proceso es la fe que entra por la escucha no solo externa, sino también interna, base del trabajo de cualquier discernimiento espiritual. 3) Reciprocidad en la escucha, es decir, el director espiritual comúnmente es el que menos debe hablar, porque escucha mucho, tanto al dirigido como al Espíritu Santo por medio de la Palabra de Dios y de los Padres de la Iglesia⁶⁷.

Dicho esto, se concluye que el Maestro Ávila fue un gran guía de almas, pneumatológico, lleno de Dios, escuchaba y dejaba hablar el Espíritu Santo. Sabía que, para hacer un buen discernimiento, es necesario que el padre espiritual sugiera, nunca imponga lo que el alma debe hacer, porque el imponer resulta en abusos de conciencia que siempre conllevan tristes daños que pueden ser de tipo moral, psicológico, dejando solo heridas que luego son difíciles de sanarse. En otras palabras, sea consciente de ser un puente entre el Espíritu Santo y el alma que busca la santidad con todo el corazón y esto será la clave para el progreso del alma en la libertad del Espíritu de Dios y la verdad de la persona ante Dios.

El dinamismo de escucha y de dejar que el Espíritu Santo sugiera con claridad y verdad hace que el padre espiritual no quiera convertirse en la panacea de todos los problemas y enfermedades espirituales del alma, porque esto también conlleva a veces la somatización de todo esto en el mismo director espiritual, que dañando su salud física y psíquica no podrá dar continuidad a su servicio de amor a las almas con la dirección espiritual, precisamente porque no sabe tomar distancia de los problemas de las almas. Al querer ser él el centro, el director espiritual puede desplazar enormemente la acción de Dios en el alma.

⁶⁶ SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi, filia*, 539.

⁶⁷ J. ESQUERDA BIFET, *Juan de Ávila*, 90: «El Maestro Ávila muestra en sus escritos de dirección y consejo espiritual una actitud de escucha y de cercanía. La persona que consulta se siente escuchada con respeto y afecto, y al mismo tiempo se encuentra ante ideales cristianos que reclaman entrega sincera y generosa. Se nota siempre un tono de confianza en la bondad de Dios. Cumplía siempre lo que aconsejaba, porque el consejero o confesor *debe orar mucho al Señor por la salud de su enfermo y encomendarle la enmienda de la vida y que tome los remedios de los sacramentos* (AF 28)».

5. Conclusión

Hemos recogido en estas páginas solamente un cuenco pequeño de agua del océano inmenso de la doctrina y la vida del Maestro Ávila, pero no cabe duda de que en él se pueden seguir encontrando muchos tesoros para crecer en la vida espiritual.

El ser humano siempre será un buscador incansable de Dios y procurará aprender el cultivo de la vida interior y del auténtico discernimiento. Junto a San Juan de Ávila hemos puesto de relieve algunas pautas fundamentales para crecer en la amistad con Cristo y para realizar serios discernimientos a la luz del Espíritu Santo.

Vivir y discernir son dos palabras claves del camino de santidad de todo cristiano. Sin embargo, el arte de discernir y de crecer en la santidad está en proceder con prudencia y sabiduría, porque bien merece la pena recordar lo que escribía un teólogo ortodoxo católico:

Dios no es el único que se reviste de Belleza; el mal le imita y vuelve la belleza profundamente ambigua [...] La belleza ejerce su fascinación, convierte el alma humana a su culto idólatra, usurpa el sitio del Absoluto, con una extraña y total indiferencia hacia el Bien y la Verdad [...] Si bien la verdad es siempre bella, la belleza no siempre es verdadera⁶⁸.

En el Maestro Ávila, como hemos visto, estas consignas son evidentes. En sustancia su enseñanza nos exhorta a ser maestros de un serio discernimiento, a que sepamos leer e interpretar con realismo y valentía los signos de los tiempos, que no son otra cosa sino el soplo del Espíritu Santo.

Por ello, centrando nuestra atención en el *Audi, filia*, hemos querido desentrañar breve y sustancialmente algunas ideas clave para progresar en la vida espiritual, tomado en cuenta que este ensayo es solo un modesto acercamiento al tema, no una defensa exhaustiva de algo nuevo o que no haya sido ya dicho en otros estudios sobre San Juan de Ávila. Prueba de ello es que también nos hemos subido sobre espaldas de gigantes, como Juan Esquerda Bifet –y no solo–, para desarrollar las consideraciones aquí presentadas.

Por tanto, el desarrollo de la temática no es solamente una presentación de un aspecto de este gran Doctor de la Iglesia en una sola obra, sino la valoración de algunos matices y elementos que enriquecen profundamente el manantial de ciencia sagrada y de santidad que a San Juan de Ávila se le atribuye. Resulta claro que el discernimiento es de una riqueza enorme porque está insertado

⁶⁸ P. EVDOKIMOV, *La teologia della bellezza*, Paoline, Milano 1971, 32 (traducción personal).

en una vida santa de alguien que no solo dejó un pensamiento espiritual al mundo, sino que regaló a la Iglesia la armonía de un binomio que en la vida espiritual es imprescindible: oración y vida. San Juan de Ávila no es solo una cantera de pensamiento teológico, sino un admirable ejemplo de contemplación y acción.

Y lo que es maravilloso en todo esto es que con el Maestro Ávila no aprendemos solamente a pensar teológicamente, sino a vivir teológicamente. Pues ningún ser humano suele enamorarse a fondo de una idea o de un pensamiento a rajatabla, lo podrá hacer por ideología y por un cierto tiempo, pero el único amor que perdura es el que se concretiza en una vida, en una Persona, en un corazón que late, que ama, que se entrega. Este es precisamente el secreto de la vida y la santidad de este Doctor de la Iglesia.

El gozo de una vida interior y de un profundo discernimiento proviene de andar en la luz hacia la Luz, Cristo, como lo experimentó el Maestro Ávila. Mientras caminamos en este mundo y tendemos hacia donde fuimos creados, nos unimos a la intuición de los poetas, precisamente a la de Paul Claudel, en el intento de expresar lo divino con palabras humanas. Con un toque de poesía ponemos así punto final a este ensayo, sintetizando en una frase el secreto de la vida espiritual en San Juan de Ávila que lo hizo ser cristocéntrico para vivir desde el Espíritu Santo y para discernir con acierto: *Los ojos de todos reciben la luz, Señor, pero los tuyos, solo los tuyos la dan*⁶⁹.

⁶⁹ Cf. P. CLAUDEL, *Le père humilié*, a. I, esc. 1 (traducción personal).



La periferia en las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano y del Caribe

Carola M. Narváez-Rosario

Teóloga, historiadora e hispanista, profesora de la Universidad Interamericana de Puerto Rico. Ha ofrecido cursos de Teología e Historia en la Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico.

1. Introducción

Desde que inició el pontificado del papa Francisco, este ha insistido en lo que es el llamado de la Iglesia a evangelizar desde la periferia. Este concepto de la periferia aplicado a la tarea evangelizadora ha estado presente en la realidad latinoamericana y caribeña. Por tal razón, a través de este artículo propongo echar una mirada al concepto de la periferia y sus variantes a través de las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. De esta manera podemos entender las implicaciones que tiene este concepto para la evangelización.

2. El concepto de la periferia

La palabra periferia según la *Real Academia Española* tiene tres acepciones, estas son: «(1) Contorno de un círculo, circunferencia; (2) Término o contorno de una figura curvilínea; (3) Parte de un conjunto alejada de su centro, especialmente la de una ciudad»¹. Como podemos notar, estas definiciones nos van llevando a entender que la periferia nos conduce a nuestro alrededor. Desde ahí podemos comenzar a establecer que su significado aplicado a la evangelización es a ir más allá del centro y acercarnos a las poblaciones marginadas de nuestra sociedad. Es así como el concepto de las periferias ha adquirido un significado profundo en la evangelización.

3. La expresión de la periferia desde la realidad Latinoamericana y del Caribe

En la I Conferencia del Episcopado Latinoamericano en 1955 en Río de Janeiro, Brasil, según Josep Ignasi Saranyana dominaron

¹ REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, «Periferia», en <https://dle.rae.es/periferia>.

cuatro temas en específico, que son: «la escasez de sacerdotes, la necesidad de mejorar la instrucción religiosa de los fieles; la justicia social en un continente de enormes recursos y el proceso de rápida transformación; y la obligación de atender adecuadamente a la población indígena»². Asimismo, Torres-Londoño afirma que: «No hubo en la primera Conferencia una postura de denuncia, de determinación de responsabilidades y una declaración de opciones sociales. Los pobres no fueron colocados como los principales destinatarios de la acción de la Iglesia y tampoco se les reconoció la condición de sujetos de sus transformaciones»³. El hecho de que los pobres no fueran colocados en el primer lugar de la discusión demuestra que todavía la Iglesia estaba atendiendo la necesidad de vocaciones religiosas. En esa conferencia el término periferia y sus variantes no están presente. Es por esa razón, que haremos nuestro recorrido desde la Conferencia de Medellín (1968), ya que es a partir de esa conferencia donde vemos el concepto y/o sus variantes.

a. Medellín (1968)

En el Documento Conclusivo de la Conferencia Episcopal Latinoamericana y del Caribe celebrada en Medellín, Colombia (1968), no se ha identificado literalmente el concepto de periferia, pero sí hemos visto la mención en una ocasión del concepto periférico en alusión a los pueblos. La mención de este concepto se puede ver en la sección titulada: *La iglesia visible y sus estructuras*, bajo el tema de *Movimientos de Laicos* en el número 15, donde dice:

Reconociendo la creciente interdependencia entre las naciones y el peso de estructuras internacionales de dominación que condicionan en forma decisiva el subdesarrollo de los pueblos periféricos, asuman también los laicos su compromiso cristiano en el nivel de los movimientos y organismos internacionales para promover el progreso de los pueblos más pobres y favorecer la justicia de las naciones⁴.

Este fragmento, donde se trae el concepto sobre el «subdesarrollo de los pueblos periféricos», es expresado en las *Recomendaciones pastorales*, hacia lo que son los movimientos de laicos. Por lo tanto, esto manifiesta que, entendiendo que existe una interdependencia

² J.I. SARANYANA, *Cien años de teología en América Latina (1899-2001)*, CELAM, Bogotá 2005, 69.

³ F. TORRES-LONDOÑO, «Río de Janeiro 1955. Fundación del CELAM», *Anuario de historia de la Iglesia* 5 (1996), 414.

⁴ CELAM, *II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Medellín: Conclusiones*, Ediciones Paulinas, Lima 2005, 101.

entre las naciones, y que las estructuras de poder limitan el subdesarrollo de los pueblos, es necesario que los laicos asuman su compromiso evangelizador, para promover un avance en los pueblos más pobres y abrir caminos hacia la justicia de las naciones.

Cabe señalar que esto se presenta, luego de haberse explicado –bajo el tema del *Criterios teológicos-pastorales*– la función del laicado en la Iglesia a través de la triple misión evangelizadora –decir, la misión sacerdotal, real y profética de Cristo– desde su realidad. Por lo tanto, aquí vemos cómo en Medellín se refleja la necesidad de una Iglesia visible y en movimiento desde el laicado.

b. Puebla (1979)

En el Documento Conclusivo de la Conferencia Episcopal Latinoamericana y del Caribe celebrada en Puebla, México (1979), se muestra el término de periferia en singular, en plural –periferias–, y el término periférico. La primera mención la observamos en la homilía del papa Juan Pablo II del 28 de enero de 1979 titulada *Homilía pronunciada en el Seminario Palafoxiano de Puebla*. Específicamente en el número cuatro indica lo siguiente:

Hijos e hijas muy amados: El Sucesor de Pedro se siente ahora, desde este altar, singularmente cercano a todas las familias de América Latina. Es como si cada hogar se abriera y el Papa pudiese penetrar en cada uno de ellos; casas donde no falta el pan ni el bienestar, pero falta quizá concordia y alegría; casas donde las familias viven más bien modestamente y en la inseguridad del mañana, ayudándose mutuamente a llevar una existencia difícil pero digna; pobres habitaciones en las *periferias* de vuestras ciudades, donde hay mucho sufrimiento escondido, aunque en medio de ellas existe la sencilla alegría de los pobres; humildes chozas de campesinos, de indígenas, de emigrantes, etc. Para cada familia en particular el Papa quisiera poder decir una palabra de aliento y de esperanza. Vosotras, familias que podéis disfrutar del bienestar, no os cerréis dentro de vuestra felicidad; abríos a los otros para repartir lo que os sobre y a otros les falta. Familias oprimidas por la pobreza, no os desaniméis y, sin tener el lujo por ideal ni la riqueza como principio de felicidad, buscad con la ayuda de todos superar los pasos difíciles en la espera de días mejores. Familias visitadas y angustiadas por el dolor físico o moral, probadas por la enfermedad o la miseria, no acrecentéis tales sufrimientos con la amargura o la desesperación, sino sabed amortiguar el dolor con la esperanza. Familias todas de América Latina, estad seguras de que el Papa os conoce y quiere conoceros aún más porque os ama con delicadezas de Padre.

En esta homilía se puede ver que esas periferias concentran el sufrimiento y la necesidad. Además, en la Tercera parte del documento

titulada: *La evangelización en la iglesia de América Latina. Comunión y participación*, bajo el Capítulo I: *Centros de comunión y participación* en el subtema: *La familia, sujeto y objeto de Evangelización, centro evangelizador de comunión y participación*, sección, 1.2. *Situación de la familia en América Latina*, se menciona el concepto –en plural– de periferias cuando se indica que:

Podemos visitar en toda América Latina «casas donde no falta el pan y el bienestar, pero falta quizás concordia y alegría; casas donde las familias viven más bien modestamente y en la inseguridad del mañana, ayudándose mutuamente a llevar una existencia difícil, pero digna; pobres habitaciones en las *periferias* de vuestras ciudades, donde hay mucho sufrimiento escondido aunque en medio de ellas existe la sencilla alegría de los pobres; humildes chozas de campesinos, de indígenas, de emigrantes, etc.» (Juan Pablo II, Homilía en Puebla 4: AAS 71, 186). Concluiremos subrayando que los mismos hechos que acusan la desintegración de la familia, «terminan por poner de manifiesto, de diversos modos, la auténtica índole de esa institución» –(GS 47)– «que no fue abolida ni por la pena del pecado original ni por el castigo del diluvio» (Liturgia del Matrimonio), pero que sigue padeciendo por la dureza del corazón humano (Puebla, n. 581).

Igualmente, en la tercera parte del documento, en el capítulo I, bajo el subtema de: *La familia, sujeto y objeto de Evangelización, centro evangelizador de comunión y participación*, sección número dos, titulada: *Comunidades Eclesiales de Base, Parroquia, Iglesia Particular*, se menciona en el punto 2.1. *Situación*, que:

Se comprueba que las pequeñas comunidades, sobre todo las Comunidades Eclesiales de Base crean mayor interrelación personal, aceptación de la Palabra de Dios, revisión de vida y reflexión sobre la realidad, a la luz del Evangelio; se acentúa el compromiso con la familia, con el trabajo, el barrio y la comunidad local. Señalamos con alegría, como importante hecho eclesial particularmente nuestro y como «esperanza de la Iglesia» (EN 58), la multiplicación de pequeñas comunidades. Esta expresión eclesial se advierte más en la *periferia* de las grandes ciudades y en el campo. Son ambiente propicio para el surgimiento de los nuevos servicios laicales. En ellas se ha difundido mucho la catequesis familiar y la educación de la fe de los adultos, en formas más adecuadas al pueblo sencillo (Puebla, n. 629).

Asimismo, en esta misma sección bajo el punto 2.3 *Líneas pastorales*, se menciona el concepto de periferia al indicar que:

Como pastores, queremos decididamente promover, orientar y acompañar las *Comunidades Eclesiales de Base*, según el espíritu de *Medellín* 164 y los criterios de la *Evangelii Nuntiandi* 58; favorecer el

descubrimiento y la formación gradual de animadores para ellas. Hay que buscar, en especial, cómo las pequeñas comunidades, que se multiplican sobre todo en la *periferia* y las zonas rurales, puedan adecuarse también a la pastoral de las grandes ciudades de nuestro Continente (Puebla, n. 648).

Finalmente, en la tercera parte del documento, *Capítulo III: Medios para la comunión y participación*, en la *sección 4. Educación* bajo el punto 4.2 *Principios y criterios*, se indica que:

La educación evangelizadora asume y completa la noción de educación liberadora porque debe contribuir a la conversión del hombre total, no sólo en su yo profundo e individual, sino también en su yo *periférico* y social, orientándolo radicalmente a la genuina liberación cristiana que abre al hombre a la plena participación en el misterio de Cristo resucitado, es decir, a la comunión filial con el Padre y a la comunión fraterna con todos los hombres, sus hermanos (Puebla, n. 1026).

Como podemos notar, en Puebla este concepto de las periferias comienza a tomar mayor interés desde la realidad de la pobreza y la necesidad que se vive en las grandes urbes. Por lo tanto, vemos una elaboración del concepto más profunda.

c. Santo Domingo (1992)

En el Documento Conclusivo de la Conferencia Episcopal Latinoamericana y del Caribe celebrada en Santo Domingo, República Dominicana (1992), se utiliza el concepto de periferias en plural, en dos ocasiones. La primera es en el capítulo titulado, *La nueva evangelización*, bajo el tema 1.3. *En la unidad del Espíritu y con diversidad de ministerios y carismas*, sección 1.3.6. *Los adolescentes y jóvenes*. En esta parte del documento se propone una acción pastoral que responda a la realidad que viven los adolescentes y jóvenes. Sobre esto se menciona lo siguiente:

Esta pastoral debe tener en cuenta y fortalecer todos los procesos orgánicos válidos y largamente analizados por la Iglesia desde Puebla hasta ahora. Cuidará muy especialmente de dar relevancia a la pastoral juvenil de medios específicos donde viven y actúan los adolescentes y los jóvenes: campesinos, indígenas, afroamericanos, trabajadores, estudiantes, pobladores de *periferias* urbanas, marginados, militares y jóvenes en situaciones críticas (Santo Domingo, n. 119).

Como podemos constatar, el uso del concepto de las periferias en esta sección se refiere al acercamiento a los sectores alejados de la zona urbana. Queriendo mostrar así que la pastoral juvenil debe responder a la realidad y vivencia de cada lugar y, especial-

mente, debe responder a esas periferias urbanas donde se encuentran jóvenes marginados que viven en situaciones críticas.

Por otro lado, la segunda mención que se hace de las periferias el Documento Conclusivo de Santo Domingo, es en el capítulo titulado *La cultura cristiana* bajo el tema 3.3 *Nueva cultura* en la sección 3.3.2 *La ciudad*, donde se expresan los desafíos pastorales. En este se indica lo siguiente:

Efectivamente, en la ciudad se encuentran los grandes centros generadores de la ciencia y tecnología moderna. Sin embargo, nuestras metrópolis latinoamericanas tienen también como característica actual *periferias* de pobreza y miseria, que casi siempre constituyen la mayoría de la población, fruto de modelos económicos explotadores y excluyentes. El mismo campo se urbaniza por la multiplicación de las comunicaciones y transportes (Santo Domingo, n. 255).

Ahora vemos cómo el concepto de la periferia no solo se ve desde la perspectiva juvenil, sino que también en el carácter general hacia la preocupación respecto a la pobreza y la miseria en la que se vive en muchos sectores donde, pese a los avances tecnológicos, no se ha superado la pobreza. Es importante tener estas dos miradas en las que se detiene el documento conclusivo de Santo Domingo, ya que conforman este primer acercamiento hacia el concepto de la periferia. Teniendo esto en consideración, veamos el siguiente documento para ver cómo nos puede iluminar en torno al concepto de la periferia.

d. Aparecida (2007)

En el Documento Conclusivo de la Conferencia Episcopal Latinoamericana y del Caribe celebrada en Aparecida, Brasil (2007), se habla de la periferia en singular en una ocasión en el *Capítulo 2: Mirada de los discípulos misioneros sobre la realidad*, sección 2.1.1 *Situación económica*. En el mismo se expresa que:

Nos duele, en fin, la situación inhumana en que vive la gran mayoría de los presos, que también necesitan de nuestra presencia solidaria y de nuestra ayuda fraterna. Una globalización sin solidaridad afecta negativamente a los sectores más pobres. Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y opresión, sino de algo nuevo: la exclusión social. Con ella queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está abajo, en la *periferia* o sin poder, sino que se está afuera.

Los excluidos no son solamente “explotados” sino “sobrantes” y “desechables”⁵.

Evidentemente, desde la perspectiva económica existe una exclusión social en la que los pobres son desventajados, explotados y desechables, en una sociedad en la que ha dominado precisamente la cultura del descarte. Por otro lado, el concepto de periferias en plural se presenta en el documento de Aparecida en seis ocasiones. Por ejemplo, en la sección 8.6 titulada, *Rostros que nos duelen* en el subtema 8.6.3 *Enfermos* (n. 417), donde indica que: «La Iglesia ha hecho una opción por la vida. Esta nos proyecta necesariamente hacia las *periferias* más hondas de la existencia: el nacer y el morir, el niño y el anciano, el sano y el enfermo». Como podemos notar aquí, las periferias más hondas son las edades más vulnerables, desde los más pequeños hasta los más ancianos.

Asimismo, en el capítulo 10: *Nuestros pueblos y la cultura*, específicamente en la sección 10.6 *Pastoral urbana*, (letra j. y k del n. 517), se mencionan las necesidades que arropan a las periferias urbanas. Según el texto:

j) Brinde atención especial al mundo del sufrimiento urbano, es decir, que cuide de los caídos a lo largo del camino y a los que se encuentran en los hospitales, encarcelados, excluidos, adictos a las drogas, habitantes de las nuevas *periferias*, en las nuevas urbanizaciones, y a las familias que, desintegradas, conviven de hecho.

k) Procure la presencia de la Iglesia, por medio de nuevas parroquias y capillas, comunidades cristianas y centros de pastoral, en las nuevas concentraciones humanas que crecen aceleradamente en las *periferias* urbanas de las grandes ciudades por efectos de migraciones internas y situaciones de exclusión.

Igualmente, en esa misma sección, en el n. 518 se manifiesta la necesidad de que la evangelización llegue a las periferias mediante la colaboración de los agentes de pastoral. Es así como se establece que: «Para que los habitantes de los centros urbanos y sus *periferias*, creyentes o no creyentes puedan encontrar en Cristo la plenitud de vida, sentimos la urgencia de que los agentes de pastoral en cuanto discípulos y misioneros se esfuercen en desarrollar [...]» una pastoral adecuada a su realidad

Por otro lado, vemos el término de periferias urbanas en el Documento de Aparecida en unas expresiones del papa Benedicto XVI en la Conclusión del documento (n. 550) en el que indica:

En este esfuerzo evangelizador –prosigue el Santo Padre–, la comunidad eclesial se destaca por las iniciativas pastorales, al enviar,

⁵ CELAM, *Documento Conclusivo: V Conferencia general del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Aparecida, Brasil*, CELAM, Bogotá 2007, n. 65.

sobre todo entre las casas de las *periferias urbanas* y del interior, sus misioneros, laicos o religiosos, buscando dialogar con todos en espíritu de comprensión y de delicada caridad.

Esa misión evangelizadora abraza con el amor de Dios a todos y especialmente a los pobres y los que sufren. Por eso, no puede separarse de la solidaridad con los necesitados y de su promoción humana integral:

Pero si las personas encontradas están en una situación de pobreza –nos dice aún el Papa–, es necesario ayudarlas, como hacían las primeras comunidades cristianas, practicando la solidaridad, para que se sientan amadas de verdad. El pueblo pobre de las *periferias urbanas* o del campo necesita sentir la proximidad de la Iglesia, sea en el socorro de sus necesidades más urgentes, como también en la defensa de sus derechos y en la promoción común de una sociedad fundamentada en la justicia y en la paz. Los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio y un Obispo, modelado según la imagen del Buen Pastor, debe estar particularmente atento en ofrecer el divino bálsamo de la fe, sin descuidar el ‘pan material’.

En estas expresiones podemos entender que en las periferias urbanas se encuentra la pobreza y este espacio constituye un lugar muy importante para la evangelización. De hecho, el texto menciona que la urgencia de llegar a esas periferias urbanas y a los campos se debe a la necesidad de defender los derechos de aquellos menos favorecidos. Es así como vemos que el carácter de urgencia nos conduce a la práctica de la justicia social. Según Carlos Galli: «Aparecida es un jalón en el camino pastoral recorrido por las conferencias episcopales latinoamericanas. Las reuniones de Río de Janeiro (1955), Medellín (1968), Puebla (1979) y Santo Domingo (1992) fueron acontecimientos que fijaron líneas comunes de un estilo eclesial y una praxis pastoral a escala subcontinental»⁶.

4. Conclusiones generales

Como hemos visto, el uso del concepto de la periferia tanto en singular como en plural nos remite a que en nuestra sociedad existe la pobreza y/o un sector menos favorecido. Este grupo no tiene una edad particular porque es muy diverso y sus condiciones de vida les ha sumergido en esa realidad sufriente. La Iglesia, como voz profética que anuncia y denuncia, tiene un rol muy importante hacia la vivencia de la justicia social.

Sin duda alguna, este concepto ha estado muy presente a lo largo de las pasadas Conferencias Generales del Episcopado

⁶ C.M. GALLI, *Dios vive en la ciudad: Hacia una nueva pastoral urbana a la luz de Aparecida y del proyecto misionero de Francisco*, Ágape Libros, Buenos Aires 2014, 25.

Latinoamericano –es decir, desde el 1968– por lo que no es un concepto nuevo. Sin embargo, cuando se dio la elección del Sumo Pontífice Francisco este concepto tomó un mayor interés. De hecho, el papa Francisco, desde su primera Audiencia en el Vaticano, el 27 de marzo de 2013, se expresó indicando que:

[...] vivir la Semana Santa siguiendo a Jesús quiere decir aprender a salir de nosotros mismos –como dije el domingo pasado– para ir al encuentro de los demás, para ir hacia las *periferias de la existencia*, movernos nosotros en primer lugar hacia nuestros hermanos y nuestras hermanas, sobre todo aquellos más lejanos, aquellos que son olvidados, que tienen más necesidad de comprensión, de consolación, de ayuda. ¡Hay tanta necesidad de llevar la presencia viva de Jesús misericordioso y rico de amor!⁷

Evidentemente, el papa Francisco continúa la elaboración del concepto de la periferia demostrando así que esto es una invitación a detenernos, acercarnos y escuchar la necesidad del prójimo, prestar atención a esa situación. «La salida de sí mismo es una de las ideas-fuerza del magisterio del papa Francisco. En muchos de sus discursos, locuciones, audiencias y mensajes, reflexiona sobre el imperativo de salir de uno mismo para abrirse al otro y ser significativo en las periferias de la existencia»⁸.

Actualmente, el concepto de la periferia ha adquirido un mayor interés en la Iglesia de Latinoamérica y el Caribe extendiendo una mirada hacia la necesidad de una Iglesia en salida como bien ha propuesto el Sínodo. Cabe señalar que la Conferencia Episcopal de Latinoamérica y el Caribe ha publicado en octubre del 2022 el documento titulado, *Hacia una Iglesia sinodal en salida a las periferias: Reflexiones y propuestas a partir de la Primera Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe*. Este documento constituye el aporte de la Asamblea Eclesial. Por lo que en ese documento se presentan los valores, logros y límites de esa Asamblea. Entendemos que es muy importante tener en consideración el caminar histórico de la Iglesia y la elaboración del concepto de las periferias que viene a ser entendido desde el llamado a la justicia social y al encuentro con el otro. Coincidimos con José María Silva cuando dice: «El encuentro entre personas, colectivos, pueblos, iglesias, solo es posible si los potenciales interlocutores implicados salen de sí mismos, exteriorizan lo que son, dan a conocer su modo de ser y lo

⁷ PAPA FRANCISCO, *Audiencia general*, Plaza de San Pedro, miércoles 27 de marzo de 2013. Recuperado de: http://www.vatican.va/content/francesco/es/audiencias/2013/documents/papa-francesco_20130327_udienza-generale.html

⁸ J.M. DA SILVA, *Papa Francisco: perspectivas y expectativas de un papado*, Herder, Barcelona 2015, 127.

revelan a través de la acción. Si uno se limita únicamente a ejercer el papel de espectador, no hay posible encuentro»⁹.

Asimismo, entendemos que es importante dentro de esta observancia de las periferias estudiar la obra de Carlos María Galli titulada *Dios vive en la ciudad: Hacia una nueva pastoral urbana a la luz de Aparecida y del proyecto misionero de Francisco*, debido a que en esta obra su autor incluye un capítulo en el que menciona las periferias. Nos referimos al *Capítulo 11: Salir al encuentro de las periferias*, en el cual Galli establece que:

Las misiones barriales específicas buscan llegar a las periferias existenciales y se cruzan con pastorales sectoriales. Pueden abarcar diversos mundos: la educación (escuelas, colegios, centros, institutos, universidades, bibliotecas, cursos); el trabajo (kioscos, bares, restaurantes, negocios, oficinas, talleres, fábricas); la enfermedad (hogares, sanatorios, geriátricos, salitas, hospitales, consultorios, clubes de mayores); la muerte (velatorios, cementerios, cinerarios); el deporte (clubes, gimnasios, estadios); la distracción (plazas, salones, teatros, parques, ferias); la comunicación (radios, televisión, cables, videos, diarios, revistas, historietas, boletines, Internet, redes)¹⁰.

Evidentemente, es necesario ese encuentro con las periferias existenciales porque de ahí podemos llegar a muchas instancias, a las que antes la Iglesia no podía llegar. Igualmente, el laicado tiene un rol muy importante en la sociedad y, por consiguiente, en la Iglesia.

⁹ J.M. DA SILVA, *Papa Francisco: perspectivas y expectativas de un papado*, 129.

¹⁰ C.M. GALLI, *Dios vive en la ciudad: Hacia una nueva pastoral urbana a la luz de Aparecida y del proyecto misionero de Francisco*, 266.

Recensiones – Reseñas

A Catholic Christian Meta-Model of the Person: Integration with Psychology & Mental Health Practice, by Paul C. Vitz, William J. Nordling and Craig Steven Titus, Divine Mercy University Press, Sterling 2020, 713 pp.¹

El libro *A Catholic Christian Meta-Model of the Person: Integration with Psychology & Mental Health Practice*, es tan multifacético como su título expresa. Tal vez el lector se acerca a él con un poco de inquietud. Pero abrir este libro es encontrar un raro ejemplo del más difícil de los ejercicios académicos: la colaboración entre distintas disciplinas con el objetivo de llegar a una nueva síntesis de las intuiciones compartidas. Lo raro de este esfuerzo es que resulta exitoso. *Un meta-modelo cristiano católico* es un logro monumental, que refleja lo mejor que la comunidad académica puede ofrecer.

Este volumen es el fruto de más de dos décadas de esfuerzo constante y continuo por parte de un impresionante grupo de académicos y psicólogos profesionales, cuyo propósito es forjar una síntesis significativa entre tres distintas «tradiciones de sabiduría» que

durante siglos han tratado de llegar a una comprensión completa de la persona humana: la psicología, la tradición filosófica occidental y la tradición teológica judeocristiana. La intención declarada de los autores es presentar «un marco sintético, sistemático y realista para comprender a la persona», que proporcione una explicación totalmente integrada de la persona humana, así como el andamiaje para prácticas terapéuticas y de salud mental efectivas. Su trabajo ilumina el hecho evidente de que ninguna de estas disciplinas, trabajando independientemente de las demás, puede conquistar un objetivo tan codiciado. Pero también revela la necesidad de una visión, un principio de integración, que trascienda cada una de ellas. Y en este caso, ese principio integrador es proporcionado por una visión específicamente católica de la persona, basada en la Escritura, la Tradición y el Magisterio.

En un capítulo introductorio, los autores exponen las premisas del «meta-modelo cristiano católico», dejando claro que su relato está basado firmemente en la convicción de que «la persona humana es creada a imagen de

¹ La presente recensión fue publicada originalmente en *New Oxford Review* (June 2023) con el título *A Systematic Framework for Understanding the Human Person*. Aquí se reproduce su traducción en castellano con permiso de los editores. Copyright © 2023 New Oxford Review, 1069 Kains Ave., Berkeley CA 94706, USA, www.newoxfordreview.org. La traducción corre a cargo de Jesús Villagrasa, L.C. Hay traducción española de esta obra: *Un Meta-Modelo Cristiano Católico de la persona. Integración con la psicología y la práctica de la salud mental*, Editorial Universidad Francisco de Vitoria, Madrid 2021.

Dios, y hecha por y para el amor divino y humano». Como era de esperar, esto resulta ser fundamental para todo su análisis.

Porque una vez que se acoge la proposición de que la persona humana está literalmente hecha para el amor y es el reflejo de un Dios que es, en su esencia, relacional, caen las cadenas de los supuestos materialistas que han limitado nuestra comprensión de la persona durante siglos. Y el camino queda despejado para un tratamiento sistemático de toda la gama de posibilidades humanas.

Los autores proceden a explicar las premisas presentes y operantes en el volumen; tienen claro que todas las disciplinas incluidas en su análisis –psicología, filosofía y teología– son «fuentes de verdad» acerca de la persona, y que cada una hace contribuciones “complementarias” en la búsqueda de una «comprensión realista de la persona». Aquí encontramos el segundo factor que contribuye al éxito de esta síntesis: el compromiso con un marco “realista”. Este término es una señal para el lector de que el método propuesto también se basará en una investigación de verdades accesibles a la razón humana. La visión teológica puede proporcionar el punto de partida, y servir como la lente principal a través de la cual procede el análisis, pero el tratamiento sistemático de la persona ya iniciado incluirá los datos de la ciencia y los descubrimientos de la filosofía.

Fiel a su palabra, después de introducir los elementos básicos de este marco tripartito, el texto de la segunda parte se centra en las implicaciones del meta-modelo para la psicología y el apoyo que proporciona para la vali-

dez del modelo. La tercera parte es un sólido tratamiento filosófico de varias dimensiones de la persona humana, desde la totalidad que emerge de la unión del cuerpo y el alma, instanciada tanto en el hombre como en la mujer, hasta el significado de la vocación y la búsqueda de la virtud, hasta las capacidades exclusivamente humanas para el ejercicio de la razón y la libertad. Aunque la perspectiva aquí es claramente católica, el análisis revela la innegable contribución hecha por la tradición a la comprensión sustantiva de la persona humana que ha sostenido a la civilización occidental durante siglos. La cuarta parte completa el cuadro con una exploración teológica de la persona creada, caída y ahora redimida. El resultado de esta investigación es una síntesis profunda de siglos de pensamiento que, en la parte final del libro, proporciona al psicólogo profesional un modelo terapéutico de enorme importancia para el futuro de la psicología y para quienes se dedican a la práctica clínica.

Como cuestión práctica, sería un eufemismo señalar que la salud mental se ha convertido en un asunto de preocupación mundial. Cualquier persona preocupada por el futuro de la humanidad y el de la civilización occidental –y quien comprenda que es la persona humana misma la que está en riesgo– reconocerá esta contribución como un salvavidas lanzado a un hombre que se está ahogando.

Y esto nos lleva a una segunda contribución más oculta que se encuentra en este volumen: el logro histórico que representa. Aquí los autores recuperan siglos de terreno perdido y recuperan el territorio tomado como rehén por el

relato trágicamente defectuoso y reduccionista de la persona que proporcionó la base filosófica para la psicología desde sus orígenes. De hecho, es posible rastrear el pésimo estado de salud mental, particularmente en los países occidentales, al menos en parte, a la arquitectura intelectual que ha servido como su marco desde la segunda mitad del siglo XVII.

No se puede pasar por alto que los filósofos del llamado período de la Ilustración proporcionaron la base filosófica para la psicología moderna. Estaría mucho más allá de nuestros propósitos proporcionar aquí una revisión exhaustiva de los pensadores prominentes de la época. Solo hay dos hechos históricos de especial interés para nosotros aquí. El primero es la promulgación por el Papa León XIII de su histórica encíclica *Aeterni Patris*, sobre la restauración de la filosofía cristiana, en 1879. El segundo es la inauguración formal de la psicología ese mismo año: la fundación por parte de Wilhelm Wundt del primer laboratorio dedicado a la investigación psicológica en Leipzig, Alemania.

La convergencia del nacimiento de la psicología con los propósitos del Papa León en *Aeterni Patris* es sin duda ya clara para el lector. El medio intelectual en el que nació la psicología se caracterizó por una inmersión casi completa en las “innovaciones” propuestas en los escritos filosóficos de René Descartes, David Hume e Immanuel Kant.

La psicología estaba y ha estado profundamente informada, si no siempre conscientemente, por los supuestos materialistas que se abrieron paso a través de todo el edificio filosófico

construido por los modernistas. Tales fundamentos solo podrían conducir al relato confuso de la persona que nos atormenta en los tiempos contemporáneos. Cuando se considera a la luz del dicho de Auguste Comte que «la única manera de destruir algo es reemplazarlo», el terreno de repente se vuelve claro.

La encíclica del Papa León debe ser vista como el siguiente paso en una batalla que la Iglesia ya había emprendido formalmente con la promulgación del *Syllabus* de errores del Papa Pío IX solo 15 años antes. Mientras Pío IX expuso los errores de los modernistas, León XIII propuso una solución. Llamó a los filósofos de su tiempo a recuperar el verdadero propósito de la filosofía, para servir como una cobertura protectora alrededor de las verdades de la fe, y para reconciliar el conflicto imaginario entre la fe y la razón, la teología y la ciencia. Imploró que se detuviera la embestida de la “falsa sabiduría” y que se volviera al pensamiento de santo Tomás de Aquino.

El renacimiento neotomista que siguió a la gran encíclica del Papa León fue una respuesta a este llamado a las armas. Las disputas sobre lo que realmente quiso decir Tomás de Aquino están bien documentadas y persisten hasta el día de hoy. Pero las instrucciones del Papa León eran claras: seguir el ejemplo de Tomás de Aquino, no solo en sus conclusiones, sino en su método. Busca la sabiduría y recíbela con gratitud dondequiera que la encuentres, luego corrígela, reordénala y sintetízala «para el beneficio de todas las ciencias». León XIII imaginó un tomismo que estuviera abierto a toda la realidad y al compromiso con todas las

disciplinas. Algunos de los que asumieron esta misión volvieron el proyecto tomista a la ciencia de la psicología.

En su estudio histórico *Catholics in Psychology: A Historical Survey* (1954), el P. Henryk Misiak se refiere al cardenal Désiré-Joseph Mercier como el preeminente «pionero católico de la psicología científica». Y con razón. El cardenal Mercier, un prominente tomista, es el autor de *Los orígenes de la psicología contemporánea* (1918). Este texto clásico proporciona una crítica exhaustiva y precisa de la influencia que los filósofos modernos tuvieron en el desarrollo de la psicología.

El cardenal Mercier argumenta que el «primer beneficio» que el neotomismo debe «conferir a la filosofía moderna» es una crítica más profunda y sustancial. Pero su segundo beneficio seguramente será «una aplicación más cercana a la observación científica y los métodos en psicología». Sobre todo, declara el cardenal, es importante que los neotomistas ocupen una posición más prominente en la intersección entre la “psicología” propuesta por Tomás de Aquino y la investigación científica que acaba de comenzar.

Desafortunadamente, no todos estaban convencidos de que el campo de la psicología tuviera algo que recomendar al proyecto del renacimiento tomista. «No negamos los beneficios de la ciencia», dijeron los colegas del cardenal Mercier, «solo que no percibimos la razón de ser de la psicofisiología en filosofía». Y así, la historia muestra que los científicos, al no encontrar oposición de los filósofos y al no encontrar nada que mereciera su atención en la

disciplina filosófica, simplemente siguieron adelante.

La relevancia teórica de *Un meta-modelo cristiano católico de la persona* es que va a la raíz de esta situación. Los autores resitúan radicalmente a la persona en su propio contexto como una criatura compuesta que es una profunda unión de cuerpo y alma, y cuyas facultades superan y trascienden los límites del mundo material. Pero la relevancia histórica de este volumen es que finalmente logra lo que el cardenal Mercier imaginó. En lugar de una interpretación estrecha de la tradición aristotélico-tomista, ofrece una síntesis completa de siglos de sabiduría acerca del significado de la persona humana y de su encuentro con el mundo, así como un análisis profundo de la relevancia terapéutica de esta visión de la persona para la tarea de curar a la humanidad.

Si se reconoce adecuadamente, *Un meta-modelo cristiano católico* tiene el potencial de abordar la crisis de salud más importante de nuestros días. Es de esperar que la contribución que representa se abra paso en el sentido común de la cultura. Nuestro futuro está en juego.

Deborah Savage²

LEOLUCA PASQUA, *Vincere la pigrizia. Per vivere e non sopravvivere*, Paoline, Milano 2022, 109 pp.

Puede parecer un tema secundario, pero la pereza, que también es posible encuadrar en relación con el concepto

² Deborah Savage es profesora de teología en la Universidad Franciscana de Steubenville.

de acedia, resulta un obstáculo serio para la propia vida personal y para el camino cristiano que cada uno está llamado a seguir.

Leoluca Pasqua, sacerdote de Palermo, autor de diversas publicaciones, ofrece a través de esta obra un análisis sobre la pereza, sus causas, sus remedios, en un fecundo diálogo con diversos maestros del espíritu. La materia está organizada en 8 secciones o capítulos, que se leen con gusto y agilidad.

Inicialmente se define qué es la pereza (capítulo 1), identificada con la acedia en una larga tradición que ya se encuentra en los Padres de los primeros siglos. Luego se la describe en algunos de sus ámbitos, sobre todo en los efectos negativos que produce en las diferentes relaciones de cada uno con los demás, con el ambiente, incluso consigo mismo (capítulo 2). Resulta, por ello, importante desentrañar las causas de la pereza, como el miedo, y señalar que también surge como resultado de elecciones que conllevan una pérdida del entusiasmo (capítulo 3).

A continuación, Pasqua se concentra en el tema de la pereza espiritual o acedia, que resulta «uno de los mayores obstáculos en el camino de la fe» (p. 37), a partir de lo que enseñan la Escritura (capítulo 4) y, de modo más concreto, los padres espirituales (capítulo 5). En este momento ocupa un espacio especial, merecido, Evagrio Póntico (autor del siglo IV), que marcó buena parte de la reflexión cristiana sobre la acedia, representada como el famoso «demonio meridiano». El Autor hace una bella síntesis de lo explicado sobre el tema por san Juan Clímaco, san Francisco de Asís, santo

Tomás de Aquino, santa Teresa de Jesús, entre otros, hasta llegar a nuestros días con algunas intervenciones del Papa Francisco.

Si la pereza (o acedia) resulta un mal tan grave, hace falta encontrar remedios para superarla (capítulo 6). En concreto, tenemos dos grandes remedios: la Palabra de Dios, y los sacramentos. Luego, los capítulos 7 y 8 presentan argumentos relacionados: el tema de la omisión (un pecado que merece una seria atención), y el tema de la esperanza, sobre el que contamos con la importante encíclica *Spe salvi* del Papa Benedicto XVI, oportunamente citada en esta parte del volumen.

Al final se cita la bibliografía usada. En resumen, se trata de una obra que se lee de modo agradable, no solo porque recoge una buena selección de textos y reflexiones sobre el tema, sino porque el Autor invita con respeto y afecto a los lectores a emprender caminos de sanación ante un mal, la pereza, que ha de ser curado para así alcanzar una vida humana y cristiana en la que brillen «el gusto y el gozo de la vida» (p. 10, introducción).

Fernando Pascual, L.C.

MARÍA JOSÉ CHÁVEZ – VERÓNICA FERNÁNDEZ (a cura di), *Liberi per amare. È possibile vivere i consigli evangelici nel mondo?*, Ateneo Pontificio Regina Apostolorum – IF Press, Roma 2022, 287 pp.

La vida consagrada tiene una larga historia en la Iglesia, y conserva una vitalidad que merece ser comprendida adecuadamente. Desde esta convicción, y como fruto de una jornada de estudio

organizada por el Instituto Superior de Ciencias Religiosas del Ateneo Pontificio *Regina Apostolorum* (Roma, 14 de noviembre de 2020), nace este volumen, como explica Marcelo Bravo en la introducción (pp. 7-8).

El conjunto está dividido en tres secciones. La primera recoge cuatro estudios de tipo fundativo. El primero, de Juan José Pérez-Soba, se centra en la vocación al amor como base de cualquier estado de vida, sea matrimonial, sea de consagración. Siguen dos reflexiones, una sobre el sentido antropológico de los consejos evangélicos en el mundo (Paolo Martinelli), y otra sobre cómo considerar los consejos evangélicos desde la perspectiva psicológica (Martíño Rodríguez-González). Cierra esta sección el texto de María José Chávez que analiza cómo alcanzar la unidad de vida en el amor, algo especialmente urgente en un mundo tan fragmentario y confuso como el nuestro, donde acechan peligros como la acedia (acerca de la cual Chávez recoge análisis y diagnósticos importantes).

Con la segunda sección encontramos nueve estudios englobados bajo el título «Estudios particulares». En el primero se presentan diversas preguntas sobre los consejos evangélicos en la vida de los así llamados laicos consagrados (Maurizio Bevilacqua). El segundo se centra en aspectos canónicos de los consejos evangélicos cuando se acogen en la vida familiar, con especial atención al respeto que merece lo específico de la familia y sus necesidades (Luis Navarro).

El tercero relaciona la castidad con la belleza cuando una existencia ha sido transfigurada por el amor (Teresa Cid). El cuarto, que conecta con lo

ya dicho en la parte fundativa por Rodríguez-González, expone algunas maneras en las que el afecto se entrecruza con los consejos evangélicos, con la mirada puesta en la estructura psicológica del ser humano, que solo resulta comprensible si se reconoce su dimensión espiritual (Raúl Sacristán).

En el quinto, Emilio Martínez Albesa encuadra la tarea del «dirigente» (o superior) en la perspectiva de la paternidad divina. En cierto sentido, el siguiente estudio (el sexto, de Verónica Fernández) aborda una temática parecida, al ofrecer diversas consideraciones sobre cómo el ejercicio de la autoridad puede llevar a las personas al crecimiento y maduración del amor. Vivida correctamente, la obediencia (como la castidad y la pobreza) evita los peligros de la manipulación emocional (especialmente en la vida consagrada femenina), peligros que analiza Rosa Estela Zapién Trueba, exponiendo algunos casos realmente trágicos (séptimo estudio). Ana Margarita Shironoshita Shirazawa recoge, en el octavo estudio, una serie de preguntas relativas a la condición del consagrado, especialmente en el voto de pobreza, y su diálogo con el mundo. En cierto sentido, el último estudio sigue en parte el anterior, al poner en relación consejos evangélicos y trabajo en el mundo (Radek T. Biernacki).

La sección tercera lleva como título «Testimonios», y recoge cinco contribuciones. La primera (Carmen Fernández Rodríguez) sintetiza una serie de documentos de la Iglesia sobre los laicos, para luego reflexionar sobre la experiencia del *Regnum Christi* en el modo de acoger los consejos evangélicos por parte de los laicos. En cierto sentido,

el mismo argumento es ofrecido por Raffaella Pinassi Cardinali (segunda contribución), pero esta vez referido a los matrimonios del movimiento de los focolares. Por su parte, Maria Cristiana Maraviglia, de Memores Domini, se centra en los modos de vivir la pobreza, con ejemplos muy concretos de su familia espiritual (tercera contribución). También se fija en la pobreza la siguiente contribución, de África Pemán Pérez-Serrano, considerándola a la luz de la doctrina social de la Iglesia respecto a la consagración laical. El volumen se cierra con un texto de José J. Hernández Palomo (que falleció en 2022, cuando el volumen estaba por ser publicado), donde se expone la renovación del bautismo como una vía que conduce hacia la santidad, lo cual queda ilustrado en la experiencia concreta del Camino Neocatecumenal.

Una nota a destacar en varios de los textos recogidos en el volumen (algunos en italiano, otros en español), sobre todo en las secciones primera y segunda, consiste en las referencias y alusiones mutuas que se hacen entre esos textos. Ello es señal de dos puntos que seguramente han sido experimentados durante la jornada de estudio que dio origen a esta obra: la escucha mutua y la colaboración, algo que vale la pena promover continuamente en los trabajos colectivos, sobre todo si surgen en el seno de la Iglesia católica, que es comunión y unidad desde la experiencia del Amor que recibimos de Dios.

Fernando Pascual, L.C.

MICHAEL J. SANDEL, *Contro la perfezione. L'etica nell'età dell'ingegneria genetica* (nuova edizione), prefazione di Carlo Casalone, traduzione di Stefano Gali di *The Case against Perfection. Ethics in the Age of Genetic Engineering*, Vita e Pensiero, Milano 2022, 122 pp.

Gracias al prefacio de Carlo Casalone, sacerdote jesuita, podemos tener una visión de conjunto de este volumen, al mismo tiempo que contamos con algunas reflexiones críticas sobre la obra. Su objetivo central consiste en comprender mejor el reto de las biotecnologías, con los riesgos que se esconden cuando aparecen nuevos caminos orientados a buscar un perfeccionamiento humano desde la ingeniería genética, como ilustra una noticia, comentada como pórtico a esta nueva edición, sobre el nacimiento de dos gemelas genéticamente modificadas (pp. 7-13).

Aunque el volumen se presenta como una «nueva edición», en realidad no se ven grandes cambios respecto de la edición precedente (en italiano, de 2008), menos el prefacio anteriormente mencionado.

El Autor, Michael Sandel, es un famoso filósofo político, experto en ética, que enseña en la Universidad de Harvard. En la sección de “Agradecimientos” explica cómo entró a formar parte del Comité presidencial de bioética (en los Estados Unidos), y el origen de los textos que luego ha agrupado en este volumen. El material está estructurado en cinco capítulos o secciones, centradas fundamentalmente en los retos de las biotecnologías, aunque en diversos momentos se abordan otras temáticas (por ejemplo, res-

pecto del ámbito educativo); al final, se ofrece un apéndice sobre el uso de embriones para la experimentación.

En el capítulo primero se presentan casos y posibilidades de intervenciones biotecnológicas que permitirían que un hijo nazca con ciertas características, o sin ciertas enfermedades, o con mejoras de diverso tipo, o según el sexo deseado por los padres, o idéntico a un adulto (a través de la clonación, cuando tal posibilidad sea viable). A la luz de las diversas posibilidades, se formulan preguntas, orientadas, sobre todo, a entrever con qué sentido y con qué motivaciones algunas (o muchas) de esas prácticas suscitan reacciones negativas.

También el capítulo segundo presenta casos, esta vez centrados en el mundo del deporte o de otras actividades como el arte, en las que resulta clave el talento de quienes participan. En esas actividades es difícil establecer si una mejora técnica, una medicina, una dieta y otras opciones, sean ayuda a mejorar la prestación o sean modos desleales de competir con “atajos” que deberían ser prohibidos (por ejemplo, los esteroides). Con el capítulo tercero se entra en un mundo complejo: el de los padres de familia que buscan ayudar a sus hijos a un mejor rendimiento y capacitación, sea con cursos especiales, sea también con estímulos más intensos, e incluso a través de medicinas como el Ritalin.

El movimiento a favor de la eugenesia, desde F. Galton en adelante, ocupa la atención del capítulo cuarto. En el mismo se presenta la primera ola a favor de promover una mejora en la especie humana a partir de matrimonios bien orientados, y en esa ola aparecen nombres como John D. Rockefeller Jr.

y Margaret Sanger (gran promotora del control de la natalidad). A inicios del siglo XX fueron incluso aprobadas leyes (como la de Indiana en 1927), orientadas a imponer la esterilización a ciertos grupos de personas (pp. 73-74). Tras exponer las reacciones negativas a proyectos eugenésicos impuestos por el Estado, Sandel expone las perplejidades de otros proyectos en nuestros días basados en la idea liberal de que cada uno puede ofrecer sus gametos y los compradores pueden escoger aquellos que tengan ciertas características (de altura, de color de piel, etc.). Tras analizar algunos argumentos favorables a un eugenismo “liberal” (es decir, libremente decidido), como los defendidos por Dworkin, Nozick y Rawls, el Autor presenta diversas críticas de Habermas contra esta propuesta (pp. 84-87).

Tales críticas permiten el paso al capítulo quinto, que se coloca entre dos palabras clave: posesión y don. Sandel se coloca claramente en contra de la búsqueda de una mejora o perfeccionamiento que implique alterar las relaciones humanas y pasar de la lógica del don y la solidaridad a la lógica de la posesión y del “deber” de entrar en el camino de la competición por conseguir mejoras (genéticas, farmacológicas, etc.). Este capítulo se convierte, por lo tanto, en una defensa del respeto a lo dado, a la naturaleza, al don, frente al riesgo de un deseo prometeico de controlarnos hasta límites insospechados y llenos de insidias.

De modo sorprendente, pero con una cierta lógica, en el apéndice el Autor se muestra favorable al uso de embriones para obtener líneas de células madre que puedan ofrecer terapias para ciertas enfermedades. Tras ana-

lizar algunos argumentos de quienes se oponen al uso (y destrucción) de embriones humanos para investigaciones sobre células madre, Sandel critica la tesis de que el embrión sea ya una persona por considerarla infundada y errónea (pp. 112-116), y se muestra favorable al uso de embriones humanos “sobrantes” para ese tipo de investigaciones que serían de ayuda para curar algunas enfermedades (p. 122).

Este apéndice, desde luego, no es indivisible y merece una crítica amplia que un espacio como este no lo permite. Basta con recordar que la dignidad de un embrión humano surge desde una visión antropológica que reconozca simplemente su humanidad, y que esté abierta a mostrar la relación intrínseca que todo ser humano tiene con Dios, como origen y fin de cada uno de nosotros.

Fernando Pascual, L.C.

STEFANO FONTANA (a cura di), *Manuale per una buona Educazione civica. Orientamenti per insegnanti e genitori*, Edizioni Fede & Cultura, Verona 2022, 191 pp.

Este volumen, que surge en buena parte como respuesta a nuevas propuestas de educación cívica en Italia, ofrece ideas generales y consejos prácticos para promover en la escuela una buena educación cívica, la cual estaría orientada a evitar ciertos peligros ideológicos que surgen cuando se olvida a Dios y a la religión verdadera en la vida social.

En esta publicación colaboraron 8 autores, entre los que se encuentra el mismo coordinador, Stefano Fontana,

que durante años dirige la parte editorial del Observatorio internacional Cardenal Van Thuan.

Tras la introducción de Fontana, encontramos 10 capítulos o secciones. En la primera sección (también de Fontana) se subraya el peligro de presentar la constitución de forma ideológica, es decir, sin límites que permitan juzgarla y encuadrarla en un orden superior (Dios y la ley natural, por ejemplo), al pensar que se fundaría sobre sí misma (pp. 19-26, al presentar esta tesis como constitucionalismo). Analiza también algunas características de la constitución italiana (aprobada en 1947), que deja a un lado cualquier alusión a la religión verdadera, y que opta por una mentalidad de tipo centralista y estatalista, con escasa atención a la subsidiariedad (pp. 26-30).

En cierto sentido, la siguiente sección (de Marco Ferraresi), dedicada al modo de ver derechos y deberes, continúa la anterior, pues muestra las diferentes posiciones sobre el tema en el mundo de inspiración cristiana y en la mentalidad surgida en el mundo moderno. En esa mentalidad, se busca desvincular el derecho respecto de Dios y fundarlo solamente en el hombre, al mismo tiempo que se da más importancia a los intereses personales y menos a los bienes a realizar (pp. 36-37).

Como una especie de respuesta, la sección tercera expone lo que debería ser el Estado, y lo que hoy ha llegado a ser en numerosos países, y corre a cargo de Fontana. Se centra, nuevamente, en el ejemplo del Estado en Italia, con su fuerte centralismo, con su invasividad, con su burocratismo, y su orientarse hacia un poder absoluto (es decir, no vinculado a ninguna normativa su-

perior). Frente a estas deformaciones, hace falta proponer una correcta visión del Estado, que se construye desde la centralidad de la persona en cuanto ser social, al mismo tiempo que reconoce la existencia de un derecho (o ley natural) superior al mismo Estado (pp. 55-60).

A continuación, Luca Pingani ofrece una reflexión sobre la democracia, sus adulteraciones, y la crisis en la que ahora se encuentra. Luego, Calogero D'Ugo (sección quinta) presenta el sentido político de la familia desde su apertura a la vida, así como algunos fenómenos que la han puesto en crisis en los últimos siglos. Riccardo Cascioli (sección sexta) ofrece pistas sobre cómo implementar una educación respecto de los temas ambientales que no incurra en los errores del ambientalismo (errores que se hacen evidentes, en sus líneas generales, en propuestas como las de la Carta de la Tierra, la hipótesis Gaya o la noción de «huella ecológica»).

Nuevamente, Stefano Fontana ofrece un estudio (sección séptima) sobre la religión en el espacio público, con los diferentes modelos que se han elaborado sobre este importante aspecto de la vida social. Después, Anna Bono presenta lo que se refiere a las emigraciones, y puntualiza la necesidad de distinguir entre prófugo y emigrante para evitar errores interpretativos a la hora de afrontar los fenómenos migratorios. Sobre la economía y el trabajo, con interesantes reflexiones sobre el dinero y su situación actual, diserta Maurizio Milano en la sección novena.

La última contribución (de Stefano Magni) está dedicada a los organismos internacionales y a los riesgos de un globalismo desorientado. Se hace

presente la incapacidad de la ONU a la hora de promover la paz, con ejemplos de casos concretos, y el riesgo de la ideología antinatalista que la misma ONU promueve a través de algunas de sus agencias u organismos.

Cada capítulo o sección termina con algunas sugerencias sobre maneras concretas para enseñar lo presentado a los alumnos, por ejemplo, con indicaciones de tipo bibliográfico, propuestas de posibles películas, o pistas de actividades dinámicas (preguntas, debates) que podrían aplicarse en el aula.

En su conjunto, este volumen sirve como ayuda para que en la escuela puedan ser contrarrestadas visiones ideológicas sobre la sociedad y el Estado, al mismo tiempo que se ofrecen pistas sobre los modos en los que los niños y adolescentes llegarán a conocer modos correctos de entender la relación entre el ser humano, la comunidad y, sobre todo, Dios que se ha manifestado a través de una religión concreta y verdadera, la que se concreta en la Iglesia católica.

Fernando Pascual, L.C.

PIERGIORGIO DONATELLI (a cura di), *Le storie dell'etica. Tradizioni e problemi*, Carocci Editore, Roma 2022, 307 pp.

Conocer el sentido de la ética, que encuentra sus raíces en la historia de la filosofía, resulta de gran importancia en un mundo que busca parámetros para guiar las acciones humanas ante los continuos retos de nuestra sociedad. Este volumen, coordinado por Piergiorgio Donatelli, profesor de filosofía moral en la universidad *La*

Sapienza (Roma), con la colaboración de un grupo de profesores que son los autores de los diferentes capítulos, permite alcanzar un buen panorama de las raíces históricas que explican el actual pluralismo ético y las discusiones que giran sobre las diferentes propuestas.

El volumen inicia con una sección introductoria elaborada ampliamente por el mismo Donatelli, titulada «La historia de la ética como problema», en la que analiza diversos aspectos del modo de concebir la ética, sus relaciones con la filosofía (y la historia de la filosofía), y los cambios producidos durante el tiempo sobre estos puntos. Para ello, da un relieve especial a tres puntos: la autonomía (no del sujeto agente, sino de la ética como disciplina), la justificación y las creencias. La sección introductoria se cierra con un parte dedicada a los modelos de ética, que prepara la articulación de las dos partes del volumen: la primera, dedicada a las grandes tradiciones éticas, mientras que la segunda centra la atención en algunos problemas clave.

El primer capítulo de la primera parte estudia la así llamada «ética del deber», empezando con los estoicos, para pasar sucesivamente a Kant y a su compleja teoría del deber construido sobre una voluntad autónoma y en lucha contra los deseos subjetivos. El capítulo incluye una sección para la teoría de Freud sobre la formación del Super-yo, y otra para la teoría de Kelsen.

Con el segundo capítulo se entra en un interesante análisis sobre diversas formas de utilitarismo y sobre los problemas que los defensores de esta propuesta encontraron a la hora de armonizar los intereses privados y

los comunitarios. El siguiente capítulo presenta la ética de la virtud en su pluralidad de propuestas, caracterizada por dar relieve más al carácter (o modo de ser) que al deber (p. 81). Para ello, al inicio se estudian las propuestas de Aristóteles, Hume y Nietzsche (en sus elementos de continuidad y discontinuidad), y luego algunos filones de la ética de la virtud en nuestros días.

Uno de los modos de conceptualizar la ética consiste en verla como el arte de la vida, y ese es el argumento del capítulo cuarto, que arranca con un cuadro rápido del papel que ha jugado Pierre Hadot en evidenciar esta perspectiva (pp. 104-107). La parte primera se concluye con un capítulo (el quinto) dedicado a las éticas relacionales, en las que el centro de atención no está en normas, ni en lo impersonal, sino en nociones clave como las de cuidado, amor, confianza, solicitud, escucha (p. 135).

La segunda parte (algunos grandes problemas) inicia con dos capítulos (sexto y séptimo) sobre el tema de la autonomía de la ética (en el sentido antes indicado, en cuanto disciplina) en el mundo antiguo (centrado en Aristóteles) y en el mundo moderno (desde autores como Pufendorf, Leibniz, Wolff, Kant, y otros). El capítulo octavo busca esclarecer las relaciones entre teoría ética e historia, con la ayuda de un ejemplo concreto: los cambios de interpretación que se han producido, sobre todo en el siglo XX, en torno a la ética de David Hume.

Con el capítulo noveno se analiza tres autores que presentan una historia y un intento de fundación de la ética, Jodl, Brentano y Husserl, que ayudan a comprender mejor las posibles rela-

ciones que puedan darse en propuestas como las de Kant y Hume. El siguiente capítulo se fija en teorías de la genealogía moral, con una atención especial hacia Nietzsche, Foucault y Williams, cuyas teorías son presentadas con interesantes comentarios críticos (en sus puntos positivos y en sus carencias), que permiten elaborar, hacia el final de ese capítulo, una sección que ofrece lo que serían algunos requisitos para elaborar una adecuada genealogía crítica.

La contraposición entre teoría y antiteoría en el estudio de la ética es el argumento abordado en el capítulo undécimo, y se construye desde el comentario sobre diversos autores, con especial atención hacia las teorías de tipo pragmatista. Por su parte, el último capítulo trata sobre las relaciones entre bioética y ética, y destaca la contribución de Toulmin respecto a esas relaciones, con su famosa idea (que es también el título de un libro) según la cual la medicina habría salvado la vida de la ética. En realidad, habría ocurrido lo opuesto: la ética (y una ética nueva) estaría salvando a la medicina (pp. 288-294). Sorprendentemente, ese capítulo todavía repite la idea, muy difundida en los primeros años de la bioética, de que ese término habría «aparecido» en 1970 con Potter (p. 274), cuando hoy los estudiosos de esa disciplina atribuyen su invención a Fritz Jahr en los años 20 del siglo pasado.

Cada capítulo incluye su propia bibliografía. Al final del volumen se ofrece un índice de nombres, y luego una breve nota sobre los profesores que participaron en esta obra colegial. Se trata, en su conjunto, de un volumen que permite seguir profundizando en la naturaleza de la ética. Algunas ideas

pueden ser discutidas, pero ello estimula a llevar adelante una mayor profundización en tantos temas, no solo de ética, que merecen las aportaciones de la filosofía.

Fernando Pascual, L.C.

Enrico Berti, *Saggi di filosofia pratica*, Edizioni Studium, Roma 2023, 274 pp.

En el marco de una serie de publicaciones dedicadas al profesor Enrico Berti (1935-2022), la editorial Studium de Roma ofrece este volumen que recoge diferentes trabajos, algunos con un claro aire de conferencias, si bien no se indica con claridad si y cuándo tales trabajos habrían sido publicados, lo cual hubiera sido una información de interés para los lectores.

El volumen inicia con un sugestivo prefacio de Fabio Minazzi sobre aspectos centrales del pensamiento de Enrico Berti, especialmente sobre su modo de concebir la metafísica, y con diversas citas de textos de Berti (aunque sin indicar claramente las páginas en las que tales citas se encontrarían, muchas de ellas contenidas en el volumen). Siguen luego 14 capítulos con textos de Berti, que en su mayor parte giran en torno a temas éticos, aunque no faltan reflexiones de tipo metafísico, epistemológico, antropológico y político.

En una mirada panorámica, algunos capítulos tocan argumentos de ética general (por ejemplo, los capítulos I-II, IV, VIII); otros ofrecen acercamientos a ideas de importantes autores, como Kant (capítulo VI) y Maritain (capítulo X). Otros se refieren a temas

como la cultura laica y el laicismo (capítulo IX), al modo de entender la persona humana (capítulos XI y XIII), o a temas políticos (capítulo III, dedicado a la noción de bien común, aunque la política aparece también en otros lugares).

En líneas generales, y tratándose de textos originados sobre todo a partir de conferencias (como se evidencia en varios capítulos, aunque no se indique, como ya hicimos notar), domina un tono cordial y claro, conjugado con numerosas y oportunas citas, al mismo tiempo que no faltan pequeñas reflexiones personales o anécdotas del Autor que hacen más cercanas sus ideas. Domina, entre los filósofos citados, Aristóteles, pues Berti dedicó buena parte de su vida a su estudio, conjugadas con análisis agudos sobre otros pensadores del pasado o de nuestros días.

Al mismo tiempo, el lector encuentra la clara defensa de tesis que pueden generar algunas controversias. Por ejemplo, la decidida defensa de una sociedad política mundial como único camino para garantizar una paz verdadera (p. 100, en el capítulo III, dedicado al bien común). O el modo de concebir una racionalidad «fuerte» vista como dialéctica, según la entiende Aristóteles, difícilmente confutable (capítulo V, especialmente pp. 128-130, en las que Berti recuerda a su maestro, Marino Gentile), aunque sea epistemológicamente débil (es decir, con poca información pero imposible de contradecir, pp. 132-133).

En el capítulo IX se aborda el tema de la cultura laica y la cultura religiosa en el contexto del mundo democrático con observaciones muy oportunas.

Entre ellas, Berti destaca que la laicidad no sería un contenido, sino un modo de pensar (*forma mentis*) o actitud, según la cual se distingue claramente entre lo que sea demostrable por la razón y lo que no lo sería (p. 173). Entendida así, no tiene sentido contraponer laicidad y religión, pues perfectamente un hombre religioso puede aceptar esta idea de laicidad (pp. 173-175, 183). Igualmente, según Berti, la laicidad excluye el relativismo, pues está abierta a la existencia de la verdad, que exige duda, investigación, libertad (p. 176).

El capítulo XII, dedicado a la apertura de la ciencia tanto a las verdades filosóficas como a aquellas reveladas, sirve para profundizar en el importante tema de las relaciones entre fe y razón. Berti está convencido de que el mundo de la experiencia no encuentra en sí mismo su última explicación, por lo que exige la existencia de un principio superior, un ser creador y omnipotente (pp. 227-228). La ciencia mostraría una intrínseca apertura a la «metafísica transcendentalística», que no lleva a la fe pero deja espacio a la misma (pp. 229-233).

El último capítulo (XIV) aparece como una serie de reflexiones ágiles, casi en forma de pequeño diccionario sobre varios términos (alma, felicidad, naturaleza, maravilla, democracia) sobre los que el Autor se explaya en modo personal. Sobre todo, al hablar sobre la democracia, Berti expone algunas experiencias y recuerdos biográficos, y señala cómo en sus modalidades más recientes la democracia sería algo imperfecto, incluso como un «mal menor» (p. 264).

El volumen se cierra con un breve y afectuoso epílogo de Luca Grecchi,

y con el índice de nombres citados. Con esta publicación, el lector accede a reflexiones de uno de los mejores estudiosos de Aristóteles de las últimas décadas, sobre todo en el ámbito de la filosofía moral, donde un redescubrimiento del Estagirita resulta fecundo y muy necesario para nuestros días.

Fernando Pascual, L.C.

LOREDANA PERLA – FRANCESCA JOLE GAROFOLI – ILENIA AMATI – MARIA TERESA SANTACROCE, *La forza mite dell'educazione. Un dispositivo pedagogico di contrasto al bullismo e al cyberbullismo*, Franco Angeli, Milano 2022, 223 pp.

El fenómeno del acoso (bulismo) afecta de manera más o menos seria a miles de niños, adolescentes, jóvenes, y también adultos. El departamento de ciencias de la formación de la Universidad de Bari (Italia) dedicó a este fenómeno un estudio que se prolongó varios años y que ha quedado plasmado, en cierto modo, en esta publicación.

Como explica Loredana Perla (profesora de didáctica y pedagogía en la universidad antes mencionada), el libro busca responder a varias preguntas sobre el acoso, entre otras al modo de afrontarlo y de alcanzar dinámicas que superen el contexto que permite acciones de acoso (p. 12). Para ello, recoge una serie de aportaciones de maestros y de estudiantes de varios colegios, lo cual da una mayor riqueza de perspectivas.

La materia está dividida en cinco capítulos. El primero, elaborado por Loredana Perla, busca ofrecer un cua-

dro general del fenómeno del acoso y del ciberacoso (en inglés, *cyberbullying*). Presenta inicialmente varios casos de acoso, uno de ellos terminado fatalmente en el suicidio de la víctima, y esboza cómo definir y caracterizar este fenómeno, así como algunas de sus causas. Entre ellas, destaca con sorpresa la ausencia de percepción de la propia maldad por parte del bulo, desde una grave falta de empatía hacia su víctima (pp. 24-26). A continuación, propone lo que sería un proyecto orientado a contrastar el acoso, en el cual se busca, entre otras dimensiones, promover la educación a las relaciones y los sentimientos.

El segundo capítulo (elaborado por Francesca Iole, o Jole, Garofoli) tiene un claro tinte jurídico, y se adentra en propuestas y leyes orientadas a definir, tipificar y contrastar acciones de acoso con medidas de tipo penal. Resulta, para ello, necesario dilucidar qué se entienda por acoso y sus características centrales, que serían la intencionalidad, la continuidad, y el desequilibrio de fuerzas (p. 67).

Ilenia Amati y Maria Teresa Santacroce estudian, en el capítulo tercero, el fenómeno del acoso cuando llega a las aulas, y las dinámicas que se producen en las mismas. Para ello, elaboraron diversos cuestionarios, para estudiantes y para profesores, con el fin de comprender el nivel de percepción del fenómeno. Luego, se emprendió un camino de concientización y de búsqueda para contrastar el fenómeno, sobre todo con actividades de tipo laboratorio. Gracias a esas actividades los grupos que participaron en el proyecto mejoraron su modo de comprender el acoso y de afrontarlo.

El tema del odio online, del ciberacoso, ya analizado en sus dimensiones legales en el capítulo segundo, ocupa la atención del capítulo cuarto, y fue elaborado por Rosa Palermo. Se subraya, entre otros puntos, la necesidad de analizar los caminos que llevan al odio manifestado en el ciberacoso, especialmente ciertos prejuicios, para luego ofrecer modos que permitan superarlo, sobre todo desde una educación al respeto de los derechos humanos.

El capítulo quinto (a cargo de Ilenia Amato, que también colaboró en el capítulo tercero) ofrece pistas de orientación para la consultoría pedagógica, con ejemplos concretos de historias de comportamientos de acoso y cómo se logró ayudar, en un caso concreto, tanto al bulo como a la víctima a superar la situación y a establecer relaciones respetuosas.

Cada capítulo contiene una buena bibliografía sobre los argumentos abordados en el mismo. Además, el volumen ofrece al final una serie de subsidios de interés. El primero, una bibliografía razonada (gracias al trabajo de Rosa Palermo, encargada de esa sección) con obras sobre las que se indican aspectos de interés y posibles aplicaciones. El segundo, los cuestionarios usados en el aula (sobre los que se obtuvo el material que dio origen al capítulo tercero). Siguen una serie de fichas de películas que pueden usarse en diferentes niveles (primaria, secundaria) para tomar conciencia sobre el acoso y sus daños. Se termina con una serie de cinco breves consejos para prevenir el acoso, y unas tablas que ayuden a distinguir entre acciones que sean acoso y otras que no lo serían.

Se agradece un estudio sobre esta temática, sobre todo en vistas a promover en las aulas caminos para contrarrestar el acoso, y para ayudar al respeto y a la convivencia, virtudes que contribuyen notablemente en la maduración personal de los niños y los adolescentes.

Fernando Pascual, L.C.

GIOVANNI BATTISTA MAGNOLI BOCCHI, *Il mito del progresso. Prometeo e il senso della storia*, Carocci 2023, 198 pp.

El mito de Prometeo ha sido objeto de numerosas reflexiones a lo largo de los siglos. De un modo sugestivo, y con un abundante acopio de material antiguo y reciente, Giovanni Battista Magnoli Bocchi, que trabaja en varias instituciones universitarias, se inspira en ese mito para profundizar en el tema del progreso y para relacionarlo con diversas maneras de interpretar la historia humana.

El volumen está organizado en cinco capítulos íntimamente relacionados. Todo arranca de una breve premisa y una introducción también breve. La premisa se inspira en la historia de Alejandro Magno, que puede ser expuesta ante estudiantes para hacerles notar cómo el joven venido de Macedonia sería de la edad de los oyentes (entre 20 y 22 años) cuando se lanzó a la conquista de Asia. El Autor subraya cómo hoy «nuestros pequeños Alejandro ya no parten hacia Asia» (p. 12), lo cual permite acercarnos a la crisis de la idea de progreso. Por su parte, la introducción se fija en los componentes del progreso, que incluye

el modo de comprender el pasado y el presente (p. 13).

Sigue luego un primer capítulo, que conecta el mito de Prometeo con la noción de progreso, que implica la idea de alcanzar mejoras. Hoy, dice el Autor, no creemos que sean posibles mejoras en muchos ámbitos, aunque la idea de progreso conserva, en el mundo occidental, una continua resiliencia (pp. 16-17, cf. p. 105). A continuación se enumeran ámbitos o modos de concebir el progreso: el progreso arquetípico, el progreso social, el progreso histórico. En seguida, encontramos una exposición del mito de Prometeo (para Magnoli «el progreso es Prometeo», p. 17), y cómo ha sido reinterpretado por diversos autores, por ejemplo Thomas Hobbes y Calderón de la Barca, entre otros. Al final del capítulo aparece una idea que se convierte en una de las tesis centrales de la obra: todo progreso, todo «pequeño robo a los dioses», tiene consecuencias, está tocado por elementos negativos (p. 35, y lo que se dice más adelante, por ejemplo en el tercer capítulo, citando a John Bury, p. 117).

En el segundo capítulo (titulado «Prometeo histórico»), la mirada se dirige a lo que podemos considerar como filosofía de la historia, dando gran relieve al tema del tiempo. La idea de creación, propia de diversas visiones religiosas, está muy presente todavía en algunas sociedades, con no pocas polémicas entre creacionismo y evolucionismo (se pone el ejemplo de Estados Unidos, pp. 39-40). Magnoli expone los no pocos problemas del evolucionismo, que por un lado excluye la finalidad (y, por lo tanto, el progreso) y, por otro, ve el desarrollo humano como algo positivo (es decir, como pro-

greso, cf. pp. 45-47). Reflexiona también sobre los problemas de la idea de historicidad, sobre todo cuando se intenta establecer cuáles serían su inicio y lo que sería un eventual fin (o final, o destino) que le dé sentido. Tienen un valor especial las reflexiones sobre cómo relacionar los eventos personales (biografías) con la gran historia, con la mirada puesta en ese término (cierre, conclusión) que llega a cada uno: la propia muerte (pp. 81-86). En este contexto vuelve a aparecer Alejandro Magno, con una pregunta sugestiva: ¿qué habría ocurrido si no se hubiera puesto en marcha hacia Asia? Ello permite comprender el peso de los hechos (eventos) concretos en el desarrollo de la historia humana, así como el «drama» de cada historiador a la hora de seleccionar qué eventos incluirá o no incluirá en su narración (pp. 86-92).

A la técnica está dedicado el tercer capítulo (que lleva como título «Prometeo social. La técnica»), en el que se vuelve a explicar cómo la modernidad ha ido profundizando en la idea de progreso, idea que también encontraría sus raíces en el mundo antiguo y medieval, a pesar de quienes por mucho tiempo han sostenido lo contrario. Aquí se incorpora una reflexión sobre la teoría del Antropoceno, unida a otro mito, el de Pandora, que explica en cierto sentido la complejidad del progreso: abrir nuevas posibilidades, al mismo tiempo que se desencadenan situaciones de amenaza en ocasiones muy difíciles de afrontar, a causa de la *hybris* que ciertos descubrimientos técnicos puede provocar (pp. 127-139, cf. pp. 154-158). De modo particular, las últimas páginas del capítulo muestran el enorme peligro del eugenismo,

que busca eliminar seres considerados como inútiles, lo cual fue pensado y aplicado antes del nazismo, y luego de un modo mucho más dramático en la Alemania hitleriana (pp. 135-139).

Desde el final dramático del capítulo anterior, se comprende el argumento del cuarto capítulo, titulado «Antiprometeo. La soberbia». El Autor muestra las diferentes maneras de leer el mito de Prometeo, desde quienes ven en ese titán un rebelde justamente castigado, hasta quienes lo exaltan como el gran promotor de la necesaria rebelión contra los dioses. Vuelve a aparecer el tema ya varias veces abordado: los peligros, incluso los daños, que el progreso lleva consigo, con tesis tan radicales como la de Cioran (pp. 144-146) y otros intérpretes del mito griego, alguno de los cuales llega a ver en el castigo contra Prometeo un reflejo del castigo que lleva consigo toda la humanidad por haberse rebelado contra Dios (153-154). En otras palabras, citando a Donà, hubiera sido mejor que Prometeo no hubiese ayudado a la especie humana a mejorar su condición... (p. 158). De forma más concreta, Magnoli se fija en los daños que los seres humanos estaríamos provocando en el planeta, lo cual hace surgir la pregunta sobre las maneras posibles para reparar la situación y evitar así un holocausto, especialmente ante el tema del crecimiento de la población mundial (pp. 162-174).

El último capítulo, breve, parece más bien un epílogo o síntesis conclusiva, con un título que apunta a un programa: «Reinventar Prometeo». La culpa de Prometeo es haber superado los límites, con lo que ello implica en daños incalculables. Pero la historia,

que nace con el mito y que sirve para enseñar algo, puede convertirse en una ayuda frente a la situación en la que nos encontramos.

La obra incluye, al final, la bibliografía y el índice de nombres. Al leerla surgen un cúmulo de reflexiones, algunas que pueden ir en contra de tesis o alusiones del Autor, pero que se orientan a uno de los núcleos temáticos de un texto apasionante por los problemas abordados y por los pensadores citados: la enorme responsabilidad que tiene la especie humana, representada en cada uno de nosotros (desde Alejandro hasta un joven que pide limosna en Bombay), a la hora de asumir los retos del poder que ha recibido con su inteligencia, su voluntad, y su apertura a esos dos polos que explican la vida ética: el bien y el mal.

Fernando Pascual, L.C.



Índice general del volumen XXXVII (2023)

EDITORIAL - Dos acontecimientos de la Iglesia católica	3
EDITORIAL - Matrimonio y familia a diez años de pontificado del Papa Francisco	131
EDITORIAL - <i>Fides et ratio</i> cumple 25 años.....	243
ARTÍCULOS	
MARCELO BRAVO PEREIRA, L.C., Biblia y salvación de los no cristianos: <i>status quaestionis</i>	39
XAVIER CASTRO, L.C., La dignidad cristiana en las Homilías del Papa San León Magno	279
MONS. FERNANDO CHICA ARELLANO, ¿Qué modelo de liderazgo para hacer frente a las crisis contemporáneas? Organizaciones internacionales, diplomacia e Iglesia católica en diálogo	139
CELSO JÚLIO DA SILVA, L.C., La vida interior y el discernimiento en el <i>Audi, filia</i> de San Juan de Ávila.....	307
DUMAR IVÁN ESPINOSA MOLINA, Contribución de Alfonso López Tru- jillo en la Interpretación de las Conclusiones de Medellín.....	175
JUAN GONZÁLEZ, La Libertad de Dios y la Indiferencia de su libertad en Francisco Suárez.....	65
JUAN GONZÁLEZ, La indiferencia de la libertad humana.....	197
PEDRO MENDOZA MAGALLÓN, L.C. , Pablo y las virtudes teologales.....	25
JACOBO MUÑOZ, L.C., La pasión por la verdad en la formación sacerdotal según Joseph Ratzinger.....	249
MONS. JUAN ANTONIO REIG PLA, ¡Muestra que eres Madre! <i>Monstra te esse Matrem</i>	7
JAIME RODRÍGUEZ, L.C., El “diálogo” como <i>locus theologicus</i> . Una aproximación desde el pensamiento de Joseph Ratzinger – Benedicto XVI.....	49
ENRIQUE TAPIA, L.C., Neurociencias y libertad	161

NOTAS

MAURO GAGLIARDI, <i>La cristología en la Summa Theologiae de santo Tomás</i>	93
VIVIANA BEATRIZ LIMÓN OLAVARRIETA, <i>El proceso de revisión del carisma y elaboración de los nuevos Estatutos de la Federación Regnum Christi: una experiencia sinodal</i>	105
CAROLA M. NARVÁEZ-ROSARIO, <i>La periferia en las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano y del Caribe</i>	337

RECENSIONES – RESEÑAS

ENRICO BERTI, <i>Saggi di filosofia pratica</i> (Fernando Pascual, L.C.)	358
GIULIA BUSSI, <i>Decidere bene. Un'educazione alla decisione in tempi difficili</i> (Fernando Pascual, L.C.)	121
ANNA MARIA CÀNOLI, <i>La Santa Messa. Commento spirituale al rito</i> (Louis Desclèves, L.C.)	119
MARÍA JOSÉ CHÁVEZ – VERÓNICA FERNÁNDEZ (a cura di), <i>Liberi per amare. È possibile vivere i consigli evangelici nel mondo?</i> (Fernando Pascual, L.C.)	351
PIERGIORGIO DONATELLI (a cura di), <i>Le storie dell'etica. Tradizioni e problemi</i> (Fernando Pascual, L.C.)	356
PAOLO FEDRIGOTTI, <i>Deus. Un'introduzione alle prime questioni della Somma teologica</i> (Fernando Pascual, L.C.)	235
STEFANO FONTANA, <i>Capire Benedetto XVI. Tradizione e modernità ultimo appuntamento</i> (Fernando Pascual, L.C.)	125
STEFANO FONTANA (a cura di), <i>Manuale per una buona Educazione civica. Orientamenti per insegnanti e genitori</i> (Fernando Pascual, L.C.)	355
FRANZ HARINGER, <i>Ich, doch nicht mehr ich: Spiritualität als Ernstfall der Theologie bei Joseph Ratzinger</i> (László Erffa, L.C.)	238
ALBERTO JORI, <i>Per un'etica del limite. Elogio della sobrietà</i> (Fernando Pascual, L.C.)	231
MICHAEL KONRAD, <i>Introduzione all'etica filosofica</i> (Fernando Pascual, L.C.)	233
FABRIZIO LIBORIO, <i>Alle origini della bioetica. La medicina pastorale: autori, testi e principali temi</i> (Fernando Pascual, L.C.)	119
GIOVANNI BATTISTA MAGNOLI BOCCHI, <i>Il mito del progresso. Prometeo e il senso della storia</i> (Fernando Pascual, L.C.)	361

NOAM MIZRAHI, <i>Pesher Habacuc. La clave de la profecía de los Rollos del Mar Muerto</i> (Jesús Villagrasa, L.C.)	124
SIMONE MORANDINI (a cura di), <i>La diversità feconda. Un dialogo etico tra religioni nella città</i> (Fernando Pascual, L.C.).....	237
LEOLUCA PASQUA, <i>Vincere la pigrizia. Per vivere e non sopravvivere</i> (Fernando Pascual, L.C.).....	350
GIANLUIGI PASQUALE, <i>Etica filosofica</i> (Fernando Pascual, L.C.)	127
LOREDANA PERLA – FRANCESCA JOLE GAROFOLI – ILENIA AMATI – MARIA TERESA SANTACROCE, <i>La forza mite dell'educazione. Un dispositivo pedagogico di contrasto al bullismo e al cyberbullismo</i> (Fernando Pascual, L.C.).....	360
MICHAEL J. SANDEL, <i>Contro la perfezione. L'etica nell'età dell'ingegneria genetica</i> (Fernando Pascual, L.C.)	353
FABRIZIO TUROLDO, <i>L'etica di fine vita. Nuova edizione</i> (Fernando Pascual, L.C.).....	231
PAUL C. VITZ – WILLIAM J. NORDLING – CRAIG STEVEN TITUS (ed.), <i>A Catholic Christian Meta-Model of the Person: Integration with Psychology & Mental Health Practice</i> (Deborah Savage)	347
BARBARA VOLPI, <i>Docenti digitali. Insegnare e sviluppare nuove competenze nell'era di internet</i> (Fernando Pascual, L.C.)	123

